

LITERATURA RANDOM HOUSE

Los topos arranca como una novela realista: un hijo de desaparecidos criado por sus abuelos arma su historia personal con palabras sueltas que escucha escondido. Una novia embarazada, un aborto, la extrañeza frente a la militancia en HIJOS. Pero a las pocas páginas, el personaje comienza a vivir una transformación pasional. La prosa estrepitosa de Félix Bruzzone logra volverse cristalina, su pluma se borra y entramos al universo del sueño y del delirio. Nuestro personaje se enamora de un travesti con prontuario de matapolicias. Ocupa la casa de su infancia –abandonada– y empieza a refaccionarla sin saber de quién es. Luego, la calle, los trabajos de albañilería y un viaje en el que sólo encontrará cosas distintas a las que esperaba. Con ritmo de relato oral, sueños reveladores, equívocos, destinos cruzados de novela rosa y de policial negro, *Los topos* centra la mirada en el problema de los desaparecidos y lo lleva hasta los lugares menos pensados.

www.literaturarandomhouse.com
www.megustaleer.com.ar

ISBN 978-987-3650-25-3



9 789873 650253

 Me gusta leer literatura

BRUZZONE

Los topos

FÉLIX BRUZZONE

Los topos



LITERATURA RANDOM HOUSE

Bruzzone, Félix

Los topos. - 1ª ed. - Buenos Aires : Literatura
Random House, 2014.

192 p. ; 23x14 cm. - (Literatura Random House)

ISBN 978-987-3650-25-3

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Primera edición: marzo de 2014

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación
de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia
o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

IMPRESO EN LA ARGENTINA

*Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723.*

© 2008, Editorial Sudamericana S.A.®

© 2014, Random House Mondadori S.A.

Humberto 1555, Buenos Aires.

www.megustaleer.com.ar

ISBN 978-987-3650-25-3

Esta edición de 2.000 ejemplares se terminó de imprimir en Printing Books S.A.,
Mario Bravo 835, Avellaneda, Buenos Aires, en el mes de marzo de 2014.

*para Sol,
tan buena madre*

*para Valentino y Eugenio,
tan buenos hermanos*

encontrarte en algún lugar
aunque estemos distantes
tantos odios para curar
tanto amor descartable

FEDERICO MOURA

Mi abuela Lela siempre dijo que mamá, durante el cautiverio en la ESMA, había tenido otro hijo. Varias veces la oí discutir del tema con mi abuelo. Ellos se iban al fondo, al zapallar, y hablaban de todo lo que yo no tenía que saber. Pero a veces me escondía entre las hojas de los zapallos, que para mí eran un lugar de juego, yo soldado, refugiado vietnamita, yarará, zapallo, la fuerza de las plantas crecía a mi alrededor, explosión lenta y duradera, y cuando mis abuelos llegaban para hablar los escuchaba. Hasta que un día me descubrieron, qué hacés allí, dijo mi abuelo —él decía “allí”—, la voz ronca de enojo, una de las cosas que más me acuerdo de él, y como no dije nada se fueron a seguir a otra parte. Desde esa vez, aunque

sabía lo que tenía que saber, se cuidaron de volver a hablar entre los zapallos.

Mi abuelo murió sin nunca darle importancia a lo que decía mi abuela sobre mi supuesto hermano nacido en cautiverio. Pero ella siempre insistió, sola, y supongo que ya en el velorio de mi abuelo pensaba en salir a buscarlo. Era como si todas las cosas de nuestra familia, que desde ese momento éramos ella y yo, dependieran de la necesidad de encontrar a mi hermano. De hecho, ella no tardó en vender la casa de Moreno y pedirles a unos amigos dedicados al negocio del remate de propiedades que le consiguieran un departamento en Núñez lo más cerca de la ESMA que fuera posible. Íbamos a vivir de la pensión de mi abuelo, de la pequeña renta que nos dejara la diferencia por las operaciones inmobiliarias y de los trabajos de repostería que Lela pudiera hacer para confiterías de la zona.

Así, cuando nos instalamos en el departamento, a una cuadra de Libertador, piso ocho, perfecta vista a la ESMA, lo primero que dijo Lela fue que ahora sí íbamos a estar cerca del último lugar donde había estado mamá y de donde había nacido su otro nietito. Dijo así, "nietito", y se puso a llorar.

Comparado con la casa de Moreno, el departamento era una miga de pan, menos que un carozo. Me molestaba la zona, sin zanjas, sin grillos, sin sapos; y el calor, tan difícil de combatir y con el río tan cerca; y sobre todo la presencia constante de la ESMA, los árboles antiguos, enormes, el parque siempre tan cuidado, los canteros llenos de flores que de tan perfectas parecían de papel. A veces hasta me daban ganas de seguir a mi abuela en su historia delirante y salir a incendiar los jardines o demoler el edificio a las patadas, o las dos cosas. Un día que volví borracho y la encontré despierta, ella miraba por la ventana, abajo las luces que se perdían entre las copas de los árboles, los movimientos de los centinelas en la oscuridad, se lo dije, el plan era perfecto, botas metálicas pesadas, destructoras, indestructibles. Pero ella no quiso, o dijo que no sin escucharme, siempre atenta a esa voz que debía decirle: estás cerca, Lela, estás muy cerca.

Lo único del lugar que me resultaba atractivo era que Lela tenía todo a mano: lugares donde comprar los materiales de repostería y un par de confiterías que solían hacerle pedidos importantes; y como casi nunca necesitaba el auto me lo prestaba bastante y me dejaba salir todo lo que yo quería. Mi cantidad

de amigos, siempre escasa, creció mucho durante los primeros meses. Entre amigos y amigos de amigos, una vez, llegamos a viajar ocho personas por toda la ciudad adentro de la pequeña cupé. Eran días brillantes. Se nos podía encontrar en uno y en otro lugar muchas veces en una misma noche. Las luces de la ciudad nos perseguían y por momentos podía parecer que nos escondíamos de ellas, que nos escapábamos, porque siempre terminábamos en lugares oscuros, plazas o callejones, cuadras perdidas, contrafrentes de grandes edificios públicos. Pero no era eso, o al menos no nos proponíamos escapar de nada sino que era una especie de juego, no sé cuál pero alguno. Tomábamos bastante alcohol y a veces alguien traía marihuana y todo era más divertido. La pasábamos bien. Íbamos a lugares para bailar pero no bailábamos. Hablábamos con cualquiera, inventábamos historias o contábamos partes reales de nuestras vidas haciendo grandes exageraciones. Una madrugada, sin un centavo, completamente sediento, con tal de hidratarme en el frigobar de la habitación de hotel donde paraba una finlandesa, terminé en la cama con ella, que decía tener menos de cuarenta años pero que estaba cerca de los cincuenta: lo vi en su documento cuando ella ya dormía —o

hibernaba— y tuve que hurgar en su billetera para sacarle algo de dinero para la nafta de la vuelta. Inventaba historias, sí, a la finlandesa no sé qué le inventé, me olvido rápido de mis mentiras, pero nunca hablaba de mamá.

Hasta que conocí a Romina.

Nos presentaron una mañana de sol en la pileta de un bar donde trabajaba un amigo. El lugar quedaba cerca de casa y yo iba casi todos los días, y de tanto ir me había hecho amigo de este chico, que siempre me presentaba gente. Era martes o miércoles. Éramos los únicos en el lugar y todo fluyó rápido. Ella armó un porro, me ofreció, supongo que fumás, dijo, yo soy experta, y a la media hora éramos como hermanos. Esa tarde fuimos al cine. Habíamos almorzado en el bar, mi amigo nos atendía y decía, en broma —pero resultó cierto—: a ustedes les veo futuro, y nosotros nos reímos y seguimos hablando. Su padre hacía juguetes, su madre era maestra. Después de la película, que la eligió ella —una de un profesor de navegación que se hunde con sus alumnos en medio de una tormenta—, ya sabíamos casi todo el uno del otro, y aun así nos divertíamos.

Con Romina las cosas eran fáciles, o parecían fáciles, o al principio eran así, porque ella no estaba

conmigo por diversión o encantamientos fugaces. Conocía mi verdadera historia y todo pasó de manera imprevista y rápida: el río de las sierras adonde me había llevado mi abuelo tres veranos seguidos, las arrugas en la cara de mi abuela, las canas que durante todo aquel tiempo empezaron a florecer en mi propia cabeza. Por momentos me daba la sensación de que mi amigo del bar le había hablado de mí, que hasta le había dado lecciones de cómo tratarme, no sé. Esa primera tarde juntos, por ejemplo, antes de besarnos en el cine, de la nada, empezó a acariciarme la nuca —cosa que resultó electrizante, de verdad— y logró que mi deseo no fuera sólo llegar al beso, sino besarla a ella. El imán no estaba en los labios ni en la lengua ni en las encías ni en los dientes de la hermosa boca que tanto había hablado bajo el sol y que ahora, desde los títulos de la película, estaba en silencio, sino en Romina; un beso que era como un anillo, algo de por vida, para siempre. De hecho, cuando empezamos a salir seguido y la cosa empezó a ir en serio, lo más enérgico que hizo como gesto de compromiso fue empezar a militar en **HIJOS**. Ella no tenía ningún familiar desaparecido, ni siquiera en su familia sabían muy bien qué era todo eso de los desapareci-

(con) tacto

Romina

dos y la opinión que tenían sobre lo que había pasado en los setenta era, como decía Romina, vaga, vaporosa; o más bien, de un vapor que flotaba en el aire pero que también era pesado, vapor de plomo o mercurio, de hierro galvanizado, acerado o directamente de acero —“vapor indestructible”, decía ella, “acorazado”—, y solía incluir frases como “y pensar que se llevaban a gente que no tenía nada que ver”, cosas de ese estilo, o peores, o mejores, todo según el día y los eventos policiales o políticos del momento.

Yo, la verdad, nunca me había asomado a HIJOS, y la insistencia de Romina no llegaba a convencerme. Sí me atraían algunas cosas. Eso de los escra-ches, por ejemplo, que para mí eran una forma de revancha o de justicia por mano propia, algo muy de mi interés pero que por cobardía, o idiotez, o inteligencia, nunca concretaba. A veces hasta pensaba en pedirle a Lela los papeles del auto —le podía decir que había que hacer un trámite, inventarle un nuevo impuesto para autos de más de veinte años, algo así—, venderlo, comprar un Falcon y salir con mis amigos a secuestrar militares. Pero como después del segundo año de noviazgo mis amigos habían vuelto a ser muy pocos, ya casi no los veía.

Ellos, incluso los más íntimos, apenas me llamaban para invitarme a sus cumpleaños, y como yo tampoco iba al final siempre terminaba saliendo con Romina y sus amigos de la primaria. La pasábamos bastante bien, no me molestaba. Ellos eran algo hippies, casi tontos, se la pasaban hablando de programas de televisión por cable y los temas de conversación iban desde los últimos hallazgos de momias egipcias hasta el desmenuzamiento, casi obsesivo —una especie de manía colectiva que era sin duda uno de los puntos fuertes de unión del grupo—, de la teatralidad de una mujer que tenía un programa de cocina y que, en muchas cosas, por lo que decían, se parecía a Lela.

romina Igual todos me caían bien, o más o menos bien, y la que mejor me caía era Ludo, una chica que también militaba en HIJOS —su tía había desaparecido en Córdoba: hubiera sido bueno que se juntara con Romina y fundaran SOBRINOS, NUERAS, no sé— y estaba de novia con un chico que yo conocía de Moreno, Luis: su padre levantaba quiniela y había quedado paralítico después de un “accidente”: decían que alguien de poca paciencia se había cobrado su parte con una golpiza que en la familia hicieron pasar por caída de una escalera.

Con Luis habíamos tenido alguna relación: cuando éramos chicos jugábamos en la calle y él había ido varias veces a casa, y yo a la de él, pero un día en que estábamos en la de él escuché que la madre le decía que no me invitara más —“tu papá está muy enfermo”, le dijo, “¿no te das cuenta?”— y que tampoco aceptara invitaciones para ir a un lugar donde eran todos comunistas, dijo así: “comunistas”, y cerró la puerta con tanta fuerza que hizo que se cayera la foto de unos caballos que colgaba de la pared.

El reencuentro, al menos para mí, fue emotivo. Pero sólo en el primer momento: mi ex vecino se había vuelto un rastafari que iba y venía con su guitarra llena de fotos de Bob Marley, tocaba en una banda —“Hijos de Bob”— y a pesar de mi aversión por el reggae fuimos a verla varias veces. Una de las últimas —había ido mucha gente porque uno de los músicos se iba a España, o a Italia, y esa noche le hacían la despedida— se me escapó decir algo así como que la banda bien podría empezar a llamarse “Hijos bobos de Bob” o “Bobos Bob”, no me acuerdo, pero se ve que mi broma no le gustó a nadie, o no la entendieron. Ludo, a pesar de que nos llevábamos bastante bien, hasta alguna vez habíamos

cruzado miradas intensas, no me habló en toda la noche. Y fue por ese tiempo que las cosas con Romina empezaron a desmoronarse.

El momento es tan claro que parece un recuerdo de infancia. De hecho, cuando pienso en esa etapa siempre pienso en eso. Fue una tarde en que pasé a buscarla por HIJOS. Yo había tenido un mal día. Lela se había parado frente a la ESMA para gritar que la dejaran entrar, que quería ver dónde había estado su hija, dónde había nacido su nieto y había largado la serie de insultos que solía repetir por lo bajo mientras comía o mientras dormía, una especie de sonambulismo en el cual podía llegar a mover los brazos y gesticular en la cama como si adelante hubiera un cordón policial. Además, venía el día de la madre, los pedidos de las confiterías ya se habían disparado y era fácil anticipar que, con Lela en medio de uno de sus ataques, no íbamos a dar abasto. Así que cuando pasé a buscar a Romina yo estaba de mal humor y ella, para colmo, empezó a insistir con eso de que militar en HIJOS me iba a hacer bien, que la gente de ahí adentro era muy valiosa, lo que decía siempre, con el agregado de que ahora estábamos en el momento justo, que entrar esa semana a la organización iba a ser como

homenajear a mamá en su día, y dijo que ella, para el día de la madre, había preparado un regalo sorpresa que su madre le iba a agradecer por muchos años, no te imaginás, años de años, dijo, como si repetir la palabra años fuera a convertir su deseo en realidad. Romina era así.

No sé cómo estaban las relaciones entre ella y su madre, pero lo primero que se me ocurrió fue que a la señora la militancia en HIJOS no debía gustarle, que no tenía por qué padecer que su hija militara en una organización de personas sin padres. También pensé que Romina le iba a hacer un regalo importante como modo de buscar una reconciliación, o al menos una disculpa, y que entonces tenía que ofrecerme, de alguna manera, la posibilidad de hacerle a mamá un regalo similar. Lo que me molestaba —y esta era una de nuestras discusiones favoritas— era que ella siempre se empecinaba en ponerse por encima de mí, superior, ella mi salvadora y yo el idiota, el ciego que negaba trescientas veces la única verdad. Ahora que lo pienso, no podría decir cuánto tardé en articular todas esas ideas, pero sí que discutimos sobre eso durante todo el camino hasta la Reserva Ecológica y que la discusión, a pesar de ser familiar para los dos, una espe-

cie de rosal desmadrado, lleno de espinas, pero espinas conocidas, fáciles de evitar, en nuestro hermoso jardín, se fue volviendo hueca, como si ya hubiéramos sorteado todas las espinas del rosal y ahora estuviéramos en el interior de una de ellas y entonces, encerrados ahí, casi sin aire, no hubiera nada que hacer.

Fuimos hasta el Bajo, pasamos por los restaurantes, los diques, llegamos a la Costanera, fumamos y seguimos discutiendo como adolescentes sobre cosas que ya no eran de adolescentes. Entramos a la Reserva y caminamos hasta el río. La vegetación tupida, el cielo que empezaba a ponerse rosado, el humo de los cigarrillos, el aire fresco, los sapos, me hacían acordar a la casa en Moreno, a los zapallos. No corríamos, no jugábamos, nadie tenía que tocar a nadie ni esconderse de nadie, pero alguien, o algo, tenía que morir. Si no nos ponemos de acuerdo algo o alguien se tiene que morir, dije. Romina estaba ofendida. No había sido muy delicado al plantearle las cosas. Pero en cuanto ella vio que entrábamos en el terreno de matar o morir volvió a ponerse a la defensiva y a decirme que tenía que buscar ayuda, que HIJOS estaba para eso y que ella era mi ángel guardián, mi tesoro, fuente de fide-

dad, compromiso, futuro, sueños compartidos, todo eso y muchas otras cosas que sonaban convincentes y permitían ver hacia adelante una visión no apocalíptica ni tediosa, sino mansa, indefensa, frágil y feliz; entonces me miró a los ojos como si nos miráramos por última vez, y me besó, y yo me dejé besar.

Esa noche hicimos el amor durante horas. Romina, cada vez que terminábamos, me decía que quería más y yo, que nunca había tenido el desempeño de un semental, pude responder algunos de sus pedidos. Incluso en los días siguientes, después de más interminables jornadas de repostería, volvimos a lo mismo. Todo aquel renovado romance duró casi una semana. No volvimos a hablar del tema del día de la madre y no hubo reproches de ningún tipo, sólo palabras de amor, hasta que ella, en un momento, me dijo que me amaba profundamente. Yo estaba tirado en la cama, boca arriba, las sábanas me cubrían casi hasta el cuello y las palabras de Romina sonaron nítidas, como siempre, pero en medio de una especie de distorsión o irregularidad, manchadas. Después se sentó. Amanecía. Me dio la espalda y encendió un cigarrillo. Te amo profundamente, repitió, y a vos no te importa. Apagó el ci-

garrillo —había dado apenas algunas pitadas—, se levantó y fue al baño. Se duchó, se lavó los dientes y al salir, antes de empezar a vestirse, dijo que lo mejor iba a ser que nos distanciáramos por un tiempo. Analizado en retrospectiva, creo que desde que ella dijo que me amaba “profundamente”, con esa voz tan poco habitual, tuve varias oportunidades de revertir su decisión, y que incluso fue ella, de alguna manera, quien me las ofreció. Y quizá yo sospeché que podía aprovecharlas, claro, pero no sé por qué no lo hice. Mientras ella se vestía, por ejemplo, estuve a punto de saltar de la cama y abrazarla o ponerme de rodillas frente a ella o algo así, esperar sus golpes, sentirlos duros contra mis huesos, llorar y dejarla llorar y todo eso, pero no, ella se vistió, guardó sus cosas en su bolso y se fue.

Sólo algunos días después caí en la cuenta de que alguien como Romina significaba demasiado para alguien como yo y que entonces tenía que recuperarla. Pero eso fue al principio. Pronto supuse que, por cómo se habían dado las cosas, yo ya no significaba nada para ella y que eso había sido todo y que ya no había nada más por hacer. Y los días pasaron, no sé si muchos o pocos pero sí

lentos, hasta que ella un día llamó para decirme que estaba embarazada.

* * *

Todo esto fue en la época en que estaban por salir las indemnizaciones que ofrecía el gobierno. El abogado que había hecho los trámites me dijo, unos meses antes de que los bonos se depositaran en una cuenta a mi nombre, que podía gastar a cuenta. Pero cuánto, cómo. Esa incertidumbre, y lo que significaba recibir esa plata, y la necesidad de volver a verme con Romina por lo del embarazo, detonaron algunas cosas. Y como para ir hasta su casa tenía que pasar por Uriarte, Thames, Godoy Cruz, no tardé en familiarizarme con las travestis que por entonces se ofrecían en esas calles. Pasaba lento, miraba, a veces les preguntaba cosas como si fueran chicas comunes, ¿siempre venís acá?, ¿hasta qué hora estás?, ¿te encuentro más tarde? Y estaba tentado de contarles cosas, que tenía una quinta en zona norte, quincho, pileta, que tenía que ir a tirarle cloro a la pileta y volvía, o que podíamos ir juntos, chapotear

travestis

un rato y volver, o pasar allá un fin de semana de locura, todo así, como cuando salía con mis amigos, antes, sólo que ahora las palabras se me atragantaban y me venía un dolor en el pecho que no me dejaba pensar. Igual, no tardé en hacerlas subir al auto, siempre uno distinto, siempre una buena vía de escape antes de volver a casa.

Ver a esas chicas, las curvas perfectas, los cuerpos que eran como cuerpos dobles, doble piel, doble intensidad, sensualidad desenfrenada, todo eso, me llevaba a levantarlas sin pensar, pagar, sentir que mi vida subía a las nubes y se quedaba un rato allá, bien arriba, nubes altísimas, colchones brillantes, carne electrizada por el calor intenso del sol, rayos UVA, UVB, nada de protección y yo y mi chica convertidos en estrellas. Pero de a poco también eso perdió interés y empecé a conocer a Maira, a quien cada tanto llevaba a pasear. Ella insistía en tener sexo, había cierta atracción, y con el tiempo lo tuvimos, pero al principio todo consistía en pasear. Al terminar el paseo le pagaba y ella me besaba la mano. Necesitaba alguien con quien hablar, era evidente, y le inventaba algunas historias, como a todos, pero otras no. Por algún motivo sentía que a Maira, como a Romina, podía decirle la verdad.

Igual ella, estoy casi seguro, inventaba absolutamente todo.

Mientras tanto, a pesar de mis visitas a Romina y de la mutua buena predisposición que las circunstancias nos obligaban a mantener, las cosas volvieron a complicarse. Las discusiones iban desde la pregunta por la paternidad del futuro bebé hasta las alternativas, todas complicadísimas, que surgirían si Romina no quería abortar. Ella a veces decía que podíamos probar de ir a vivir juntos, pero después de decirlo, era como si la idea fuera y viniera en una pecera, una idea muy linda, sí, pero capaz de ahogarnos o dejarnos sin aliento; entonces empezaban los ataques: sos una persona horrible, cómo podés pensar que no sos el padre, ¿te volviste loco? No, loco no, es una posibilidad, nosotros estábamos mal, ¿ya te olvidaste de cuando agarraste tus cosas y te fuiste? A veces te mataría. Bueno, me voy.

Quizá ella buscaba ordenar su vida, y la mía, y yo sólo quería apalearme. Eso lo dijo ella —“vos querés apalearte”, dijo—, y eso me quedó porque en cierta forma era verdad. Lo de Maira, por ejemplo. Además, siempre estaba solo, no llamaba a nadie, ni siquiera a mis amigos —que seguro me habrían recibido con los brazos abiertos, para eso están—, y

mis únicos vínculos con la realidad, aparte de lo del embarazo, eran Maira, Lela y las tortas.

Trabajaba todo lo que podía, entregaba mercadería en muchas más confiterías de las que hubiera podido imaginar y me dilapidaba los bonos —que al final se acreditaron mucho más rápido de lo que me había dicho el abogado— en las idioteces más grandes —y en Maira. Un fin de semana saqué pasajes a Acapulco, uno para mí y otro para Lela, y mientras ella recorría las playas que siempre había querido conocer con mi abuelo, yo iba una y otra vez a ver a los clavadistas y me imaginaba que, si nos quedábamos, no tardaría en convertirme en uno de ellos. Otro fin de semana fuimos a Río de Janeiro y Lela se quiso quedar. En Copacabana decía haberse cruzado con alguien muy parecido a la imagen que se había formado de mi hermano. Lo había visto al pasar y había intentado alcanzarlo, pero esta persona se había perdido entre la multitud. Ella quiso quedarse pero no podíamos, le dije que había que hacer muchas tortas, que los pedidos de la semana eran muchísimos, que si quería podíamos volver en uno o dos meses para buscar mejor. Bueno, dijo Lela, pero cuando estuvimos en casa empezó con sus achaques, sus olvidos, y no viajamos más. En

realidad, fue como si ella siempre se hubiera quedado allá. Lo único que hacía en su tiempo libre era dibujar la cara de su nieto perdido en Copacabana. Incluso una vez, cuando de una confitería nos encargaron una torta con motivos brasileños —una familia de allá la quería para un cumpleaños—, dibujó en glase una Copacabana desierta, como en las fotos de antes, y un joven algo difuso, corona de flores en la cabeza, labios rojos, lo único nítido en toda la figura, que saludaba desde atrás de una palmera. Lela, desde luego, decía que el joven era mi hermano.

En esas condiciones, lo del embarazo era algo entre Romina y yo. Y, según decía Romina, ella a sus padres tampoco les había contado nada. Fuera de nosotros la única persona que lo sabía era su amiga Ludo. Cuando me dijo que se lo había dicho me enojé. Yo no tenía amigos, bueno, pero a alguien podía decírselo: a Maira, por ejemplo. Entonces Romina dijo que se lo había dicho porque después de una reunión Ludo la había encontrado llorando en el baño y le había preguntado. Y al principio no le iba a decir, pero como Ludo insistió y hasta le confesó que ella también tenía ganas de llorar por algo que no tenía con quién hablar, y que podían

compartir lo que les pasaba y todo eso, intercambiaron secretos y resultó que Ludo también estaba embarazada y que Luis, después de enterarse, había decidido irse a España o a Italia, donde estaba ese amigo de él, porque tener hijos todavía no era algo que estuviera en sus planes.

Igual, como las cosas con Romina no prosperaban, al tercer mes de embarazo ella se decidió por el aborto y me pidió que no la acompañara, que a lo sumo iba a ir con Ludo, que también había decidido abortar y que era la única persona que la entendía —lo dijo así: “la única persona en el mundo que me entiende”. Cuando le dije que yo también entendía su situación, nuestra situación, que no sólo la entendía sino que además la comprendía —como si alguna vez hubiera sabido la diferencia entre las dos palabras—, ella cambió el rumbo y me dio la razón, pero también dijo que, pensándolo bien, un aborto era algo privado, íntimo, y usó para el caso todos los argumentos que yo usaba para describir mi historia personal, mi reticencia a formar parte de HIJOS, y para callar todo que siempre me callaba. Era una chica inteligente. Y si bien todo lo que dijo lo planteó en un tono algo telenovelesco, la vida real no podía ser sólo eso, fue lo bastante convin-

cente como para que yo ni siquiera intentara seguirla. De todas formas, no iba a hacer algo así, o me había convencido de eso, no sé.

* * *

No recuerdo cuándo empezaron las pesadillas. Lela había muerto, eso es seguro porque fue por la época en que vinieron a tasar y a poner en venta el departamento. Yo, a decir verdad, no estaba muy bien, pero como todo había sido tan rápido —pelea con Romina, embarazo, aborto, muerte de Lela, puesta en venta del departamento— todavía no sabía por dónde empezar a deprimirme. La puesta en venta, igual, fue la buena noticia. Pero no tan buena, porque si lo de las pesadillas empezó por esa época tiene que haber sido algo malo. O quizá fue la cosa buena que vino a destacar todas las cosas horribles que habían pasado, y lo que haría que todo el conjunto, incluso la parte buena, terminara por revelarse como caricatura negra, muda, incómoda y para nada cómica de lo que estaba por venir.

En una pesadilla —que incluso fue recurrente— cabalgaba, sin montura ni frenos, sobre un caballo enfurecido al que podía dominar con sólo llevarlo de las crines. Y todo iba bien hasta que las horas de cabalgata en pelo hacían que mi entrepierna empezara a pasparse. La paspadura, poco a poco, se extendía a todo el cuerpo. Me ardían las orejas, los dedos de los pies, la carne bajo las uñas, las muelas y hasta los pelos de la nariz. Intentaba desarmar mi cuerpo para curarlo en etapas, pero eran tantas las partes a desmontar que la máquina —porque en el sueño, de un momento a otro, todos los elementos se habían convertido en máquinas con todo a la vista: tuercas, espirales, bulones, resortes, válvulas, chavetas, y era fácil ver por dónde entrarle a cada pieza— se volvía inservible. En otra, estaba tendido en un lecho de algodón o plumeritos o espuma —el color era blanco pero la sensación suave en la espalda era difusa— cuando un carrier o un tanque —casi seguro que un carrier, aunque en los sueños nunca se sabe— me pasaba una y otra vez por encima. Las ruedas de oruga me hacían estremecer pero no dolían, como si el vehículo pesara lo mismo que los plumeritos o la espuma bajo mi espalda. Pero sí generaban pequeños pellizcos que de a poco empe-

zaban a desgarrarme. Al final, todo el campo blanco quedaba salpicado con los pedacitos de carne que las orugas del carrier dejaban dispersos por ahí.

Todo lo ocurrido, sin duda, había hecho que algo cambiara, y lo que ahora me interesaba era saber el orden y las causas de la transformación. Maira me decía: imposible, vos estás loquito, esas cosas no tienen ningún orden. Ella me decía así: “loquito”, y yo me volvía efectivamente loco. Desde la muerte de Lela, Maira y yo habíamos empezado a tener sexo.

Instinto de reproducción y supervivencia, supongo.

Algo distorsionado, pero puro instinto. Hacíamos todo lo imaginable y, por sobre todo, éramos mimosos, cosa que para mí era una verdadera novedad.

Mientras nos desvestíamos me cantaba al oído, *cuan-*
do es con vos, siento todo irreal, y podíamos estar mucho tiempo haciéndonos caricias y creyendo, sin decirlo, en el amor. De hecho, el amor no tardó en llegar.

El momento es claro. Habíamos ido al Rosedal para tener algunos minutos de sexo rápido y fuerte —algo que también cada tanto hacíamos. Y estábamos en eso —yo adentro de Maira— cuando empecé a sentir mal olor. Discutimos brevemente sobre la procedencia de aquel olor y, sin ponernos

de acuerdo, seguimos. El final, delicioso, igual que siempre, nos encandiló. Y cuando pudimos volver a respirar tranquilos resultó que lo del olor había sido culpa de Maira y entonces terminamos lavándonos en el lago a las carcajadas. Después, durante los días que pasaron hasta que el olor terminó de irse del auto, pensé en eso de las cosas que uno puede compartir con el ser amado, en las costumbres del otro que pasan a ser las de uno, en la forma de hacer las cosas, en los gestos, en las miradas, en la forma de hablar, en todo lo que al principio es de cada uno pero que de tanto compartirse se vuelve igual. ¿Qué había entre nosotros? Algo importante, sí. La amistad más intensa; el amor más grande y hermoso.

Y como no había que darle muchas vueltas al asunto fui y se lo dije. Maira, desnuda, recostada de espaldas a mí en la cama deshecha de un telo, escuchaba y asentía sin decir nada. O sí, decía algo, su afirmación era un ronroneo contra la almohada y un leve movimiento de los dedos de los pies. Después, sonriente, se dio vuelta y me dijo que ella también me amaba, dijo loquito muchas veces, me tocó la nariz con el mentón y me hizo sentir bien. Pero cuando estábamos por despedimos caí en la cuenta de que sólo me lo decía para hacerme sentir

así, bien, como toda aquella tarde y como si eso fuera parte de su trabajo y yo fuera sólo uno de esos clientes vitalicios que todas las putas deben tener. Antes de salir del telo, a pocos metros de la puerta, la paré en seco y le dije que hablara con la verdad, que yo había sido franco y que esperaba lo mismo de ella. Se enojó. Dijo que si ella no podía decir la verdad era precisamente por eso, porque no podía. Una pareja que venía de la mano tuvo que separarse para pasar junto a nosotros, uno de cada lado. Y era así: su cara de desconcierto hablaba sola, como los pasos veloces que empezó a dar hasta salir a la calle en busca de un taxi y como las lágrimas que quiso secar en mi hombro cuando la alcancé y quiso abrazarme. Antes de que se fuera le reproché muchas otras cosas, tantas que en un momento me di cuenta de que la estaba tratando todo lo mal que no la había tratado a Romina. No hacía ni frío ni calor, estaba lindo; pero la situación nos sofocaba y era obvio que algo había cambiado, y Maira lo sabía, y por eso se fue.

Después pensé en por qué Maira no decía la verdad, por qué no podía confiar en quien le declaraba amor incondicional. Pensé en seguirla, en averiguar su secreto y un día sorprenderla y decirle que mis

sentimientos hacia ella eran resistentes a eso y a mucho más. El mutuo conocimiento iba a reforzar nuestros vínculos, nuestra nueva fuerza sería capaz de mover montañas con sólo verlas. Organicé cuáles serían los días de seguimiento, tracé un plan, intentaba que nada quedara librado al azar y confiaba en que pronto encontraría las claves para convencer a Maira de lo que yo quería porque, estaba seguro, compartíamos un mismo deseo, y si no lo poníamos en movimiento iba a terminar por destrozarnos.

Pero hubo que esperar. En esos días, aparte de la falta de tiempo que significaba el trabajar sin Lela, surgió una excelente oferta por el departamento. Y no sólo eso, que era lo de menos porque la inmobiliaria se ocupaba de casi todo, sino que el comprador quería la posesión inmediata, con lo que yo estaba obligado a buscar rápido un nuevo lugar donde vivir y, fundamentalmente, donde instalar todos los equipos de repostería. Porque si bien podía irme a un hotel o a una pensión por el tiempo que tardara en encontrar algo, nadie iba a dejar que le llenara una habitación con batidoras, bolsas de harina, tarteras, torteras, mangas y todo eso. Así que me puse en campaña, pero nada me convencía.

No sé si me había puesto exigente, si mi período de “verdad” me había vuelto quisquilloso o qué, pero lo cierto es que el día anterior a la firma de la escritura, sin opciones, dejé que el destino dijera lo que tenía para decir y entonces me fui a Moreno. Suponía que andar por allá me despejaría y me haría encontrar las virtudes ocultas de los tres o cuatro lugares que había visto y que podían llegar a servirme. Y en eso estaba cuando decidí pasar por la antigua casa de mis abuelos.

No tardé en encontrarla. El barrio estaba cambiado, pero yo hubiera podido llegar hasta con los ojos cerrados. Esperaba verla bien, todavía había algo de luz y sus nuevos dueños podían estar preparando la cena o tomando mate en la vereda. Pero no, estaba descuidada y vacía, la maleza crecía por todas partes y el olor a humedad llegaba hasta el portoncito blanco de la entrada. Musgo verde-azul en los enanos de jardín que Lela no había querido llevarse cuando nos mudamos —había algunos rotos, la cabeza de uno no terminaba de desprenderse del cuerpo, no tardaría en caer— y musgo amarillo-huevo en el gotero de la parte baja del frente. Salté el portoncito. Revisé la enredadera para ver si había algún cartel de venta tapado por las

hojas. Nada. Recorrí el terreno y hasta entré a la casa por la ventana de mi cuarto. Recordé los viejos tiempos. Había manchas de humedad en techos y paredes. ¿Desde dónde habría crecido? Me hubiera gustado haber estado ahí para ver sus evoluciones lentas, irregulares. Hasta el piso estaba húmedo. Era evidente que todas las capas hidrófugas habían colapsado hacía bastante y que el agua se había abierto paso sin problemas. Pensé que si alguien decidía vivir en ese lugar tendría que tirar la casa abajo o tomar medidas drásticas, todo estaba realmente muy mal. También pensé que los que la habían comprado debieron haberse sentido estafados por Lela cuando la casa empezó a filtrar por todas partes. O quizá ellos mismos, por alguna razón, la habían destruido.

A la vuelta, cuando los carriles de la autopista que iban a Moreno se congestionaban por dos accidentes cerca de Morón, pensé en volver al día siguiente a la casa, arreglarla, si Lela revive y la ve así se muere otra vez, pensé. No era una mala idea, o sí, tendría que haber venido antes, pensé, quizá con eso Lela hubiera aguantado un poco más, quizá si la casa no se hubiera venido tan abajo, Lela no se habría muerto tan rápido, quizá Lela y la casa se

casa antigua.

volver a la casa de antes.

murieron juntas. Pensaba: la casa no está en venta, pero sí vacía. La idea de arreglarla parecía una locura, pero los deseos de hacer eso y los planes que empecé a hacer para mudarme se mezclaron como en un impulso sagrado. Por otra parte, viendo las posibilidades concretas, la empresa no era tan descabellada. ¿Por qué no mudarme ahí y usar lo de la venta del departamento para hacer todas las refacciones que hicieran falta? Y llegado el momento de enfrentar a los propietarios —si es que aún los hubiera— ofrecerles un plan de pago por la compra, o un alquiler. Volver allá iba a significar la recuperación de muchas cosas, algo fundamental para seguir avanzando. Un paso hacia atrás que permitiría dar muchos hacia adelante. En fin, mi lado de la autopista fluía, iba rápido, el otro estaba atascado. Abrí la ventanilla, respiré hondo. Al día siguiente iba a firmar la venta del departamento sin leer los papeles, iba a recibir el dinero sin contarlo, iba a trasladar, en varios viajes, todas mis cosas a la casa de Moreno.

* * *

Durante los dos o tres meses que me dediqué a las primeras reparaciones viví casi encerrado. Para no levantar sospechas de la usurpación y evitar cualquier reclamo fortuito dejé el frente como estaba. Los vecinos me veían ir y venir, y supongo que también veían llegar todas las mañanas y salir todas las tardes a los albañiles. También veían y olían el humo de los asados que cada tanto se hacían en el fondo, donde antes estaba el zapallar y ahora empezaban a acumularse los escombros. Y cómo no iban a ver los camiones que descargaban materiales y las montañas de arena y piedra cerca del portoncito. Pero yo, de todas formas, me esforzaba para que las actividades se notaran lo menos posible.

Las pocas veces que salí fueron para buscar a Maira, que como había cambiado su teléfono me obligaba a volver a las calles donde solía encontrarla. Preguntaba por ella y sus amigas me decían que hacía tiempo que no sabían nada, que las últimas veces la habían visto algo descuidada. Una de ellas hasta llegó a decirme que tuviera cuidado, que Maira era peligrosa. Sospeché. Las circunstancias en que me lo dijo no fomentaban su credibilidad: era obvio que sabía de mis virtudes como cliente y entonces quería convertirse en mi nueva pareja.

Mientras buscaba a Maira, además, empecé a sentir la necesidad de confirmar u olvidar para siempre la versión de Lela sobre mi supuesto hermano nacido en cautiverio, como si las dos búsquedas tuvieran algo en común, como si fueran parte de una misma cosa o como si fueran, en realidad, lo mismo.

Al principio, por ese motivo, me arrepentí de haberme mudado. Pero después pensé que por algo lo había hecho y que mi búsqueda, distinta a la de Lela, no tenía por qué necesitar de un lugar para vivir cerca de la ESMA. ¿Por qué suponer que mi hermano había nacido donde mamá había estado secuestrada? El nacimiento podía haber sido en el Hospital Militar, no iba a ser el único. ¿Tenía entonces que mudarme frente al Hospital Militar? No. En todo caso, cada vez que iba a buscar a Maira, entraba a Capital por el Bajo y paraba en alguno de los bares que empezaban a pulular por la zona esa, entre Dorrego, Olleros, Luis María Campos y Libertador. Tomaba algo, a veces conversaba con alguien. Me acuerdo de una pareja de gente grande, vivían en el barrio hacía bastante, en un departamento chico, en una cortada, y si bien estaban algo escandalizados con el movimiento que ahora había en la zona, con el ruido nocturno, con la cantidad de

comercios que se habían abierto en cuadras antes casi residenciales, se los notaba contentos con la suba de precios de las propiedades; y aunque no tenían pensado mudarse para hacer diferencia, ni nada, sentían que ahora, viviendo en un lugar más caro, también las vidas de ellos tenían más valor.

Mis ganas de saber eran tan fuertes que hasta mis sueños empezaron a ponerse mansos. La pesadilla del caballo pasó a ser un juego feliz entre oligofrénicos y perros amaestrados, algo tierno y triste, más que nada tierno. Los perros lamían a los oligofrénicos, los hacían ir y venir, y algunos oligofrénicos hasta se animaban a tirarse al agua y nadar junto a uno o dos de los perros. La del carrier que me aplastaba, un baño con delfines y algas revitalizantes.

Ya con la obra bastante avanzada, y antes de ponerme a trabajar, recorría organizaciones de derechos humanos —todas menos HIJOS, no quería cruzarme a Romina— y me encontraba con gente que pudiera haber conocido a mamá. Casi todas eran personas devastadas. O no devastadas, pero sí con un aire a devastación que podía verse en los ojos y hasta en acciones, como llevarse un pocillo de café a la boca o jugar con la cucharita del azúcar.

Había una ex compañera de secundaria de mamá que estaba directamente loca. Me contó de un viaje de egresados que ellas y algunas chicas más habían hecho en forma paralela al viaje de egresados que habían hecho los otros. Esto no lo sabe nadie, sólo las que lo hicimos, dijo, fuimos seis y no lo sabe nadie, no lo tiene que saber nadie, eh, cuidadito. Por lo que decía, las seis formaban un grupo bastante cerrado y compartían ideas políticas que los otros ni se imaginaban. Éramos chicas, eh, muy chicas, pero pensábamos como grandes, decía, no era joda. Y me contaba de lo bien que la habían pasado en ese viaje a Córdoba y de cómo una noche, haciendo dedo —ella no dijo dedo, dijo “autostop”, había estado exiliada en Roma y allá se ve que hablan así—, una noche nublada, sin luna, en medio de la ruta ni siquiera podían verse entre ellas y tenían que hablar para darse una idea de dónde estaba cada una. Una locura, ¿viste?, decía, todo con un acento italiano que no sé si era de familia o de sus años en Italia, pero que alcanzaba para poner una distancia enorme entre lo que contaba y lo de ahora, como si lo que contaba hubiera pasado en Italia, lejos, y como si ella, en realidad, todavía estuviera haciendo dedo en aquella oscura ruta cordobesa.

Así: todas cosas que me hacían acordar a Lela. Lo único que pude confirmar fue que mamá, efectivamente, había estado en la ESMA. Pero nada de un embarazo, mucho menos de un parto. Igual, como la intuición de Lela sobre la ESMA había sido correcta, algo más tenía que haber.

Y en eso andaban mis cosas cuando una mañana de niebla fui a dejar un suéter en la tintorería y vi, al principio en forma vaga, pero después sin lugar a dudas, a Maira caminar por la vereda de enfrente, su cartera algo maltrecha, sus medias de red algo corridas y un papelito en la mano.

Sin dejar que ella me viera, la seguí, y por increíble que parezca resultó que ella también iba a la tintorería. Al verla entrar supuse que el papel era el ticket de devolución. Pero cuando salió no llevaba ninguna percha o paquete. Y seguía con ese papel en la mano. Quizá había ido a averiguar algo, pero qué. ¿El papel era una foto mía?, ¿qué hacía ella en Moreno?, ¿alguna vez yo le había contado de mi infancia feliz, de los zapallos?, ¿me buscaba? En todo caso, había que concentrarse en su paso firme y plástico a la vez, en sus hermosas caderas que se movían en la niebla que ya empezaba a disiparse, y seguirla.

* * *

La persecución duró bastante. Maira entró a un supermercado y salió sin comprar nada. Podía ser una espía o algo así, una agente. ¿Quién la mandaba? Imaginé un complot internacional para acabar con la homosexualidad en el mundo. Las travestis eran, en realidad, la forma encontrada por los complotados —una inabarcable organización-medusa clandestina— para tentar y descubrir homosexuales tibios —poco visibles— y bisexuales como yo, catalogarlos, localizarlos y, una vez dadas las condiciones, coronar su plan con una razzia despiadada cuyo fin era eliminar a todos los putos del planeta. Y mi hipótesis, en cierta forma, se confirmó. Al final del recorrido, después de subir al tren y seguir a Maira hasta Liniers, la vi entrar a una comisaría.

En aquel momento no supe verlo, pero por lo menos tenía claro que la paranoia, si bien puede servir para estar alerta, no es buena dando consejos. Mientras Maira estuvo adentro pensé en algunas alternativas. Lo del complot antihomosexual parecía una locura. En el mejor de los casos, un resto de mis más antiguas pesadillas persecutorias. Lo más proba-

ble, en esa línea, era que ella fuera informante de la policía, o hasta oficial encubierto. Aunque lo más razonable, a todas luces, era que hubiera ido hasta ahí a pagar la contribución que le exigían para dejarla trabajar en paz. Pero como tardó demasiado sospeché: salvo que los policías se cobraran su parte con servicios sexuales, era evidente que Maira no había ido sólo a pagar.

delirio de persecución
Salió en un patrullero que la llevó hasta la casa. Ella iba en el asiento de atrás con dos policías y me sorprendió la impunidad con la que, a plena luz del día, los tipos la toqueteaban. Yo iba en un taxi, y justo antes de que ellos pararan, el chofer, como si supiera adónde íbamos, me dijo: vos tenés una historia con el travesti del patrullero, tené cuidado. Eso me aturdió: ¿cómo el chofer sabía tanto?, ¿trabajaba él también para la policía? Pagué, bajé, y mientras el taxi se iba pensé que lo mejor hubiera sido preguntar, indagar; o insultarlo. Pero como eso ya no se iba poder me quedé frente a la casa de Maira y esperé. Ella no salió, sí salieron los policías y entraron otros hombres, y salieron, y yo no sé por qué pero no quise entrar, hubiera sido demasiado pronto, y después de algunas horas me fui; ahora, por lo menos, sabía dónde encontrarla.

Ya en casa, ideé un plan. Lo que había visto disparaba varias posibilidades y lo mejor era ir con cuidado. Desde ese día decidí dejarles a los albañiles un juego de llaves y salir todos los días temprano para vigilar la casa de Maira. Las novedades eran siempre las mismas. Policías, hombres, a veces mujeres —o parejas—, algunos adolescentes y hasta dos enanos que llegaban juntos y a pie, aunque luego descubrí que no, que llegaban en un BMW amarillo y que siempre lo dejaban estacionado a dos cuadras.

X Igual, todo este movimiento de gente se veía a partir de las once, antes no porque supongo que Maira dormía. Aunque a veces también salía, siempre hacia lugares distintos y como perdida, igual que cuando la había visto caminar por las calles de Moreno. Esto, más lo que pasó después, me hizo pensar que era una informante. No me hubiera extrañado y hasta me hubiera parecido bien —tanto era mi amor— que participara de marchas o eventos gay con el objetivo de señalarle proxenetas a la policía.

o A veces, ya en casa, me preguntaba si seguir a Maira no era una forma de evitar las averiguaciones sobre mi hermano. ¿Qué era primero, salvar el amor

o salvar como con hijos

o el pasado? El amor era el futuro. El presente y el futuro. ¿Y el pasado? También, presente y futuro; pero la intensidad del pasado en el presente —y ni hablar en el futuro— era pequeña en comparación a la intensidad del amor. Ese era mi orden, entonces: primero amor. Y en todo caso: por qué no pensar sólo en dos términos, pasado y futuro, y olvidarse del presente, que casi siempre era malo. En ese caso, no había dudas: futuro, Maira, amor infinito, libertad, sociedad nueva, nuevo mundo.

Sin embargo, uno de esos días en que ella salió temprano y yo la seguí, todo pareció encadenarse. El tren la dejó en Plaza Miserere y de ahí subte. Línea A, estaba seguro de que haría combinación con línea C, dirección Constitución, lo usual, varias veces la había seguido hasta Temperley o Quilmes o Lanús. Pero no, esta vez bajó en Lima y al subir a la calle, como si hubiera bajado en la estación equivocada, estuvo algunos segundos mirando en todas direcciones hasta que enfiló para el Congreso. Algún cliente en la zona, pensé. Un senador, un diputado, un asesor. O un diputado o senador que no sólo era cliente sino parte clave en la red a la que ella pertenecía.

Pero de a poco mis suposiciones se fueron cayendo. Frente al Congreso había gente con bombos y

banderas. No era una marcha de orgullo gay, tampoco de jubilados. El cartel de HIJOS podía verse dos cuadras antes, el viento lo embolsaba y parecía que se iba a caer pero no, estaba bien sujeto. También había otros carteles de otras organizaciones y, desde una combi, un altavoz anunciaba un escrache a no me acuerdo quién. Maira fue directo a la combi. Esta guacha no sólo entrega proxenetas —o colegas—, pensé, también debe entregar militantes de derechos humanos. ¿Qué diría en HIJOS, que sus padres estaban desaparecidos o que quería ayudar? Esperé. No quería encontrarme con Romina, pero tampoco quería dejar de informar lo que suponía de Maira. Ella se acercó a un grupo y la recibieron alegres. Habló con varios, se movía en forma sensual, alguno le tocaba la cintura y otro, más tímido, bajaba la cabeza, pero cada tanto la miraba sin que ella se diera cuenta. Después llegaron dos colectivos y todos empezaron a subir, así que me acerqué, y cuando Maira se subió a uno yo me ubiqué en el otro.

¿Vos sos nuevo?, te veo cara conocida, me dijo una chica que se sentó al lado mío. Venía antes, dije, y justo cuando el colectivo estaba arrancando alguien gritó, pare, chofer, que viene una rezagada,

¡vamos, compañera! El tipo movía los brazos eufórico, algo había tomado —o fumado—, y cuando recibió a la chica la abrazó tan fuerte que casi le tira el bebé que ella traía en una mochila. Después, entre el humo de los cigarrillos y la oscuridad del día, que de repente se había nublado por completo —nubes negras, relámpagos, toda la plaza Congreso, y el mismo Congreso, parecían a merced de una horrible amenaza—, me costó reconocer que la rezagada era Ludo, que ahora avanzaba por el pasillo con un precioso bebé que lloraba en sus brazos.

* * *

La última vez que había visto a Ludo estábamos en lo de Romina. Una cena. Ludo había llegado con una película y Romina acababa de decirme que iba a abortar. Así que por momentos, después de comer, tirados en el living, en las partes muertas de una historia de mafias enfrentadas, me dedicaba a verlas: sentadas en el sofá parecían dos almas gemelas —hasta amantes— capaces de enroscarse, hundirse en los almohadones y quedar

✓
dormidas así, juntas para siempre o por lo menos hasta que el sol empezara a darles en la cara. Antes de irme también las imaginé dormidas, pero no solas sino con sus bebés, los cuatro juntos, una nueva familia feliz, y les pregunté si iban a hacerse los abortos el mismo día, en el mismo lugar. Puede ser, dijeron.

Después había visto a Romina una vez más, le había dado bastante plata y sólo habíamos hablado del pronóstico del tiempo. Todavía me lo acuerdo: templado en la mañana y desmejorando hacia tarde, con descenso de temperatura y probabilidad de lluvias de variada intensidad. Poco alentador, pero al final había estado lindo.

Y ahora resultaba que Ludo había tenido a su bebé.

Verla en el colectivo fue como envejecer diez años, o veinte, o treinta. Como siempre me imaginé abuelo antes que padre, ver a Ludo tan feliz intentando calmar a su hijo y pensar en que Romina también podía haber tenido el nuestro era reconocer que si no volvía a verla cabía la posibilidad de que mi hijo creciera lejos de mí y un día viniera a verme con sus propios hijos y me dijera: mirá, papá, tus nietos quieren conocerte.

Admiré a Ludo: esa vocación de militancia permanente mientras que yo era una especie de viejo gruñón con tiempo apenas para sus cosas. No tardé en admitir la escasa recepción que tendría cualquier denuncia que pudiera hacer alguien como yo.

¡Hola!, me dijo ella sorprendida, y la sorpresa fue tan verdadera que hasta debe haberla sentido el bebé, porque enseguida me miró y dejó de llorar. Les di mi asiento. Se escucharon los primeros truenos y empezó a llover. Ludo y su bebé, en medio del tumulto del colectivo que andaba por una ciudad a punto de inundarse, parecían el único lugar sereno en cuadras a la redonda. Pensé en un día despejado, en copas de árboles movidas por un viento suave, templado, viento que abre los poros de la piel y de todas las cosas y hace que todo sea como él, todo igual a ese viento mientras dura su reinado de leve inflamación de alegría. Pensé en las hojas de los árboles que movía ese viento, en sus diferentes tonos de verde según su cambiante ubicación bajo el sol, en el ruido de un arroyo con poca pendiente, en el fondo de piedras bajo el agua que pasa cristalina y las limpia. Ludo le hablaba al bebé, me hablaba a mí y por momentos era como si ella fuese la madre de ambos. Quería preguntarle por Romina,

pero recién pude hacerlo después de hablar de otras cosas que a ella la tenían más preocupada: mamaderas, pañales, visitas al pediatra, puerperio, lactancia. Sólo le pregunté cuando el colectivo empezó a estacionar —habíamos llegado—, pero ella se levantó y me dijo: a ver, permiso, dejame pasar. ¿Y Romina?, insistí. Ludo ya estaba a mitad de camino hacia la puerta. Ah, no sé, llamala, dijo, no la veo desde hace meses.

En la calle, la tormenta había pasado a ser una llovizna molesta y todos se ubicaron bastante rápido frente a un edificio de departamentos. La combi del altavoz había llegado antes que los colectivos y los que venían adentro ya repartían volantes con la cara del tipo al que iban a escrachar. Imaginé la terraza del edificio copada por francotiradores que a la orden de fuego dispararían sobre nosotros. Él les daba la orden, ellos obedecían y lo único que podíamos hacer era correr. Entonces me anticipé a esa situación —idiota: lo más probable era que el tipo estuviera en su casa quinta, o en la de algún amigo, tomando whisky mientras veía el escrache por TV— y me fui —tampoco quería que Maira me viera— justo cuando algunos chicos empezaban a hacer pintadas con aerosol en el frente de piedra y

otros tiraban bombas de pintura roja contra los vidrios.

✓ Tenía que ir a lo de Maira. Esperarla. Verla llegar, entrar atrás de ella y pedirle explicaciones, que me diera la lista de la gente que pensaba entregar, hablar bien. Conocía su secreto, su infiltración era algo horroroso, ella misma se volvía, en la espera, algo horrible: un pulpo blanco en el barro devorando ratas o sapos, un camaleón con dientes de jabalí y cola de pez, veloz, luminoso y ciego. Igual, podíamos hablar.

Lo tuyo es horroroso, le dije mientras ella, sin prestarme atención, se apuraba a guardar cosas en lugares insólitos. O no, quizá me prestaba atención, pero hacía toda esa escena de guardar cosas para simular que lo que yo tenía para decir no le importaba. Yo había llegado con la esperanza de que ella asumiera sus errores, de que se arrepintiera y llorara a mis pies. Después de eso podíamos ir a casa y vivir juntos para siempre. Estaba seguro de que si abandonaba sus actividades sería fácil reconciliarnos y hacer una hermosa vida de reposteros. Pero ella guardaba cosas y no me prestaba atención. Estuve a punto de pegarle o de sacudirla, alguna violencia que la hiciera considerar mis razones. Y antes de

que pudiera terminar mi sermón me agarró del brazo y me sacó, andate, me dijo, andate o te mato a vos también.

* * *

Al principio me costó creer que Maira fuera una asesina. Como máximo entregadora, delatora. Pero cuando dijo: o te mato a vos también, no parecía haber hablado en forma figurada, menos en chiste. Más que nada por la “o” y el “también”, que sonaron como piedras huecas, adentro truenos, perros salvajes; todo podía ser. Y a juzgar por la facilidad con la que me había sacado de su casa, no era de extrañar que estuviera preparada para cosas peores. Algo que jugaba contra su feminidad pero que la mostraba mucho más atractiva. No me explico cómo fue que una chica dulce como Maira no necesitara más que un par de movimientos —muy precisos, la verdad— para dejarme del otro lado de la puerta sin que yo pudiera ofrecer resistencia. Sus encantos no habían sido, no en ese momento. Mi torpeza puede ser. En todo caso, puras malas noti-

cias. Y como si fuera poco, mientras volvía a la estación para tomar el tren para ir a HIJOS y denunciarla —me tenían que creer, mi investigación ya no era pura sospecha—, empecé a sentir que alguien me seguía.

El tren iba casi vacío. Me senté. Mi perseguidor —una cara conocida que no pude identificar— me controlaba desde la puerta; fumaba. Tenía las manos duras, agarrotadas por el humo o el tabaco. Cuando pasó el guarda le dije que había una persona fumando. Él miró a mi perseguidor, se acercó, le pidió el boleto, le pidió un cigarrillo y pasó a otro vagón. ¿Por qué las viejas nunca están cerca cuando uno necesita hacer un escándalo? Poco antes de llegar a Once decidí perderlo de vista. Me bajé, caminé pegado a la formación y —ya había calculado cuánto tardaban las puertas en volver a cerrarse— en el momento preciso salté otra vez adentro. Después, con el tren en marcha, miré para afuera. El tipo encendía otro cigarrillo y sacaba de un bolsillo un teléfono.

Soy un idiota, pensé. Era obvio que en la siguiente estación iba a haber otro agente. Pero con semejante capacidad operativa, ¿desde cuando me seguían? Si yo no era un militante de derechos

humanos, ¿por qué Maira me había delatado? A lo mejor me había delatado por puto y mi idea del complot antihomosexual internacional no era tan delirante. No me importó. Que hagan su trabajo, pensé. Mientras estuviera rodeado de gente no podía pasarme nada. O sí, en realidad podían agarrarme, ponerme dos o tres ladrillos encima, sacar sus credenciales falsas y hacer pasar mi secuestro por operativo antidrogas. Tenía que correr, saltar del tren, disfrazarme, algo.

Fui hasta el furgón. Cuatro hombres —uno en silla de ruedas— jugaban al truco, un vendedor ambulante ordenaba la mercadería, una gorda con andador leía un folleto y, en una esquina, sentado y como perdido en el fondo de un pozo cavado hacía mucho tiempo, un borracho. Me acerqué al borracho, iba a proponerle cambiar mi ropa por la de él —eso era de una película, no sé cuál, pero una— y cuando estaba por hablarle sentí los olores mezclados del meo y el alcohol y recapacité. ¿Qué dirían en HIJOS si llegaba vestido así?, ¿quién iba a creerle a un borracho? Pedí entonces ayuda para abrir una puerta, dije que iba a saltar. Los que jugaban al truco —menos el de la silla de ruedas— se acomodaron los pantalones y empezaron a hacer fuerza

contra los burletes. ¡Suerte!, escuché justo antes de caer mal y rodar algunos metros sobre las piedras hasta quedar tendido abajo del terraplén.

El resto del viaje no pudo ser peor. El taxi que me llevó lo manejaba una mujer. Una persona demasiado atenta y servicial que todo el tiempo me preguntaba si me sentía bien, si no quería ir a algún hospital, y por todos los medios intentaba saber qué me había pasado. Y tanto insistió que al final le expliqué. Pero cuando empecé a articular una cosa con otra me di cuenta de que la historia no iba a terminar nunca. Es decir: la caída era el final para ella, pero ¿cuál era el final para mí? En un momento hasta me pareció que la mujer iba a sacar una libreta y a escribir la novela de mi vida mientras dábamos vueltas por la ciudad. También se me ocurrió que ella era la materialización de una especie de conciencia remota, la conciencia de Lela o la de mamá o la de alguien interesado por mí, cualquiera, y que en cierta forma se ocupaba de pesar mis actos y compararlos con los de una complicadísima tabla de valores. Me sentía mal, nunca la cabeza me había dolido tanto, y a esa altura no sabía si la causa del dolor eran los golpes o lo que le contaba a la taxista. Era por las dos cosas, seguro, pero cuál tenía más importancia, no sé.

Cuando llegamos, además de sentir dolor, temblaba tanto que casi no pude sacar la plata para pagar. Buscaba en los bolsillos pero se me escapaban las monedas, los billetes, todo, y estuve a punto de saltar otra vez. Después la mujer esperó a que bajara. Me ayudó a vomitar, volvió a decirme lo del hospital y cuando pude hablar dije: no, deje, y ella se subió al auto y se fue. Después hubo un momento de calma y empecé a sentirme mejor. Miré alrededor: la cuadra estaba vacía, se oía el canto de unos pájaros y, como supuse que nadie me había seguido, entré.

A pesar de la euforia que traían del escrache me escucharon con paciencia. Se los notaba contentos y todavía había varios volantes sobre la mesa a la que me hicieron sentar con ellos y hasta en el piso. El que hacía las preguntas era alto, tenía el blanco de los ojos manchado con puntitos de un blanco más opaco que el resto y una ancha frente pensativa. Escuchaba, anotaba lo que yo decía y les mostraba los datos a los otros dos. Cuando terminé me pidieron unos minutos —tenían que hablar, ponerse de acuerdo— y al rato volvieron con una carpeta de anillos grandes llena de folios con recortes de diarios, boletas, informes. Esto es todo lo de Maira,

me dijo el alto y me entregó el material. Miralo y en un rato hablamos.

Todas mis hipótesis se fueron al tacho. El momento clave fue al leer el titular de un recorte: "Travesti mata-policías estaría oculto en la triple frontera", fragmento de una hoja de un diario paraguayo que de un lado tenía esa noticia policial sobre Maira y del otro la foto incompleta de un cadáver mutilado.

Los de HIJOS, cuando lo creyeron oportuno, volvieron y me explicaron que Maira no era el único ejemplo de un hijo de desaparecidos que se dedicaba a matar torturadores. Ellos conocían el caso de uno que se había hecho policía para obtener información y matar compañeros de trabajo. Y no estaban de acuerdo, ni mucho menos, con esas actividades. Hasta habían hecho algunas denuncias para no comprometer a la organización. Pero de todos modos, la información de ese tipo de hijos —dijeron así: "este *tipo* de hijos"— era muy valiosa y ellos la usaban con otros fines: para buscar justicia y todo eso. También me mostraron un mapa. Era el recorrido de Maira desde que había tomado la decisión de hacerse pasar por informante de la policía para estar en contacto con ellos y matarlos.

Antes de instalarse en Liniers se había dedicado durante algunos meses a matar policías paraguayos, para entrar en calor. Pero su verdadera misión, desde hacía casi un año, era vivir en Buenos Aires para asesinar a ex represores, muchos de ellos aún en servicio.

Después de tantos datos documentados, inobjektibles, y que parecían flotar como verdades eternas en el interior y alrededor de las miradas de los que me habían atendido, empecé a rascarme las axilas. No me picaban, pero al tiempo de empezar a ras-carlas sí, mucho, una picazón dura, no agradable como la que provocan a veces los mosquitos sino agresiva, como si yo hubiera apoyado las manos en un hormiguero y miles de atléticas guerreras hubieran saltado a morderme los brazos. El panorama cambiaba, ellos estaban acostumbrados a contar cosas así, pero yo no, ni a contarlas ni a escucharlas. Hasta llegué a pensar que cada manchita opaca en los ojos del que más hablaba era una pieza que faltaba en el rompecabezas de todas las historias que él tenía que administrar, y que a medida que las piezas fueran apareciendo las manchas se iban a ir, una por una, sin dolor, cirugía breve, menor, poca anestesia. ¿Se reirían de mí? No, eso seguro que no. Se toma-

X | ban las cosas en serio y lo que decían era verdad. Mientras me veían rascarme uno de ellos dijo: es justo que sepas esto, sabemos que para vos puede ser feo, pero es lo que es.

Cuando dejé de rascarme pedí un vaso de agua y una toalla. Me sequé la transpiración, tomé el agua, volví a transpirar y me volví a secar. Más tranquilo, pregunté qué pensaban hacer con Maira. Se miraron. Nada, dijo el de los ojos manchados, ella es libre de hacer lo que quiera. Y dijo que iban a ayudarla en lo que pudieran porque, además de toda esa historia de venganza, Maira buscaba a su hermana. Una fantasía de ella, dijo otro de los tipos, y explicó que Maira había nacido en cautiverio y había sido entregada a su verdadera familia, pero también sospechaba que tenía una hermana melliza que los militares se habían llevado y que ahora era hija de un comisario. Por eso se viste de mujer, concluyó el de los ojos manchados mientras una de las manchas empezaba a brillar como si fuera a volverse del mismo color que el resto del ojo pero al final no, era un efecto de la luz. Y cuando uno que se ve que estudiaba psicología o alguna ciencia paramental —o las dos cosas— empezó a hablar de cómo el travestismo representaba en Maira las dos mitades de la

< OJO >

mellicidad quebrada —usó esa palabra: “mellilidad”—, lo lleno y lo vacío, lo cóncavo y lo convexo, el yin y el yan, el pasado y el futuro rotos y a la vez aunados en un presente enfermo, dije: bueno, yo me voy, y salí lo más rápido que pude. Ya en la calle —necesitaba aire, energía, algo—, empecé a correr.

En las primeras cuadras la carrera fue mansa, trote sereno, burbujeo en las venas, una especie de lenta ebullición. Después, cabalgata. Primero frenaba en las esquinas y al final ni siquiera eso. Las calles del centro quedaron atrás y llegué al Puerto, a la Costanera, y seguí hacia el Sur. Una vez un amigo de mi abuelo me había llevado por ahí pero ahora todo estaba bastante cambiado. Esa vez fuimos a ver un submarino. Mi abuelo se había muerto hacía poco y se ve que este amigo de él tenía que decirme algo que al final no me dijo. O sí, me lo dio a entender, pero yo a esa edad sólo entendía las cosas cuando me las decían en forma directa. Su mujer estaba enferma —pronto murió— y supongo que él quería tatear el terreno para un posible casamiento con Lela. Entonces habíamos ido a ver ese submarino y él me había contado historias de submarinos. Creo que había sido de la Marina o algo así. En todo caso, los submarinos eran uno de sus

¿Por qué no pensar, mejor, que ella era un doble agente, que entregaba datos a la policía pero que su verdadera meta era la venganza? En ese caso, mi tarea era encontrar la forma de ir a su casa y empezar a ayudarla. Ir de buena manera, disculparme por lo de la última vez y alcanzar un momento lo bastante intenso como para volver a estar juntos. Pero antes de eso pasó otra cosa.

* * *

Y el chupacabras?

Tenía que decorar una torta de cumpleaños con un dibujo de Batman y Robin. Muchas veces había dibujado a esos y a muchos otros superhéroes. Tenía moldes de La Mujer Maravilla,Linterna Verde, Superman —el más pedido—, Acuamán, Súper Hijitus y hasta de El Ancho Rubén Peucelle. Así que busqué el de Batman, lo dibujé, y después el de Robin, que como hacía mucho que no lo pedían me costó tanto encontrarlo que llegué a pensar que se había perdido en la mudanza. Pero no, estaba entre unos paquetes de cobertura de chocolate, en bastante buen estado salvo por la cabeza, algo desfi-

gurada, que tuve que improvisar directamente sobre la torta. Mientras le daba los últimos retoques el capataz se acercó y me dijo: qué lindo, Batman y Robin; igual, ese Robin le salió medio parecido a... y cuando estaba por decir a quién no habló más. La forma en que había dicho "parecido a" me había hecho temblar. Después le pregunté qué necesitaba y me dijo que nada, que me quedara tranquilo, que sólo quería avisarme que ya habían terminado y que para el día siguiente iban a necesitar más materiales.

Cuando se fueron llamé al corralón, encargué lo que hacía falta y me dediqué a observar a Robin. Se parecía al verdadero, sin duda, pero también había algo diferente. No tardé en descubrirlo: en los ojos, en los pómulos y en la forma chata del mentón, eran evidentes los rasgos de Maira. O no, más que a Maira, Robin se parecía a mí. Recordé la figura del muchacho brasileño que dibujaba Lela.

Me senté. Era imposible que fuéramos hermanos: Maira tenía su familia verdadera, yo la mía, y los dos buscábamos hermanos nacidos en cautiverio, no al revés. De existir algún error ya alguien lo habría descubierto.

Salí a caminar. De paso, aproveché para llevar el suéter a la tintorería, que desde que había empeza-

do con el seguimiento de Maira había quedado sucio. El lugar estaba cambiado, más que nada por fuera: el cartel con la cara de ojos alargados tenía más colores que antes y estacionada en la vereda había una moto-furgón con la misma cara del cartel pintada sobre la chapa, números de teléfono y varias burbujas de diferentes tamaños dentro de las cuales podía leerse la palabra "delivery". Una tintorería-lavandería a domicilio, eso sí que debía ser un buen negocio. Me pregunto qué hubiera pensado el viejo señor Lee de haber llegado a ver cambios semejantes. Dejé el suéter, me dieron el ticket de devolución y salí.

Llevaba el ticket en la mano —no sé por qué no lo guardé en un bolsillo o en la billetera— y mientras caminaba iba frotándolo entre los dedos. Y en un momento, después de agacharme para esquivar unas ramas, del ticket pareció salir la respuesta. El problema en todo este asunto del parecido entre el Robin de la torta, Maira, yo y el muchacho brasileño que dibujaba mi abuela tenía que ver con papá.

En casa nunca habían hablado mucho de él. Si lo mencionaban era para hablar mal: no lo querían, no le perdonaban que hubiera dejado sola a mamá. Él también estaba desaparecido, figuraba en las listas,

yo lo había leído, y si bien en casa nunca me habían querido dar demasiados detalles, una vez había escuchado a mi abuelo decir algo así como: ese sí que se lo merecía. Yo estaba entre los zapallos, jugaba, y mi abuelo le dijo a Lela eso y algo más que no llegué a entender pero que por el tono de voz y el enojo de mi abuelo tenía que ser algo muy malo. Y ahora, malo o bueno, resultaba que yo podía ser medio hermano de Maira.

Pasé buena parte de la noche frente a la torta. La escena, en algún momento, cobró vida: papá era Batman y Maira y yo éramos Robin. Un Batman y dos Robin. La aventura que emprendíamos juntos consistía en caer por sorpresa a una reunión de mafias aliadas que estaban en la cuenta final para un devastador asalto a Ciudad Gótica. Todo sucedía en un galpón donde había autos, camiones, topadoras y hasta dos helicópteros que, si eran usados de acuerdo al plan, provocarían el caos necesario para sorprender a las autoridades y mantener a la ciudad totalmente indefensa durante las horas que durara el saqueo. Esto va a ser algo mucho más grande que el asalto de Fidel al cuartel Moncada, escuché que decía uno, ametralladora en mano, mientras arengaba a los de su grupo. Eso, más algunas frases en cas-

tellano, daban la pauta de que aquellos hombres —o al menos muchos de ellos— eran revolucionarios cubanos. Todo lo demás era subtitulado. El inglés me salía fluido y para entender mis propias palabras tenía que asomarme a leer los subtítulos que aparecían casi siempre a la altura de mi cinturón. Hablábamos, básicamente, de nuestras posibilidades de frustrar el ataque. Batman-papá decía que teníamos que dividirnos: él se ocuparía de armar, en distintos accesos a la ciudad, una red de trampas orientadas a demorar las acciones mafiosas. Mientras tanto, nosotros alertaríamos a las autoridades y con nuestro carisma ayudaríamos a la población a buscar lugares seguros donde refugiarse hasta que terminaran los enfrentamientos. Yo estaba de acuerdo, era un excelente plan. Pero Robin-Maira apostaba por sorprenderlos allí mismo y lograr, en medio de la confusión, que las dos mafias terminaran enfrentándose entre ellas. Eso tenía más que ver con nuestro carácter de superhéroes, ¿qué clase de defensores de la justicia seríamos si nos limitábamos a buscar ayuda policial? Hubo una discusión. Batman-papá hablaba de socializar el conflicto, todos los sujetos sociales involucrados tenían que tomar conciencia de la amenaza y ser parte activa en la

defensa de la ciudad: terminaba la era de los superhéroes solitarios, el protagonismo tenía que ser de la gente. Robin-Maira dudaba. Algo en las palabras de Batman-papá no llegaba a convencerla y entonces cambió el eje del debate y le reprochó el giro ideológico que suponía el hecho de que ahora estuviera a favor de Ciudad Gótica cuando según sus antiguas convicciones debería estar del lado de los cubanos. En su defensa, Batman-papá dijo que eso no era tan así, que si bien había cambiado el vestuario, la idea era siempre la misma: defender a la gente de la mafia porque los cubanos esos eran, antes que nada, mafiosos. Y cuando yo atiné a decir que decidiéramos algo rápido porque los tipos ya empezaban a salir hacia su objetivo, Robin-Maira volvió a cambiar de rumbo y le reprochó a Batman-papá todos sus años de ausencia.

* * *

Cuando desperté amanecía. Hacía muchísimo frío y tuve que desempañar los vidrios para ver cómo estaba afuera. Despejado, algo de viento, po-

casas: condición ideal para que sobre las montañas de tierra y escombros brillara majestuosamente la escarcha. Me imaginé en el Sur: montañas, bosques, lagos. Una casa de troncos y chimenea. Un único ambiente, además del baño y la cocina, y un entresuelo donde dormir abrazado a mi medio hermano.

Salí otra vez, ahora la reconciliación con Maira iba a ser definitiva: juntos averiguaríamos todo y viajaríamos hasta esa casa en el sur. Si éramos hermanos nos arrepentiríamos de lo que habíamos hecho y seríamos inseparables. Con el tiempo cada uno podría tener su casa junto al lago o podríamos compartir un mismo hogar para siempre, siempre juntos y siempre pidiendo perdón por nuestro amor equivocado. Hasta podríamos construir muchas cabañas y alquilarlas o venderlas como cabañas de tiempo compartido. Nosotros las cuidaríamos —ella limpiaría, yo haría las refacciones— y hasta podríamos, según la afluencia de turistas, cambiar de casa una y otra vez para dejar en cada cabaña señales de nuestro amor. Marcas en las paredes, en los pisos, en cada cabaña una o más marcas que indican el paso del tiempo hasta el final de nuestras vidas, cárcel de amor, huellas en casas donde Maira y yo vamos a

estar para siempre. En una Maira deja una media de red que luego alguien usa para atar la cortina del baño o para fijar una puerta que se mueve por el viento. En otra yo dejo un sobre con cartas de amor que los turistas sentimentales leen por la noche. O Maira deja un juego de pestañas postizas que nadie se anima a tirar: todos piensan que alguien va a venir a buscarlas o sienten temor —o pena— por destruir algo que, en cierta forma, los mira.

Todavía pensaba en eso, y en muchas otras cosas, cuando llegué a la estación de Liniers y caí en la cuenta de que todavía faltaba convencer a Maira.

Toqué el timbre, primero tímido y después no. Supuse que no funcionaba. Golpeé la puerta, fuerte, varias veces. Maira podía estar en la ducha. Esperé. Volví a golpear y al final la puerta se abrió sola. Saltó el picaporte o algo así, se abrió de a poco y yo, que al principio no sabía si entrar o no, porque si Maira estaba, y era seguro que estaba porque la puerta no tenía llave y uno nunca sale sin echar llave, entré, despacio, mientras decía: Maira, perdóname, Maira, yo no sabía nada, Mairita, perdóname, vine para que hablemos bien. Y tantas veces pedí perdón que cuando llegué, después del largo pasillo de la entrada, hasta el living del departamento, pare-

cía que había sido yo quien había hecho aquel desastre de cajones abiertos, papeles y ropa en el piso, portarretratos rotos, tapas de electricidad arrancadas y hasta bordes de alfombra levantados. ¡Maira!, grité, ¡Maira!

En el cuarto el escenario era similar. Cama dada vuelta, ropero abierto de par en par, perchas arrancadas. Hasta habían desmontado el aparato de aire acondicionado y lo habían puesto a funcionar —o a lo mejor se había encendido solo. Hacía un ruido bastante molesto, se ve que se había roto algo adentro y se oía cómo el motor se forzaba contra algún pedazo de plástico. Lo apagué. Corrí hasta la puerta de calle y por un instante dudé entre salir o no. No salir. Cerré como pude —la cerradura estaba rota— y con una silla trabé el picaporte desde adentro. Supuse que tenía tiempo. Fui a la cocina. Entre el caos de vajilla rota encontré una pava, un mate, yerba. Puse agua a calentar. No estaba seguro de lo que tenía que hacer, pero como yo había ido a buscar a Maira me pareció que la mejor manera de encontrarla era esperar a que volvieran los que se la habían llevado. Seguirlos. En el peor de los casos, que ellos me llevaran, igual que a ella, al lugar donde la tenían secuestrada.

Antes de que el agua hirviera apagué la hornalla y me serví el primer mate. Quemaba. Pasé al living. Acomodé un silloncito de cuero verde que, aun en medio del desorden, contrastaba con la alfombra morada. Me senté. Todo estaba inmóvil salvo los bordes levantados de la alfombra, que se movían levemente hacia abajo. Al cebarme el segundo mate pensé que, de abrir alguna ventana, todo el living desordenado, el sillón, el mate, yo, el recuerdo de Maira y el futuro de Maira y el mío podíamos salir por ahí sobre la alfombra voladora.

* * *

Los tres días que me quedé en el departamento los pasé esperando a que pasara algo nuevo. La alfombra pudo salir volando, sí, y también el edificio y la ciudad podrían haberse convertido en polvo o en nave intergaláctica —o en las dos cosas: polvo cósmico capaz de atravesar el universo de una punta a la otra para dejar huellas que alguien, en alguna parte, interpretaría como inequívocas señales de la vida, de la interacción de los elementos, todo eso.

Pero al tercer día las reservas de la cocina estaban agotadas y poco a poco todo lo que había construido alrededor de Maira empezaba a tomar un color nuevo, oscuro y al mismo tiempo transparente, como de animal nocturno en medio del frío. Así, todo se presentó como si yo hubiera estado ahí para recibir una señal desde la espesura de un bosque. No una señal lumínica como la que ven los que alguna vez volvieron de la muerte, no eso de la luz en el túnel sino ruidos, ecos, sensaciones dispersas, puntazos eléctricos en distintas partes del cuerpo, todas cosas capaces de convertirse en melodías de alguna composición que todavía no se terminaba de formar.

En mis sueños de aquellos días, por ejemplo, volvió la pesadilla del carrier, pero ahora las ruedas de oruga no sostenían la carrocería de un vehículo blindado sino el cuerpo de una pantera. Y aunque por momentos de las ruedas salían unas especies de garras heladas —de hielo, supongo—, la mayor parte del tiempo eran sólo esas ruedas sin fin que pueden avanzar sobre cualquier superficie. A bordo de la pantera, además, iban varios mimos que tomaban té en saquitos y que cada tanto los arrojaban, todavía húmedos, sobre mi vientre apisonado. La

humedad hidrataba mis tejidos, los recomponía, y entonces, cuando la pantera volvía a pasarme por encima, se sentía el ruido del agua explotando en mi interior como si yo fuera un muñeco compuesto por miles de pequeñas bombitas de carnaval, lo que hacía que los mimos se taparan exageradamente los oídos y arrojaran más saquitos sobre mí. No sé qué significaba todo eso —quizá algo de lo seco y lo mojado— pero algo me decía que en aquel departamento no tenía mucho más para averiguar.

En realidad, si bien al principio había tenido la esperanza de que los secuestradores de Maira volvieran a buscar algo, me encontraran, me llevaran, me encerraran con ella, no tardé en darme cuenta de que eso no iba a pasar; adiós mi deseo de estar juntos, de dormir abrazados aunque sea en una celda mugrienta.

Sí venían algunos clientes. Cuando el timbre sonaba yo espiaba por la mirilla y en general no atendía. Pero a veces, cuando notaba que el visitante podía llegar a ser algún agente, lo hacía pasar —ya me había ocupado de ordenar el living— y le decía que Maira había salido y que si quería podía esperarla. Pasado cierto tiempo le decía: bueno, parece que la chica no va a venir, habrá tenido algún con-

tratiempo, y lo acompañaba hasta la puerta. Sólo en dos ocasiones, por curiosidad, hice pasar a personas que sólo podían ser clientes. Unos eran una pareja mayor. Él, sentado, temblaba —mal de Parkinson. Ella, cada tanto, le acariciaba una mano y entonces él, con el contacto, al menos por un tiempo, dejaba de temblar.

Los otros, que fueron los que me impulsaron a irme, a pensar en otros posibles destinos para Maira, eran los enanos que había visto la primera vez —los del BMW amarillo. Entraron, esperaron, discutieron entre ellos y cuando los hice salir, de la nada, me pidieron que le dijera a Maira que preparara las cosas para irse al Sur, que ya habían conseguido lo que ella les había pedido y que con todo gusto la podían llevar hasta allá. Les pregunté. Lo de ese departamento en Bariloche, dijeron, usted dígame así que ella ya sabe.

Así que Maira pensaba irse al Sur, pensé al despedirlos en la puerta de calle y durante todo el tiempo en que los vi caminar hasta la esquina —seguro que iban a buscar el auto amarillo— en medio de una resolana que hacía ver a todas las cosas —no sólo a los enanos— un poco deformes. O a lo mejor era una impresión, por el encierro. Antes de vol-

ver al departamento empecé a sospechar que los de HIJOS estaban equivocados. Maira, al final de cuentas, no era una matapolicias sino alguien que buscaba su lugar en el mundo y canalizaba su rencor planeando algo que nunca iba a hacer o hablando de sus falsos planes como modo de provocación. O no: quizá yo buscaba, solo en aquel lugar, una manera de limpiar la imagen de Maira, recordarla de una forma menos molesta de lo que significaba el tener un hermano travesti que mataba policías. Porque ella quizá ya se había vengado —y por eso se la habían llevado— y entonces había buscado la forma de escapar y rearmar su vida lejos de todo. La última noche en lo de Maira soñé con Bariloche.

Al día siguiente, lo de limpiar la imagen de Maira me lo tomé al pie de la letra. Antes de irme me preocupé por dejar todas las cosas en orden. Limpié, acomodé, llamé a un cerrajero para que arreglara la puerta de entrada y salí a comprar materiales para reinstalar el aire acondicionado. Al terminar contemplé mi trabajo y pensé que si ella volvía iba a estar contenta de que alguien se hubiera ocupado así de su casa. Y hasta podía pensar que nada de todo aquello había sucedido. Después salí, cerré con llave y empecé a caminar bajo el sol del mediodía.

Sol tibio, triste; pero como todo lo triste, ya se iba a pasar.

Durante el viaje a Moreno pensé en contarles las últimas novedades a los de HIJOS. Quizá ellos pudieran armar una campaña de reivindicación de Maira, alzarla como estandarte de una nueva generación de desaparecidos y fogonear así la lucha antiimperialista. Ya imaginaba al tipo de las manchas en los ojos hablando sobre los neodesaparecidos o los postdesaparecidos. En realidad, sobre los post-postdesaparecidos, es decir los desaparecidos que venían después de los que habían desaparecido durante la dictadura y después de los desaparecidos sociales que vinieron más adelante. Porque ahora parecía llegar el turno de que desaparecieran también los que, como Maira, en su búsqueda de justicia, se pasaban un poco del límite.

Pero era obvio que en HIJOS no iban a reivindicar a alguien así. El caso quedaría puertas adentro. La heroína matapolicias no era el emblema adecuado para una organización que intentaba hacer las cosas bien. Igual, ¿desde cuándo me interesaban tanto esas cuestiones de política institucional? Era obvio que si mis hipótesis tenían puntos flojos para mí, muchos más tendrían para ellos. Así que como

mucho escribiría una carta con el relato de los hechos. Mi nuevo interés, después de esa especie de renacimiento que había significado salir vivo de lo de Maira, era buscar la manera de alejarme de todo, mudarme, irme tan lejos como fuera posible. O no, alejarme pero acercarme, o acercarme desde otro lugar: viajar, quizá, a Bariloche.

* * *

Al llegar a casa, los albañiles, en cierta forma, se habían anticipado a mis planes. Apenas abrí el portón dos de ellos se me pusieron adelante y me impidieron el paso. Uno dijo: ya llegó, y desde el fondo se acercó el capataz. Pensé que se trataba de un reclamo por atrasos en los pagos. Sentí dolor por ellos y por mí, que los había abandonado, el dolor de abandonar. Pero no era eso. El capataz empezó: patroncito, usted no se lo va a tomar bien lo que le voy a decir, usted sabe que nosotros... bueno, todos nosotros... Y estuvo así dando vueltas sobre cada uno de ellos, sus mujeres, sus hijos, sus eternas necesidades, hasta que explicó que en el tiempo que lle-

vaban trabajando habían averiguado todo sobre la casa, que desde un principio les pareció raro que yo intentara ocultar las refacciones y que entonces habían preguntado en el barrio y hasta los había ayudado un abogado y entonces habían descubierto que la casa no era mía sino de unos viejitos que habían viajado al exterior y que se habían muerto allá, lejos, y que no había herederos y entonces la casa no era de nadie. O sí, algún heredero debía de haber, pero se ve que muy interesado no estaba, más con todo en tan malas condiciones, y entonces a partir de ahora la casa iba a ser de ellos.

Mire, patroncito, siguió, ya trajimos a nuestras familias, y señaló hacia un sector del terreno donde había una mujer con un bebé en brazos y, justo al lado, sobre una montaña de arena, un nene haciendo un pozo con una cuchara sopera. Al principio me indigné. Todavía recuerdo el reflejo del sol en la cuchara que usaba el nene para hacer su pozo, la cuchara era mía, la arena era mía, el pozo era mío y la felicidad del nene en cierta forma también; no tenían derecho. Le dije que no era justo, que en esa casa yo había pasado mi infancia, había nacido mi madre, había muerto mi abuelo, y que si ellos necesitaban un lugar donde vivir podían construir algo

en el fondo, el terreno era grande y si su mujer y las mujeres de los demás albañiles necesitaban trabajo yo hasta podía enseñarles repostería y juntos hacer una gran empresa de tortas que distribuyera en toda la zona oeste, y la cosa podía crecer porque desde el oeste se llega fácil a zona norte y a zona sur, hay autopistas, caminos, y que llegado el caso hasta se podía copar la Capital, que sólo era cuestión de buena voluntad de todas las partes y amor al prójimo, perdón, fe, y otra serie de cosas que ya me olvidé y que no resultaron muy convincentes porque de pronto me encontré hablando solo, ellos sólo miraban, no escuchaban y hasta empezaban a irse para el fondo.

Al final quedó sólo el capataz —con su martillo—, que de buena manera me invitó a salir y a no volver más, y me dijo que si quería mis cosas las pasara a buscar al día siguiente porque iban a dejarlas en unas bolsas en la vereda. Y cuando intenté un último descargo me amenazó: vaya, patroncito, no me la complique, no sea que la cosa vaya a terminar como con ese travesti amigo suyo.

* * *

Durante algunos días fui vagabundo en Moreno. Había salido de casa en el auto, a dar vueltas, porque andar por ahí tenía que ayudar a ordenar las cosas. En un momento se encendió la luz de la nafta y paré a cargar. De paso, compré cigarrillos. Mientras esperaba pensé en Bariloche, ir allá, ver qué pasaba. El playero me dio el vuelto. No fume acá, señor, dijo. Bueno, bueno. Salí rápido. A la media cuadra creí oír la explosión de la estación de servicio y sentí calor en la espalda. Paré, no era nada. Más adelante salió una pelota de entre dos autos estacionados. Frené de golpe, casi la aplasto. Atrás de la pelota salió un nene, la agarró y volvió al potrero donde lo esperaban los amigos. Seguí unas cuadras, sentía que el auto estaba pesado, como si arrastrara algo. El cuerpo del nene, pensé. El nene y la pelota. Cerré los ojos, frené y bajé a mirar. Era una goma pinchada. Menos mal, pensé. Empecé a cambiar la rueda, pero el criquet andaba mal: levantaba el auto hasta un punto y si alguien no lo mantenía subiendo todo el tiempo se bajaba solo. Está pinchado el criquet, me dijo el tipo que se ofreció a ayudarme. Así que mientras él le daba a la palanca yo cambié la rueda lo más rápido que pude. Me salvó, le dije, gracias, tengo un viaje largo. ¿Adónde va? A Barilo-

che, a ver si llego. Un viajecito. Sí, la verdad que me salvó. No es nada, dijo el tipo, además yo no salvé a nadie, vos me salvaste a mí. Sacó una pistola y me dijo: rajá, nene, volvé por donde viniste que tu autito me lo llevo yo.

Bueno, pensé mientras veía a mi auto irse calle abajo, peor sería que me roben la billetera, los documentos, todo. Y cuando lo vi doblar en una esquina, a dos o tres cuadras, me di cuenta de que todo lo que no tenía que perder estaba en el auto. Lo había dejado en el asiento del acompañante después de cargar nafta y ahora bueno, ahora ya ni siquiera tenía ganas de hacer la denuncia. Caminé hasta la estación de trenes para... no sé para qué, pero mi nuevo hogar, en esos días, fue la estación y la plaza con calesita pegada al estacionamiento.

Una noche me agarró la lluvia en un banco y supe lo que es mojarse en invierno cuando no hay dónde secarse y darse calor. Después hubo días de sol, pero a la noche siempre me sentía mojado. Mi único lujo eran los cigarrillos. Los fumaba de a poco. Cuatro, cinco pitadas por día. Cuando el paquete se acabó pensé que era el fin, pero no, empecé a pedir y hasta podía fumar más que antes. Comía de los tachos, como cualquier vagabundo, y

trataba de no relacionarme con nadie. Tardé bastante en darme cuenta de que no tenía sentido ocultarme. Si los albañiles sabían de Maira era porque los que me habían perseguido eran ellos, no la policía ni ninguna organización parapolicial o clandestina. A la siguiente lluvia, entonces, me acerqué a la parroquia, donde me dieron alojamiento, abrigo y algo para comer. Y estuve por quedarme —el cura necesitaba que le hicieran unos arreglos— pero me fui. Anduve un tiempo más por la estación, noté lo temprano que se levantan algunas personas para ir a trabajar y me di cuenta de que no tenía mucho de qué preocuparme.

Esos días fueron como estar enfermo o empezar a enfermarse, sentir que uno es duro, que puede soportar cualquier inclemencia, pero sentir también un hormigueo que nunca se va, algo que con el hambre se vuelve peor y que en realidad no es hambre ni frío: es vértigo, o miedo. Un linyera que cada tanto aparecía por la plaza con su cajita de vino me dijo que buscar restos entre la basura, monedas en la vereda, es buscar pedazos de un espejo. No hay nada nuevo, es lo mismo de siempre, dijo, sos vos, pero roto. Igual, pensé, siempre algo de todo eso sale, es como si uno, además de descubrir

esas cosas, les diera nuevo aliento, uno es como un descubridor y como un dios, un nuevo amo del mundo.

La palabra “Bariloche”, así, cobró dimensiones impensadas. En realidad: dimensiones bíblicas.

Fue así: de la noche que pasé en la parroquia me había quedado con una Biblia y a veces sentía la necesidad de ver a Dios, de hablar con él. No sé bien qué leí, pero lo del barro y la costilla me hicieron pensar en Maira; lo del tipo al que Dios le pide sacrificar a su hijo, en Romina; lo del diluvio, en mí. Y, en casi todas las páginas, siempre podía ver, clarita, una especie de contraseña, esa palabra, “Bariloche”, “Bariloche”, “Bariloche”.

Después conocí a Mariano.

* * *

Cuando llegué a la casa de Mariano nunca hubiera pensado que un pedido de ayuda como aquel iba a desembocar en lo que vino después. En realidad, llegué a él buscando a Luis, el rastafari que había sido novio de Ludo. Primero pasé por lo de

Luis, y como no había nadie toqué el timbre al lado, una casa de una planta —bastante parecida a la de Lela— a la que nunca le había prestado demasiada atención porque estaba tapada por un cerco alto de ligustro, descuidado y cubierto por una hiedra de hojas grandes de un verde muy oscuro que se mezclaban con las frondosas copas de los árboles que había en la parte de adelante del terreno, antes de la casa, y le daban al lugar un aire vacío, casi lúgubre, donde la luz del sol sólo llegaba a ciertas horas y si no era siempre un reflejo en las hojas de los árboles —creo que un nogal y dos tilos, copas frondosas pero bajas— que al ser iluminadas generaban muchos brillitos y entonces daba la sensación de estar no ante una tumba o algo así sino frente a una bola de espejos, una cascada.

Igual una tumba había, en el fondo. O eso decía Mariano. Acá enterré las cenizas de mamá, me dijo una vez, después de que yo le hablara de la mía. Ahora mamá forma parte de esta tierra, no está en un cajón. Yo pensé: lo más probable es que la mía también forme parte de algo, del río, del mar, de alguna fosa común. Y me preguntaba por qué los militares, para deshacerse de los cuerpos, no los quemaron a todos y listo: una buena forma de evi-

tar que ahora la gente ande exhumando huesos o buscando testimonios de los pescadores y de los curiosos que encontraron en las playas los cuerpos que el mar devolvió a la costa. Una excelente idea que les hubiera servido para hacer un museo donde ir a reconfortarse con la sensación de haber hecho bien el trabajo: una sala muda, secreta, llena de cajas con cenizas ordenadas en estantes. Los visitantes conformarían una secta y ellos, y las generaciones venideras, podrían ir a contemplar el trabajo de los héroes, a llenarse el alma recordando las viejas proezas y sabiendo que, aunque alguna vez el museo fuera descubierto, nunca nada de lo allí expuesto serviría como prueba de delito alguno.

Pero antes de mostrarme el lugar donde había dejado las cenizas —el pie de un alcanfor con un tronco que se dividía en dos y ramas que se volcaban sobre el techo de la casa y sobre parte de un terreno vecino—, Mariano me había atendido en la vereda, amable, y me había dicho que Luis nunca se había ido a España ni a Italia y que al final se había hecho cargo de su hijo, que en los últimos tiempos no lo había visto mucho, pero que él sabía todo porque la madre de Luis le había dado clases de dibujo el año anterior y entonces le había contado

la historia. Y por lo que contó, cuando la señora, viuda, se enteró de que Luis iba a formar una familia, que se iban al Sur, había decidido ir con ellos. Le pregunté: ¿al Sur? Sí, a Bariloche, parece que Ludo quería irse allá porque había unos conocidos que podían ayudarlos.

* * *

Me quedé en la vereda hasta que me hizo pasar. Mientras me sentaba en una cama que había en el living —único mueble de toda la casa, aparte de otra cama en una de las habitaciones—, él fue a preparar café. Cuando volvió se sentó en el piso frente a mí y yo le hablé de lo que me había pasado y de mi necesidad, ahora, de encontrar un lugar donde vivir por un tiempo. Por eso fui a lo de Luis, le dije, ahí me conocían y a lo mejor sabían de algo. Mariano tomaba el café de a pequeños sorbos y me miraba como se puede mirar a un murciélago dormido: las patas arriba, las alas cubriéndolo todo. Por más que hablara, mis palabras no decían demasiado. Piedras preciosas, sí, pero falsas. La gente, en un primer

momento, nunca me entiende, me expreso mal. Y después tampoco, sólo fingen entender. Y no sé por qué, pero con Mariano mi murciélago se abrió y hasta pude ver otra vez el lugar donde estaba y entender que él entendía. A lo mejor era porque su padre hablaba tanto de mi familia o porque era vecino, o porque su casa casi vacía, sin más muebles que las dos camas, era mucho más inexplicable que todo lo que yo podía contar sobre mí, no sé. Cuando le pregunté de dónde conocía su padre a mi familia, si habían sido buenos vecinos o algo así, si mamá lo había conocido, todo eso, dijo que no sabía, pero que podíamos esperar para preguntarle directamente a él. Lo que sí, dijo, para eso vas a tener que quedarte, porque no sé cuándo va a venir, a lo mejor viene hoy o mañana, o la semana que viene. Él es así, por eso la casa está como está, dijo. Desde que murió mamá el tipo es una sombra. Si querés podés quedarte, no hay problema, no te pido nada a cambio, salvo que quieras ayudarme con unos trabajitos que estoy haciendo en el fondo.

Mariano es de los estudiantes de arquitectura que opinan que un buen arquitecto tiene que ser primero peón, después oficial, capataz y así. Hacer carrera es mancharse con tierra, cal, tosca, cemento;

quebrarse los dedos con los tablones, los martillos, las masas; desgarrarse músculos con picos y palas, caerse de un andamio, clavarse astillas de madera y de hierro en las manos, rebanarse dedos con la amoladora. Todo eso y después, si quedan fuerzas, ponerse a hacer planitos. Eso dice. Pero cuando me llevó al fondo de su casa, mientras el rocío, entre los pastos altos, nos mojaba los pantalones casi hasta las rodillas, nunca me hubiera imaginado que allá atrás él estuviera construyendo una casa con sus propias manos. Como si el solo esfuerzo de estudiar no fuera suficiente. Frente a la pequeña obra en construcción me dijo: a veces llamo a alguien para que me ayude, hay cosas que no se pueden hacer de a uno y hay otras que de a dos pueden hacerse mucho más fácil. Debe ser, sí, dije, y mientras él me miraba y quizá pensaba en que me estaba tomando un tiempo para evaluar su oferta, pensé en Lela: ella sola tras el rastro de mi supuesto hermano, sin mi ayuda; y ahora yo, solo, sin ella, sin nadie. Y pensé en Romina. Ella sola yendo a abortar. Y en Ludo, la afortunada de Ludo que había logrado que un rastafari la llevara a vivir al Sur. Y en Mariano, claro, que ahora necesitaba de mi ayuda como yo la de él y entonces le dije: bueno, me

quedo, te ayudo en lo que sea a cambio de poder quedarme acá con vos.

Y todo anduvo bien, claro, cómo podían andar mal las cosas con alguien tan bueno como Mariano. Hablábamos bastante. Yo le contaba detalles de mi vida y él me escuchaba, atento y sin decir nada hasta que en algún momento sí decía algo y eso que decía era importante, tranquilizador. Supongo que, en cierta forma, empecé a enamorarme de Mariano. No un enamoramiento como con Maira, mucho menos como con Romina. Con Romina había sido amor juvenil, con Maira amor desesperado y ahora, con Mariano, amor fraternal. O a lo mejor era el amor fraternal que había empezado a sentir por Maira en el momento en que supuse que podíamos ser medio hermanos. A veces, por las noches, escuchaba el llanto de un bebé que parecía venir de alguna casa vecina o incluso de algún lugar más próximo, y entonces, al despertar, era como si él y yo tuviéramos —o, si el sueño era premonitorio, fuéramos a tener— la misión de cuidar algo juntos. El llanto del hijo de Ludo, pensaba a veces, pero eso no podía ser, no si ella se había ido con Luis al Sur. Y cuando me despertaba y le contaba a Mariano, él me escuchaba otra vez y me decía que tenía que

decirle más cosas, que a lo mejor podía ayudarme.

Y yo no sabía qué más contarle, le había hablado de Maira, de Romina, de la posibilidad de que con Maira fuéramos medio hermanos y de la posibilidad de que Romina, como Ludo, hubiera tenido al bebé. ¿Y no te gustaría saber?, preguntaba él, yo averiguaría, ¿no se puede saber? Un día en que terminamos de trabajar bastante tarde y, exhaustos, nos fuimos a dormir casi sin comer, me dijo: es más, ahora que me acuerdo, la madre de Luis, en la última clase de dibujo, cuando me dijo que se iban todos al Sur, también me dijo que los acompañaba una amiga de Ludo que era madre soltera, una amiga de militancia, dijo, de esa organización donde ella trabajaba para que se hiciera justicia con alguien de su familia que estaba desaparecido.

Las lágrimas me salieron sin fuerza. ¿También Romina estaba en Bariloche? Mariano, al verme llorar, me abrazó, y con el abrazo las lágrimas me empezaron a saltar como cuando de chico me rompía las rodillas contra las piedras de la plaza; y él, que las secaba, me decía cosas al oído, cosas que yo quería escuchar, cosas buenas, y al final, cuando me calmé, dijo que no me preocupara porque él también tenía algunos planes alrededor de Bariloche.

Sí, unos planes, dijo en forma intrigante antes de apretarme fuerte una mano, en clara señal de te doy fuerzas, amigo.

* * *

En esos días la casita del fondo creció rápido. En una semana construimos, sobre las paredes de dos metros y medio, una viga que rodeaba toda la construcción. Encofrados, fierros, hormigón. Todo nosotros solos. Para llenar el encofrado Mariano faltó dos días a clases. Yo le pasaba los baldes llenos de mezcla y él los derramaba en las cajas de madera. Después de eso descansamos otros dos días —el material tenía que secar— y seguimos con el techo. Mariano quería apurarse a amurar los tirantes y poner las chapas antes de que yo me fuera —porque al principio a Bariloche iba a irme solo— y para eso se necesitaban dos personas. Pero cuando ya terminábamos con el artesonado Mariano llegó y dijo que teníamos que irnos cuanto antes, que su padre estaba por llegar. ¿Pero no era que él iba a poder hablarme de mamá?, dije. Sí, es algo que tengo que explicarte,

dijo, y esa noche, después de comer, me contó la historia de sus padres.

Cenamos pan de carne: condimentos varios, hasta hojas de laurel trituradas, como si fuera una salsa. Y en vez de huevos, que no había, usamos como aglutinante los restos de polvo para gelatina de naranja que quedaban en una lata. Pan de carne a la naranja, decía Mariano, que parecía entusiasmado con eso de que su padre fuera a llegar cuando nosotros ya nos hubiéramos ido. Y aunque se lamentaba por no haber podido terminar el techo de la casita del fondo, tampoco era tan grave. Si vamos a Bariloche por algo debe ser, dijo, y se quedó en silencio. Comía como si fuera el último plato de su vida, desmenuzaba, desparramaba los pedazos de carne en el plato y cuando se los llevaba a la boca masticaba en forma lenta, como si intentara deshacer cada bocado lo máximo posible. La carne le llenaba la boca, primero sólida y después casi líquida, como si lengua y paladar fueran trituradora y caldera. A lo mejor esperaba que le preguntara por su relación con el padre o cuáles eran esos planes que tenía alrededor de Bariloche. O no, quizá pretendía concentrarse en la comida para no tener que pensar o hablar de nada, que era lo que hacía siem-

pre. Igual el silencio fue largo, y más allá de algunos intentos míos por hablar del viaje, cómo organizarlo, todo eso, el resto de la cena fue así: Mariano concentrado en su plato, yo sin saber qué decir.

Sólo cuando terminamos y él se levantó a preparar café, se largó. Así, de la nada, mientras hacía equilibrio con un filtro viejo que goteaba entre las dos tazas y la jarra de agua caliente.

Papá mató a mamá, dijo. Y en menos de media hora me había contado cómo por una especie de tácito acuerdo familiar el asesinato pasó a ser, para todos, un fatal accidente doméstico: invierno, la madre de Mariano dándose un baño de inmersión, bañera llena, caloventor sobre el inodoro, bañera que rebalsa, charco, caloventor que cae al charco, electrocución. Claro que a todo esto había que agregarle que justo antes de la explosión producida por la caída del caloventor en el agua se había podido escuchar, nítida, la puerta de baño al abrirse: ruido inconfundible de las bisagras oxidadas por años de vapor y salpicaduras. Así que el padre había matado a la madre y las razones para eso, demasiado complicadas, supongo que alguna historia de abusos, impidieron cualquier confrontación entre los sobrevivientes. Sí reproches más o menos visibles

por parte de Mariano: vender todos los muebles mientras el padre estaba de viaje, construir un lugar para vivir fuera de la casa pero en el mismo lugar en donde estaba la casa, enterrar a la madre en el jardín. Casi sin que Mariano me contara nada de todo esto las cosas podían adivinarse solas. Y de hecho no me las contó, apenas me las dio a entender, igual que lo de los abusos, que aparentemente no habían sido sólo hacia él ni sólo de una persona. Todos, en cierta forma, habían matado a aquella mujer. O mejor: matarla había sido la única forma de seguir adelante. Igual, dijo, matar a alguien de esa forma no es algo que se pueda sobrellevar muy bien que digamos.

Esa noche el viento golpeaba las ventanas y las puertas. Y Mariano, que necesitaba descansar, me pidió que lo ayudara a trabarlas. Usamos trapos y ropa vieja —que fue la que usé después para armar mi bolso— y al apagar la luz me dio la impresión de que la casa se había convertido en una cápsula hermética desde la que podíamos ver pasar las cosas sin que nos tocaran. El viento afuera chiflaba. Las ramas de los árboles se agitaban y por momentos parecía que algunas iban a quebrarse y caer sobre la casa, pero no. Y si hubiera caído alguna lo más probable

habría sido que no pasara nada, ¡toc!, el ruido seco contra el techo, troc-troc-troc-troc, el tronco rodando sobre las tejas, y nada más; adentro, Mariano y yo a salvo de todo y soñando con ese viaje que nos iba a cambiar la vida.



Poko del auto
→ nevada documentos.

Llegamos a Bariloche casi sobre el final del invierno y justo a tiempo para ver una impresionante nevada que dio dos semanas más de rienda suelta a los esquiadores. Todos estaban felices por la insólita prolongación de la temporada y hasta hubo empresarios que a último momento, con falsos pronósticos meteorológicos y referencias al cambio climático global engañaron a una nueva camada de turistas que llegaron convencidos de que iban a poder esquiar hasta el principio del verano. A los empresarios podía vérselos en las calles y bares del Centro codeándose entre ellos y sacando cuentas en calculadoras con botones de colores. A los turistas, al pie del cerro rezando para que la nieve no se derritiera. Mariano, desde luego, estaba furioso. Un

atraso de quince o más días justo antes de empezar la obra —porque para cuando fue lo de la nevada el terreno, ya limpio, empezaba a secarse— significaba menos días para trabajar y muchos más gastos.

Al principio traté de convencerlo de que la situación no era preocupante y de que todo iba a salir bien. El mismo Mariano había conseguido que un profesor de la facultad lo contactara con unos constructores que hacían hoteles en el Sur y esta gente le había prometido una serie de cosas que de alguna forma tendrían que cumplirse.

Nuestro contacto allá, un tipo al que llamaban el Alemán, no podía dejarnos esperando una mejoría climática sin pagarnos nada. Más teniendo en cuenta que nosotros habíamos viajado especialmente para la obra y que no teníamos mucho resto. Pero después de la primera semana de estar reclusos en el obrador esperando la asignación de alguna tarea —talar árboles, sacar las raíces que pudieran molestar cuando se cavarán los cimientos, cortar fierros—, el Alemán apareció y nos dijo que si nos quedábamos ahí sin hacer nada nos íbamos a congelar, porque hasta que el terreno no secase del todo no se iba a poder hacer nada. Yo no lo conocía, Mariano había hablado con él por teléfono y

había sido el jefe de obra, un tal Rubén, el que nos había dejado ahí, como abandonados en aquel obrador lleno de agujeros que filtraba agua por todas partes.

Había dejado su camioneta arriba, en la ruta, y lo vimos bajar con tranquilidad. Una tranquilidad meticulosa. Se afirmaba en cada paso para no caer por la barranca, era como si evaluara cada movimiento, como si todo su cuerpo, para obtener una obra de calidad, necesitara compenetrarse con el lugar. Al bajar parecía mucho más alto de lo que era y mucho más grande, en todos los sentidos, como un sabio. Llevaba campera de plumas, pantalones impermeables, botas de preesquí, gorra de lana, antiparras en la frente; y nos miraba como si fuéramos mendigos o algo así. Y como ni Mariano ni yo nos animamos a decirle nada, él dijo: esto es así, muchachos, ahora se aburren pero cuando empecemos a zanjear ya van a ver cómo se entretienen. De la parte de atrás de su camioneta asomaban los esquís de él, los de la mujer, los de los hijos, y la cabeza de un perro que después tuvimos que dejar atado a un cable largo para que el animal pudiera desplazarse por todo el predio y hasta tomar agua del lago. Yo le voy a traer el alimento, dijo antes de

irse, ustedes vayan para lo de Rubén que cuando lo llame empezamos.

Rubén era el jefe de obra, y cuando nos vio llegar nos preguntó si nos había agarrado un camión o una topadora. Con esas caras ustedes acá no entran, dijo, me van a asustar a la criatura. En el fondo, sobre una parte del terreno lleno de barro, escombros y bolsas de materiales, un dogo le gruñía a algo, supongo que a las hormigas.

Después nos dijo que podíamos quedarnos atrás, en el galponcito. Ahí tienen alimento balanceado, todo, dijo mientras movía los hombros y el cuello hacia arriba y hacia abajo conteniendo la risa. Y no les digo de quedarse acá porque hoy a la tarde viene mi nuera de Chile y tengo que atenderla bien, ¿saben? Ahora, para disimular la risa, tenía que taparse la boca con una mano.

Esa noche, al final, Rubén nos invitó a cenar con él y su nuera. Esta chica es una maravilla, decía cada tanto, y Francisca se reía con la comida en la boca. Y estos muchachos también vienen de lejos, ¿te dije que son de Buenos Aires?, sí, vienen porque quieren aprender, eso es bueno, dijo después de la tercera vez de contarnos que Francisca no había tenido buena suerte con Ramón, un hijo de Rubén que la

había dejado por una puta mendocina. Los encantos de esta chilena no alcanzaron, decía, ese es un delincuente, después de lo que hizo yo no lo quiero ni ver, y agregaba soda al vino y vaciaba el vaso como si en el fondo pudiera encontrar a ese tal Ramón y entonces los dos, totalmente borrachos, pudieran arreglar las cuentas pendientes tirándose botellas y sifones por la cabeza.

Mariano y yo, cada tanto, nos mirábamos. Desde la llegada de Francisca él estaba de mejor humor y, cuando Rubén dejaba de hablar, decía algo sobre nosotros. Pero Rubén hablaba tanto y de forma tan desordenada que lo poco que podía decir Mariano, a pesar de sus esfuerzos, no alcanzaba —o eso creía yo— para dar una imagen clara de quiénes éramos y de lo que queríamos hacer.

Habló de nuestro encuentro en Moreno, por ejemplo, y de cómo el destino había hecho que nos conociéramos sólo después de años de compartir un mismo barrio. Esas cosas son así, ¿vio Rubén?, como ahora, que el mismo destino que nos reunió en Moreno y nos trajo a Bariloche quiso que este-
mos acá justo el día en que llegó su nuera. Francisca, que hasta entonces había intervenido para corregir algunas exageraciones de Rubén, dejó de

hacerlo, se quedó en silencio el resto de la cena y apenas levantó la vista del plato dos veces: una para mirar a Mariano y otra para mirarme a mí.

Después, en el galpón, antes de dormirme, le pregunté a Mariano si en verdad creía que el destino había hecho que nos encontráramos. No, dijo, fue para quedar bien con la chilena esa, ¿no viste esos colgantes que tiene?, debe ser bruja, una bruja india, los brujos indios creen en el destino. Y cuando le pregunté si él tenía alguna explicación para nuestro encuentro y para el hecho de haber viajado juntos hasta Bariloche me dijo que estaba cansado y que lo dejara tranquilo, y mientras se dormía, como si hablara en sueños, dijo que siempre, de alguna forma, uno encuentra lo que busca, no hay que pensar si el destino sí o el destino no porque eso siempre es perder el tiempo.

Podía ser. De hecho, si el día en que fui a lo de Maira hubiera llegado un poco antes y me hubieran secuestrado a mí también, las cosas no habrían sido muy diferentes. Habrían terminado ahí, sí, como terminó Maira. Pero el resultado habría sido más o menos el mismo, sólo que ahora hay que meter algunas cosas más en la bolsa. Todo dependía de la forma de ver lo que había pasado, de tener la

X Todas son suposiciones.

paciencia suficiente para analizarlo y sacar conclusiones.

Esa noche, mientras Mariano dormía, pensé en eso. Los cambios, desde mi llegada a la casa revuelta de Maira, no habían sido tantos. No en lo profundo, que es donde debe trabajar en verdad el destino. En la superficie sí. Y ni que hablar de los cambios que vendrían en adelante. Pero en lo profundo las cosas siempre habían conservado la misma dirección, como si mi vida hubiera sido una serie de accidentes que apenas daban una idea de lo que realmente sucedía.

Mariano, tendido boca arriba, roncaba, como siempre; y cada tanto podía verse, iluminado por la luz de la lamparita que alumbraba al dogo —que no sé por qué no podía dormir a oscuras—, el humo blanco del vapor que salía de su boca y se condensaba velozmente en el aire helado del galpón. Yo, mientras tanto, respiraba adentro de las frazadas para calentarlas y lamentaba que Mariano, desde nuestra llegada a Bariloche —más que nada en las noches que pasamos solos en el obrador— siempre hubiera rechazado calentarnos mutuamente. Con Maira todo hubiera sido diferente. De haber quedado cautivos los dos en la misma celda fría, el mutuo calen-

tamiento habría sido algo casi obligatorio. Nuestros verdugos, antes de ejecutarnos, hasta podrían haberse reído de nosotros y habernos dicho: ahí tienen, putos de mierda, calientense con esto, y después tirar agua helada, o hirviendo, sobre nuestra unión indestructible.

Despertate, dijo, ¿no escuchaste? El galpón, con la respiración agitada de Mariano, parecía una terminal de locomotoras a vapor o una nube. Y en medio de aquella niebla: ruido a resortes viejos, distantes, y cada tanto un golpe seco, de caña, y algún que otro grito entrecortado, de jabalí, de morsa. Nos asomamos a la puerta, que tenía una especie de ventana cuadrada en el medio y levantamos el pedazo de arpillera que la cubría. El dogo roncaba y una bruma tenue empezaba a cubrir el techo de la casa, toda a oscuras salvo por la luz de la pieza de Rubén, que se mantenía encendida —como la del perro— y dejaba ver cómo la ventana se empañaba cada vez más con cada ruido de los resortes hasta volverse de un blanco intenso y homogéneo que sólo empezó a ceder varios minutos después, que fue cuando los ruidos cesaron y cuando la bruma ya había bajado hasta casi tocar el suelo.

* * *

Al día siguiente volvió a nevar. Al principio fue lluvia y después una especie de agua nieve en la que algunos copos, diminutos, bajaban en lento vaivén mezclados con gotas que caían mucho más rápido. Rubén nos invitó a desayunar, tengo unos panes, dijo, vengan, y mientras esperábamos que se calentara el agua para el mate nos explicó que al mediodía, cuando el cielo se despejara, ya no iba a nevar más y era probable que en una semana todo estuviera en condiciones para empezar con los trabajos. ¿A ustedes quién les va a pagar la estadía acá?, ¿el Alemán?

Rubén pretendía que por darnos pan, mate y un galpón donde dormir teníamos que pagarle. Si hubiéramos tenido más confianza, o si hubiéramos sabido más de su vida, habríamos sacado provecho de la relación que mantenía con Francisca. Supongo que aquella mañana, ante la pregunta de Rubén, Mariano también pensó en esto como posibilidad de extorsión. Pero entonces apareció ella y se sentó a la mesa, nos sacó el pan que nos quedaba y se puso a comerlo mientras acariciaba sus amuletos.

Esta chica es una maravilla, sí señor, una maravilla, dijo Rubén, así que bueno, ya ven que ella es mi nuera y paga acá su estadía; y ya con eso tiene para todos los gustos, eh, sí, así, mi chiquita —decía mientras ella dejaba sus amuletos y le hacía unas palmaditas en el hombro—, usted me pide y yo le doy, como corresponde; y a veces no tiene ni que pedir, ¿no es cierto?; pero ustedes...

La verdad era que el Alemán no nos había dicho nada de que tuviéramos que hacernos cargo de la estadía, incluso la paga era escasa justamente porque él iba a ocuparse de conseguirnos techo y comida. Pero parecía que, al menos al principio, las cosas no iban a ser así y entonces Rubén nos pidió que lo ayudáramos en un trabajo que tenía pendiente, algo que podía hacerse a pesar del mal tiempo. Unas instalaciones, dijo, y después del desayuno nos llevó a una casa sin terminar, las paredes sin revoque y llenas de líneas marcadas con lápiz. Mirado con ojos de albañil era obvio que nuestro trabajo era picar las paredes por donde indicaban las líneas, metros de ladrillo y cemento, rojo y gris, rojo y gris, hasta completar todo el dibujo para que después viniera el electricista o el plomero a colocar sus cables o sus caños. Igual, según la pared que uno mirara, aquello

a veces parecía un mapa, las raíces de una planta, un acertijo. El mapa del tesoro, pensé. Si teníamos suerte podíamos encontrarlo y... Pero entonces Rubén nos dijo: bueno, muchachos, ahí tienen las herramientas, pónganse a picar las paredes por donde van las rayas, con dos centímetros va a estar bien, acá van a ir caños para la luz, y nos señaló, en un rincón, una caja de zapatos con dos mazas y dos cortafierros.

Tres días después el trabajo estaba casi terminado y Rubén fue a controlar que hubiera quedado bien. En algunos lugares nos hacía romper un poco más y en otros agregaba nuevas líneas y nos decía que rompiéramos eso también. Y cuando terminamos, faltaba poco para el mediodía, Rubén trajo una damajuana de vino y algunos chorizos, y almorzamos los tres. Después de cuatro días rompiendo paredes ese almuerzo valía más que el tesoro que no habíamos encontrado. Mariano estaba bastante mejor que yo, casi sin dolores, y Rubén no paraba de hablar de la obra. Esta casa la hice toda yo, para el Alemán, ¿vieron qué bien?, mañana vienen los electricistas y cuando empiece el calorcito la revocamos y ya queda lista, y después le pegamos los azulejos, la pintamos y ya está, ese Alemán se hizo una casa,

¿eh?, le vino bien venirse para acá, parece que allá donde vivía era una laucha y ahora miren esto. Rubén tragaba el choripán como si fuera lechuga: se llenaba la boca, lo paseaba un poco, casi sin masticar, y enseguida podía notarse en su cuello cómo le bajaba por la garganta la bola de pan y chorizo.

Supongo que con esto el tipo se va a calmar un poco, dijo después, si no sienta cabeza así... ¿Por qué dice que va a sentar cabeza?, preguntó Mariano. Por lo de los travestis, ja, él ya les va a contar, siempre lo cuenta, ese Alemán está más loco que una cabra, dijo Rubén.

El dato podía pasar inadvertido para Mariano y para mucha gente, no para mí. Y como hasta que empezó la obra junto al lago no se volvió a hablar del Alemán ni de su familia ni de los travestis, yo tampoco iba a tocar el tema. Lo que Mariano sabía de Maira no era importante. No habíamos venido a Bariloche por eso y para él, lo de Maira, tal y como se lo había contado, no había sido más que una aventura pasajera, un momento que cualquiera puede tener sobre el final de cualquier relación y que yo lo tuve, precisamente, al final de mi relación con Romina. Y menos le iba a contar ahora que él había encontrado algo mejor para hacer que escu-

char la historia de mi vida. Porque desde la llegada de Francisca a lo de Rubén, Mariano se había preocupado por ser una especie de guardián de la chilena, cosa que por momentos levantaba las sospechas de Rubén y hasta provocaba visibles situaciones de celos, pero por alguna razón nuestro benefactor lo dejaba hacer y hasta le allanaba el camino. Y mucho más cuando empezó la construcción del hotel, que fue cuando llegaron los trailers y todos nos instalamos a vivir en la obra. Y como Francisca se quedó en la casa, cada tanto Rubén le pedía a Mariano que fuera a ver cómo andaba todo, que le llevara lo que necesitara y que le contara cómo estaba el perro, que se había tenido que quedar porque cuando desconocía se ponía agresivo, además de que tenía fama de perro come perros, y entonces el Alemán no iba a arriesgar la vida del de él, un perro muy querido al que llevaba a todas las obras, un verdadero perro albañil, decía, y nunca se cansaba de contar todo lo que el animal era capaz de hacer.

El del perro era uno de sus temas preferidos. A veces hablaba con tanta emoción sobre él que más que de un perro parecía estar hablando de un hijo. Casi todas las mañanas, antes de empezar a ordenar

el trabajo del día, hacía algún comentario. Y a veces, cuando llegaba enojado por algo, también hablaba del travesti que había estado con él la noche anterior, de todo lo que le había hecho y de todo lo que iba a hacerle al que levantara en su camioneta la próxima vez. Al poco tiempo todos sabíamos cómo iba a ser el día por el tema del que hablaba el Alemán en el desayuno. Mariano, que era uno de los encargados de que las herramientas estuvieran en condiciones, en cuanto el tipo empezaba con no saben lo que fue anoche, muchachos, una locura, se alejaba un poco y antes de que nadie se lo pidiera se ponía a cambiar discos, afilar palas, limpiar. Y me miraba desde su lugar como diciéndome: vos de esto no vas a salir fácil, ni mucho menos.

El Alemán era de esos ingenieros a los que les gusta intimidar a los que están bajo su supervisión. Lo de contar sus encuentros con travestis tenía que ver claramente con eso, porque todos sabíamos que el tipo tenía familia, obligaciones, y hablar de sus aventuras nocturnas y de las cosas que era capaz de hacer mostraba que no era sólo el buen padre y esposo, el jefe responsable, sino también un hombre salvaje, cruel, astuto, impredecible; o sea: lo bastante despiadado como para irradiar —así lo decía Maria-

no: “este tipo irradia”— respeto a todos sus subordinados.

Decía: ayer, después de cenar, agarré la camioneta y me fui para Centenario. Esos maricones parecen minas, eh. Hay uno que es medio orejudo, je. ¿Conocen el chiste?, para agarrarse mejor cuando te lo culeás. Ese debe ser medio loco, ya un día lo voy a agarrar para que le chupe las ruedas a la camioneta, que se chupe la bosta de las ruedas, a ver qué dice.

Y seguía, después de reírse solo y de mirar a uno que siempre bajaba la vista y ponía cara de qué le vamos a hacer: al de ayer lo hice recagar en las patas, lo subí atrás y lo esposé a la barra antivuelco, después salí a la ruta y entré a zigzaguear, decí que estaba atado, el maricón, si no salía volando y en la zanja andá a reconocerlo.

Eso un día. Otro: era una rubia, la cargué y me la llevé para el campo de allá, donde está el corralón, no sé qué se pensaba, que me la iba a culear en la montaña de arena, arriba de los ladrillos, esos putos son más fantasiosos... y ya me quería empezar a manotear cuando le digo: bajate, negra, corré, y la empecé a correr con la camioneta, cómo corría, los tacos aguja se clavaban en el barro y yo cada tanto

tiraba unos tiros al aire con esta —sacó un revólver, y por cómo lo manejaba era obvio que tenía bastante experiencia—, creo que el troló se cagó encima, y cuando ya no pudo más se cayó entre unos yuyos y se quedó ahí, tirado, temblaba, así que paré al lado y le di una gamba, tomá, puta, le dije; terrible olor a mierda, había; para mí que se cagó, o a lo mejor era un pedo.

Eso cuando venía contento. Si no, el cuento de la travesti que agarraba —siempre la misma— y que ataba a la camioneta con una sogá y la hacía correr atrás. A veces la chica se caía y él la esperaba; otras no, seguía y la arrastraba algunos metros. Cuando el Alemán contaba eso era porque estaba de mal humor y el día de trabajo iba a ser un infierno.

Con los muchachos de la obra decíamos: un día de estos lo van a agarrar entre varios y lo van a hacer guiso de mondongo, este se cree Gardel, pero cuando toque a uno medio capanga le cantan un par de tangos y lo dejan tripa y hueso. Mariano, por otro lado, decía que era todo mentira. Puede ser, decía yo, pero el Alemán también podía ser un esquizofrénico, se le notaba en la forma de mover los brazos al hablar y en la poca coordinación entre sus gestos y lo que decía. O a lo mejor era que lle-

vaba una doble vida, que era cariñoso con su mujer y sus hijos pero que en su hogar faltaba algo y entonces... Un pobre hombre, en el fondo sólo necesitaba un poco de comprensión.

Rubén era el único que pasaba por alto los comentarios del Alemán. Lo escuchaba y le creía, y no se indignaba ni lo miraba mal ni nada, y cuando se iba, después de que todos dijeran algo, qué Alemán hijo de puta, un día te va a salir mal, lo que sea, decía: este Alemán es un yuyito, hay que ver lo que es ser paja brava...

Y sí, la gente con los travestis hace muchas cosas, no todo es pagar por sexo: uno puede matar travestis a cuchilladas, hacerlos desaparecer, enamorarse.

Travesti atropellado por un micro de larga distancia. Travesti cayó del tren y murió en el acto. Denuncia de la ALITT: en las comisarías torturan a travestis. Fuego en Ciudad Evita: dos travestis mueren calcinados. Travesti ahogado en el Río de la Plata. Hallan en Palermo travesti muerto por sobredosis. Chacarita: Travesti violado y muerto en el cementerio, cuatro sospechosos. As del fratacho: niegan trabajo a travesti albañil. Madre de travesti asesinado recibe amenazas. Niegan premio al travesti ganador del Quini. Prepaga no reconoce cobertura a joven tra-

vesti. Choque en Zárate: mueren dos personas y un travesti. Hospital de Haedo: ¿travesti embarazado?

Hasta que el Alemán empezó con sus historias yo casi no había vuelto a pensar en Maira. O sí, pero no en una forma consciente, eficaz, ligada a algún plan o propósito o intuición. Mi historia con Maira ahora crecía en otro lugar, en los alrededores, era una especie de imán colorido, frondoso como los bosques de la región y blando como los lagos de agua cristalina. Yo no esperaba encontrarla ni averiguar cuáles habían sido sus pasos. Estaba en el lugar donde ella había querido estar, y listo. Era como si ella, poco a poco, hubiera entrado en mí. Una astilla que al principio duele porque no se puede sacar pero que al final, sin infecciones, sin pus, pasa a formar parte de uno y ya no duele ni molesta porque eso es lo que uno es, un hombre con astilla.

En esos días tuve algunos sueños con Maira. Yo pegaba ladrillos y ella me miraba desde atrás de un vidrio. Cuando terminaba de levantar la pared ella hablaba y yo no podía escucharla, pero le leía los labios —cosa nada fácil cuando esos labios, antes que palabras, habían dado amor. Decía: te quedaste encerrado entre el vidrio y la pared, tontito, ¿qué pensás hacer? Y cuando miraba, en efecto, al cons-

truir la pared me había quedado encerrado en un pasillo donde las únicas opciones de escape eran romper la pared o romper el vidrio. ¿Qué vas a hacer, tontito?, repetía ella, y yo entonces demolía la pared, sacaba los escombros, traía más ladrillos, más cemento, más arena, más cal, y volvía a empezar. Maira era un ángel guardián, alguien que además de acompañarme en cada momento me cuidaba y me daba buenos consejos. Y tanto pensé en la posibilidad de que Maira fuera mi ángel, que durante el tiempo que trabajé en la construcción del hotel nunca tuve un solo accidente. Como si Bariloche, o el Bariloche habitado por el fantasma de Maira, no pudiera hacerme nada. O como si Bariloche me hubiera dado, en determinado momento, el don de la invulnerabilidad.

Con lo de los accidentes todos estaban sorprendidos. Al menos una caidita, decía Rubén, a los golpes se aprende. Y lo señalaba a Mariano, que por las cosas que le pasaban era para sospechar si yo no le estaba sacando toda su buena suerte. Primero se torció un tobillo en una zanja y estuvo dos días haciendo reposo. Después se cortó un dedo afilando una pala y tuvieron que darle dos puntos. Y el último —y el que hasta pudo costarle la vida— fue

cuando se cayó del muelle al lago y tuvieron que internarlo con una pulmonía. Dos o tres días estuvo en el hospital, pero como la situación empeoraba dijo que se iba, que el último lugar que quería para morir era la cama de un hospital. Fue un momento difícil, ¿adónde iba a ir? Me voy con Francisca, dijo, y a la semana siguiente ya estaba bien.

Esa semana fui a verlo bastante. Se lo veía contento, ella le preparaba distintos té y él se los tomaba sin preguntar. Igual, por momentos parecía que entre ellos había algo más que una relación médico-paciente, o a lo mejor era que la cura incorporaba técnicas mucho menos convencionales que las hierbas y los polvitos disueltos en agua tibia. La última vez que fui a verlo, ya sentado a la mesa y hasta levantándose para ayudar con los platos sucios, me dijo que en esos días había conocido al Diablo y que ahora quería conocer a Dios, y que Dios, en cierta forma, era Francisca y era... Bueno, dijo que Dios era yo.

Efectos colaterales de la curación, pensé. Toda medicina es también veneno, alucinógeno, descompresión de algún sentido oculto que aflora y arrastra al paciente como en un bote sin timón en un río sin márgenes y ninguna piedra de donde

agarrarse. Todo eso pensé porque ahí, tirado en la cama, Mariano parecía un bote. Cuando dijo Dios
sos vos, le pregunté: ¿y el Diablo?, ¿quién es el Diablo? No sé, dijo, eso me atormenta, su cara cambia todos los días, máscaras diabólicas, sí, demonios en cuerpos hermosos y en cuerpos destrozados, el Titiritero sabe todo, pero está de viaje, se moja los pies en una playa antártica, él y los pingüinos y toda la fauna austral sobreviven al congelamiento porque vienen del fuego, y entonces nosotros tenemos que asomarnos atrás del telón abandonado, espiar, ver las caras de piedra, pellizcar la piel fría, pisar los dedos quebradizos de las marionetas, el infierno es frío-calor, no hay cuerpo ni material que aguante las diferencias de temperatura, los demonios más avezados usan trajes de aluminio, escafandras, y se esconden en cuevas, en pozos, consumen sustancias que los hacen pensar en cosas frías, duras, en cristales, ¡en Dios, Dios, sí, Dios! Y cuando le pregunté por qué Dios no tenía muchas caras, me dijo que sí, que Dios también tenía muchas caras, ya te dije, tiene muchas caras, Francisca, vos, muchas, pero sobre todo, sobre todo de todo, sin máscara, pelada, sin nada, así, la pureza absoluta, vos.

En fin, no tardé mucho en descubrir que Mariano había encontrado el sentido para su viaje a Bariloche. Hasta me pareció lógico que prefiriera no volver a la obra y que se quedara con Francisca reclutando fieles para su nueva religión. Por otra parte, Rubén también parecía fiel de aquel panteísmo que un día me llamaba Dios a mí y al día siguiente al primer incauto que pasara frente a sus narices.

Sin Mariano en la obra y con un nuevo compañero de trailer —alguien que el Alemán había llevado como reemplazo y que era una especie de mueca borrosa de nuestro jefe: homofóbico, amante de las historias de travestis que el Alemán seguía contando cada mañana—, mis días de albañil se habían hecho cada vez más pesados. De día el trabajo duro y de noche soportar a ese imbécil hablando del Alemán como si fuera el mesías. Sí, el salvador de todos los males del hombre del pasado, del hombre del presente y del hombre del futuro.

Y para colmo, además de tener que soportar a mi nuevo compañero de trailer, cada tanto Rubén insistía para que me fuera con Mariano y Francisca, que ellos me iban a educar en la doctrina y aconsejar de acuerdo a mi destino de iluminado-salvador

del mundo. Y hasta fui un par de veces, pero siempre era lo mismo: orgías de vagabundos y cirujas, fiestas de olor rancio, insoportables. Ellos decían: hay que comulgar con todos los hombres y mujeres del planeta. Francisca ponía los ojos en blanco y hablaba con una voz grave que contrarrestaba todo el erotismo que podía provocar su hermoso cuerpo desnudo. Ellos notaban mi rechazo y a pesar de eso insistían. Tanto que al final una noche, cerca de la madrugada, Mariano fue al trailer y quiso que copuláramos ahí mismo —dijo así: “copulemos”. Vos estás loco, le dije, si acá alguien nos ve nos linchan, nos matan, nos sacan en pedacitos y nos meten de revoque en las paredes del hotel. ¡Será el destino!, gritó él, las manos temblorosas, mientras se acercaba a mi cucheta a los tumbos haciendo que la bombita —todavía encendida porque a mi compañero de trailer no le gustaba la oscuridad— se moviera de un lado a otro.

Después de eso, que terminó conmigo saltando afuera y mi compañero de trailer hecho una bola de insultos —putos de mierda, qué se creen que son, vayansé, le voy a hablar al Alemán y los va a hacer picado fino, todas cosas así—, vino la bendición, que por suerte no me tocó. Maira me cuidaba,

supongo. Mientras yo agarraba mis cosas y salía corriendo, Mariano roció el trailer con algo que bien podía ser agua bendita o algún otro líquido o ungüento sagrado, pero que resultó ser nafta. Desde la ruta pude ver el incendio: toda la gente corría a apagarlo y, desde arriba, parecía que ni con toda el agua del lago iban a poder con ese fuego delirante que amenazaba con extenderse a los otros trailers y al hotel.

Una especie de despedida con fogón, una buena forma de empezar a pensar en el Bariloche que me había interesado al llegar, el de Maira, el de Romina, personas a las que ahora había que agregar al Alemán, ese energúmeno que le daba cuerpo a todos mis fantasmas y se convertía en núcleo de algo todavía difuso, pero que en los meses siguientes cobró forma de espiral o de cinta de Moebius, según cómo se mire, infinito por lo inmenso o infinito por lo pequeño, al final el tamaño es lo que menos importa.

* * *

De mis dos meses de trabajo con pensión completa en el hotel tenía algunos ahorros que me sirvieron para alquilar una pieza en una casa donde su propietaria —viuda— ofrecía alojamiento a los trabajadores temporarios que llegaban a probar suerte a Bariloche. ¿Vos no trabajás?, me preguntaba la viuda todas las mañanas antes de cobrarme el día por adelantado. Sí, señora, ya va a ver, decía yo, me tomé unos días de descanso. Bueno, mirá que acá el que no trabaja se va, ¿eh?, tengo una fila de gente trabajadora esperando pieza, decía en voz alta y después, por lo bajo, se le escapaba un: drogadictos, habría que matarlos a todos, que a veces llegaba a escucharse y que era una especie de continuación de su lengua, una frase pegada a la boca que no sólo era para hablar de mí sino de cualquiera de los que salíamos del lugar después de las ocho de la mañana.

Ahí conocí a Mica, que trabajaba de noche y al poco tiempo de escuchar mi historia y mis planes se convirtió en mi guía. Ella era una travesti paraguay: llegada a Bariloche hacía varios años y también ex obrero de la construcción. Había pasado su infancia en el Bajo Flores y hecho su vida en su comunidad de origen. Pero picar paredes y colocar un ladrillo

encima del otro no habían sido tareas favorables a su espíritu. Le gustaban la música melódica y la noche, las estrellas gigantes en el cielo al salir de los boliches de las afueras, la luna reflejada en las acequias, las luciérnagas que apenas marcaban su camino en la oscuridad y las mariposas negras, capaces de volar a ciegas sin ser atrapadas por ratas, gatos ni murciélagos. *Los murciélagos son tétricos, dan miedo y terror*, cantaba Mica, hay una cumbia que dice así, *y nunca están limpios*. En cambio las mariposas negras no, son la cosa más hermosa e indefensa de la creación.

Allá en el Bajo Flores, los paraguayos, si bien eran muy duros, la respetaban. Pero una noche la levantaron unos instaladores que habían trabajado con ella en algunas obras y se la llevaron a dar vueltas en una combi. Adentro pasó de todo, contaba Mica. En la obra trabajaban como hormigas —“hormigas biónicas”, decía, parece que gustaba de ellos—, toda la fuerza de los brazos y de la mente puesta en hacer las cosas bien, y en la noche, se ve, se volvían peores que las hienas. Se reían, me trataban como carroña de carroña, menos que mierda. Y por maldad, después de llevarme a los lugares más insólitos, tuvieron la gentileza de dejarme cerca de casa, como a una novia, pero no del lado paraguayo del barrio

sino del coreano. Eso fue no tener piedad, me dejaron allá y al día siguiente por poco me sacan de a cucharitas.

Ella contaba eso, me mostraba las marcas. No eran muy grandes —o ahora no eran muy grandes— pero podían verse con facilidad.

A veces me pregunto qué habría sido de mí sin ella. Quién la había puesto en ese lugar o, más bien, cómo había llegado yo a ese lugar. Y si de no haberla conocido las cosas hubieran sido iguales —o al menos parecidas. Cuando pienso en eso también pienso en Mariano, que las últimas veces que lo vi hablaba del destino como si fuera una clave ordenadora mucho más potente que el deseo y capaz de entrar en él como el viento suave en una casa con las ventanas abiertas: las cortinas se mueven, uno las ve y piensa: viene tormenta, y está por cerrarlas, pero como el viento es suave las deja así hasta que se olvida de las cortinas y del viento, y cuando llega la tormenta ya es demasiado tarde. ¿Quién podría pensar que el destino es dado por el deseo?, ¿quién? Bueno, todos. Pero ¿de qué destino hablan?

Mica me escuchó, paciente, varios días, y me dijo: tenés que buscar a tu hijo y tenés que vengar a Maira.

no se sabe
que pasó.

con vos ni con nada. Además... ¿Además qué?, dije. Además estoy embarazada.

Todo el tiempo que seguimos juntos le hablé de mí, de todo lo que había pasado y de mi plan de venganza. Ella mojaba las tortas fritas en el mate cocido. ¿Viste?, dije, vos siempre decías que yo no era capaz de comprometerme, de seguir con la lucha de mamá, de Lela, de todos tus amigos y mirá lo que voy a hacer, mirá. Y ella: no era eso, no era eso, pero si te hace sentir bien andá, hacelo. Me daba la razón en todo. Yo me sentía cada vez mejor y hasta me olvidé de que Romina podía haberme mentido sobre mi hijo. También imaginé al idiota del padre del bebé que estaba en camino, su eterno olor a humo y a bosque, la cara llena de granos y el chisporroteo de sensaciones el día en que Romina lo besó por primera vez. Pobre, pensé. Tener un hijo a su edad, y con Romina... Después pensé en mí, en la probable historia de aquel niño por nacer y en la probable vida del probable hijo —mi hijo— que Romina ya había tenido. Pensé en despedirme de Romina y seguirla, espiar, encontrarlos a todos cantando alrededor de un fogón y pasándose de mano en mano un bebé que podía ser el de Ludo, o el de Romina y aquel muchacho, o el mío. ¿Para

qué Romina iba a mentirme?, pensé después. En todo caso, yo había hecho las cosas bien, había preguntado y me habían dicho que no. Y si el bebé existía, ¿no era Romina la que tenía que decírmelo?, ¿no era su responsabilidad? Ahora, si ella no quería que yo lo conociera era otra cosa, si pensaba que yo estaba loco era otra cosa, ¿qué cosa era?, algo horrible, desalmado. Le dije así: “sos una desalmada, es como si ya no te conociera”. Y cuando también me dio la razón por eso pensé: que haga lo que quiera. Yo tampoco conocí a mis padres. A mamá en cierta forma sí, pero a papá nada. Y ahora —como había dicho Mica— estaba buscándolo, así que mi hijo, si existía, algún día me iba a buscar. Después le dije que me esperara, que necesitaba ir al baño. Pero cuando volví a la mesa —me había lavado las manos, mojado la cara, me sentía realmente bien— Romina ya no estaba.

¿No vio a la chica que estaba acá?, le pregunté a una mujer que estaba cerca. ¿Qué chica? La que estaba acá, sentada conmigo. Eh... sí, claro, la que estaba sentada con vos, eh... mirá, creo que se fue. ¿Adónde? La mujer me miró fijo. Mirá, dijo y abrió más los ojos, se fue. ¿Y no dijo adónde? No. Mientras hablaba estiró un brazo para sujetar un bolso de

mano que había dejado en una silla. No sé adónde se fue, dijo, pero quedate tranquilo, no está más, ¿sabés?, se fue.

* * *

Mientras volvía me sentí un intruso en la vida de todos. Algo parecido me había pasado siendo vago-bundo, albañil, repostero, todas ocupaciones que pude llevar adelante pero que en realidad habían sido casilleros de una grilla administrativa, algo que nunca es del todo fiel a la verdad. De hecho, nunca tuve oportunidad de completar en forma correcta la parte de los formularios donde dice padres, ocupación de los padres y todo eso porque siempre está la opción "fallecido" pero nunca la opción "desaparecido". Además, de mamá siempre supe bastantes cosas, hasta podía anotar su número de documento, su fecha de nacimiento, las enfermedades que tuvo: mis abuelos se acordaban. Pero con papá era distinto. Sólo sabía su nombre y, cada vez que lo anotaba, me daba la sensación de estar traicionando a alguien, como si escribir el nombre del traidor fuera

reivindicarlo. De hecho, a veces ponía otro nombre y completaba todo lo de él con cosas que se me ocurrían en el momento. Nacionalidad: búlgaro, ruso, español, mexicano. Ocupación: aviador, lavacopas, abogado, buzo. Enfermedades: viruela, tuberculosis, chagas. Todo así. Una vez la directora citó a mi abuela para comentarle el problema y me mandaron por unos meses a un psicólogo, y yo, salvo por las miradas recelosas de mis compañeros, la pasé bien: el tipo casi no hablaba —yo menos—, me hacía dibujar todo el tiempo lo que quisiera y hasta me enseñaba a construir veleros de madera balsa.

En realidad era imposible saber algo de papá, en casa nunca habían hablado y, si lo hacían, era para ejercitar o perfeccionar insultos. Desde "tibio" hasta "asesino" podían escucharse variantes de "traidor" —"espía", "infiltrado", "filtro", "fru-frú", "mal partido", "hijo de puta", "hijo de un vagón de putas", "conchudo hijo de re mil". Cuando una vez pregunté si había fotos de él me mostraron unas de mamá. El álbum del viaje que ella y una amiga habían hecho al noroeste. Fotos cuadradas en las que el cielo, siempre despejado, era celeste claro en la parte más baja y más oscuro —azul, violeta— en las partes altas. El sol brillaba sobre las montañas y

en los cactus terrosos, más marrones que verdes, en cuyas espinas la luz se reflejaba hasta mostrarlas transparentes, como de agua. Las fotos de un sueño. ¿Y papá?, pregunté. Tu papá es éste, dijo mi abuelo. En una de las imágenes, la amiga de mamá abrazaba a un joven de pelo engominado, anteojos para el sol, cigarrillo en la boca y campera negra de cuero. Ahora que lo pienso, si el fondo no hubiera sido de cactus y montañas azules, si hubiera habido una ruta, una estación de servicio, un Cadillac, aquello podía pasar por la promoción de una película de la época. ¿Éste es? Sí, dijo Lela. Parece un colectivero, ¿no es cierto?, dijo mi abuelo. Exacto, un colectivero, dijo Lela, ese topo siempre pareció algo distinto a lo que era.

→ Mi familia paterna: una señora —mi otra abuela, a la que apenas llegué a conocer— que pasó sus últimos días en un geriátrico; y Mario, el hermano de papá, un gordo que manejaba un camión y que según mi abuelo murió al chocar de frente con un micro de larga distancia que venía sin luces. A ella la conocí por él, que cada tanto pasaba por Moreno y se quedaba a tomar unos mates. Fue un fin de semana que Mario tenía libre y le pidió permiso a mi abuelo para llevarme a dar una vuelta. Para mí el

camión de Mario era como un imán: cada vez que llegaba a Moreno me pasaba el día ahí adentro fantaseando con un futuro de camionero y casa a cuestas. Tanto que, cuando Mario se iba, pasaba varios días jugando a lo mismo entre las sábanas. Todas las siestas bajo las sábanas imaginando que la cama era un camión con el que iba de una punta a la otra del país y del continente y hasta del mundo, porque una vez subí mi camión a un barco que me llevó al África de los gorilas y los elefantes, donde recorrí caminos de asfalto y de tierra y de piedras hasta llegar al desierto, que pude cruzar gracias a un dispositivo especial cuatro por cuatro que después fue reemplazado por uno anfibio que me ayudó a cruzar el mar para conocer Europa. Así que como el camión me fascinaba mi abuelo me dejó ir.

Mario, esa vez, no paró de contarme cosas de sus viajes. También me habló de su madre, de papá y de algunos asuntos familiares que yo tenía que saber —decía así: “esto lo tenés que saber, pibito”, mientras me frotaba la cabeza con la palma de la mano— pero que apenas los decía yo me los olvidaba, porque era obvio que esa familia era tan lejana que hasta podía decirse que no era mi familia. X

los muertos por bilitan su memoria.

Supongo que mi abuelo esperaba que Mario, con el tiempo, se convirtiera para mí en una figura paterna y que ocupara su lugar cuando él ya no estuviera. Lo quería, hablaba bien de él y de cómo había logrado separarse de su madre y de papá, el menor de los dos y el consentido de mi abuela, siempre arbitrario y temeroso —“cagón”, “rata”, “avestruz”, decía Mario—, y capaz de cualquier cosa con tal de salir bien parado. Papá había llegado a la política, como muchos de los jóvenes de aquellos años, por amigos que militaban y por ese impulso de la juventud de siempre querer hacer algo diferente, nuevo. Pero cuando cayó preso por primera vez todo se le complicó. Estaba con mamá en un grupo que después de la muerte de Perón había quedado mal parado y terminó, ya en libertad, por ceder a los temores maternos y dedicarse a entregar compañeros. Te van a traicionar, m'hijito, decía mi abuelo que decía mi abuela, te van a traicionar, y entonces empezó él a traicionar a los que tenía más cerca, incluida mamá.

Igual, cuando Mario me llevó a conocer a mi abuela me aclaró también otras cosas. Que papá no había sido un infiltrado de la Triple A ni de las Fuerzas Armadas sino un doble agente. Primero se

Soplón

había infiltrado en la Fuerza Aérea. Vos sabés, a mí me gustaban los camiones y a él los aviones. De chico hacía unos modelos a escala impresionantes, tenía dos o tres que eran perfectos, una terminación... Y otro a control remoto que llevaba a encuentros de aeromodelistas y todos se lo aplaudían. Así que se metió en la Fuerza Aérea. Le dijeron que iba a ser duro, pero igual entró porque de última, si no le gustaba, no perdía nada: le computaban su paso por la fuerza como colimba completada y listo, que fue lo que pasó. A los dos años se cansó —él era así, se cansaba de nada— y ya estaba por irse cuando conoció a unos que iban a hacerle un atentado a un Brigadier y terminó trabajando para ellos. Así empezó. Y se ve que cuando lo descubrieron en vez de matarlo lo pusieron a trabajar para ellos. Vos ya habías nacido y a él siempre le gustó eso de las intrigas, por cómo era mi vieja con él, ¿viste?, así que entregó a todos los de su grupo, uno por uno, de a poco, y a tu vieja, obvio, y después fue al cuartel y dijo ya está. Pero es como te digo, nunca más lo vimos. Se ve que al final lo hicieron cagar igual, ya no les servía. Y yo no sé si era que lo de las intrigas le gustaba o era que no le quedaba otra. Capaz que las dos cosas. Cuando se mandaba una le

notabas la risa adentro, no la veías, no la escuchabas, pero sentías que el hijo de puta se estaba riendo y te daba más bronca. Pero si lo pensás es como una enfermedad, no poder sacar la risa, eso a la larga te hace pelota. Escuchá el motor del camión, sentí, ni un ruidito, está feliz, ¿no es cierto?, sí, claro, se ríe, ¿y eso por qué?, ¿no sabés?, porque está todo en su lugar, ¿entendés? Imaginate si lo paso de aceite, ¿qué pasaría?, ¿tu abuelo no te enseña de motores?, si me paso de aceite revienta todo, los retenes los tenés que ir a buscar a Chascomús, al fondo de la laguna. Bueno, así era tu viejo, un motor lleno de aceite pero con los retenes más firmes que yo haya visto jamás. Y mirá que yo nunca uso esa palabra, eh, nunca. ¿Qué palabra? Esa, la que no uso nunca: jamás.

En el geriátrico me llamó la atención lo bien arreglado que estaba el lugar. Moderno, limpio, enfermeras atentas, plantas cuidadas en cada rincón, salas especiales por todas partes, hermoso jardín con canteros floridos. Mientras esperábamos que trajeran a mi abuela, pasaron varias internadas. Mario se había puesto a jugar con su encendedor y yo me distraía en la perfección con la que un hombre limpiaba los vidrios. En general, las internadas apenas

podían moverse por sí mismas, y casi todas tenían diagnóstico de alzhéimer o demencia senil. Pero lo de mi abuela, por lo que me había dicho Mario, era más grave. Y, a pesar de que no tanto como para ser derivada a un psiquiátrico, la diferencia con las otras se notaba a simple vista. Para que lo entiendas, me había dicho, la vieja tiene una mezcla de parkinson y alucinaciones. O sea: cada dos minutos alucina algo que la saca de la realidad, algo que nunca llega a volverla muy loca, no como para poner en riesgo su vida o la vida de otro, pero que la hace temblar. A veces, te digo, parece como si se le hubiera puesto adelante el fantasma de tu viejo. Yo no sé, para mí que la vieja hizo un pacto con los muertos, los ángeles negros, algo así; si no no se explica.

Cuando la trajeron, efectivamente, temblaba. Quería decir algo pero no podía, y lo único que llegábamos a escuchar era un puuuuuuuu-puuuuuuuu-puuuuuuuuu, seguido de una especie de sollozo o canto en el que sólo juntaba los labios y estiraba la letra m durante varios segundos. Cuando le toqué la cara y la besé, por un momento, por cómo ella empezó a temblar, me pareció que había estado siempre en su silla de ruedas esperándome, que mi acercamiento y mi beso eran los del príncipe que

despierta a la princesa de su sueño con ruelas o el de la princesa que rescata al príncipe de su piel de rana. Pero en cuanto me alejé para que la saludara Mario, ella volvió a temblar, y durante todo el tiempo que estuvimos juntos lo hizo varias veces, siempre de la misma manera, hasta que empezamos a sentir mal olor y la enfermera vino y nos dijo: disculpen, ya es hora de cambiarle los pañales.

Y nada más. O sí: Mario preguntó si podía fumar y le dijeron que adentro no, en el patio; así que salimos y nos sentamos al borde de uno de los canteros y esperé en silencio que Mario terminara algunos cigarrillos. Vos ya vas a aprender a fumar, me dijo antes de apagar el último. Y después me dijo: esperame, ya deben haber terminado con la vieja, a ver si la podemos ver un poco más. Pero resultó que no: según le dijeron, mi abuela se había quedado dormida.

Durante el camino de vuelta Mario me habló de los buenos tiempos. Anécdotas. Hablaba sin pensar pero de alguna forma cada historia se conectaba con las demás. Sólo recuerdo una porque era igual a algo que me había pasado a mí antes de empezar la primaria. Mi abuela no los dejaba comer salchichas crudas ni dulce de leche y entonces había puesto

una cadenita en la heladera que ellos no llegaban a desenganchar ni siquiera subiéndose a una silla. Pero a veces, algunas tardes en las que la veían contenta por algo, ellos no sabían por qué, pero se daban cuenta de que estaba diferente, se le notaba en la cara, en algunos gestos, se olvidaba de pasar la cadenita y entonces, mientras ella dormía la siesta, untaban las salchichas con dulce de leche y se las comían.

También me dijo que a mi abuelo no iba a gustarle que hubiéramos ido a ver a mi abuela. Mario decía que, para él, ella era igual de responsable que papá por la desaparición de mamá. Yo estuve por decirle que mi abuelo a él lo quería, que no le iba a parecer tan mal que hubiéramos ido a verla. Pero como Mario era un hombre fuerte, manos pesadas, huesos duros, y había hablado con firmeza, como si alguna otra vez hubiera vivido una situación semejante con mi abuelo, me pareció que lo mejor iba a ser no contradecirlo y, en todo caso, esperar a que llegara un mejor momento. Así que no dije nada por unos meses, y cuando estaba por hablar llegó mi abuelo con la noticia de la muerte de Mario, que el accidente había sido en la cordillera y que iban a enterrarlo en no sé qué provincia, Mendoza o San

TRAVESTI

cambio y salió bastante natural. Los gestos, las expresiones, todo se volvió dulce, fresco, fluido. Representaba mi papel y no solo me gustaba sino que hasta me lo creía. Al principio, me costaba lograr que mi pelo, no tan largo, pareciera el de una chica, pero como no quería usar peluca me las ingeniaba aplicándome un gel que le daba volumen. En los días de humedad el resultado de las aplicaciones era notable y había algunas que me preguntaban: cómo hacés, loca, decime, y yo me llevaba el índice a los labios, shhhh, nada, nena, secreto profesional. Me acuerdo lo del pelo porque era lo único que podían llegar a envidiarme. Solían decirme "Casquito", y aunque el apodo nunca cundió, sirvió para hacerme un lugar. Esto es un nido de víboras, decía Mica, mantené el perfil bajo porque en cuanto asomes la cabeza zac, cortan mano cortan cuello. Y mi perfil era bajísimo. Porque hay chicas que desde chicas van adaptando su cuerpo a lo que sienten, a lo que son, y yo no podía pretender llegar, en unos pocos días, a equiparar los resultados de ellas. Vidas enteras pensando en cada detalle, en cada célula del cuerpo, toda la mente puesta en transformar todo para siempre; contra eso no se podía.

En cuanto al trabajo, más que nada turistas y egresados. Las condiciones eran buenas, pero si me quedaba solamente en eso nunca iba a encontrar al Alemán, que era de levantar chicas en la calle. Igual estuvo bien empezar así para aprender los vicios de algunos clientes y, sobre todo, las precauciones básicas que en la calle habría tenido que pagar demasiado caras. Y lo más importante: nadie puede ser, de un día para el otro, lo que nunca fue. Con Maira habíamos tardado bastante en tener sexo. Con Mariano habíamos trabajado duro antes de empezar en una obra grande. No podía volverme travesti sin una preparación y un acompañamiento apropiados. Así que hasta la llegada del otoño estuve ahí con Mica. La relación fue intensa, y aunque nunca llegamos a una situación de cama, a veces, después de noches duras, nos acariciábamos y nos untábamos con cremas aliviadoras, nos dábamos besos en las heridas, en la boca, besos mansos, y hasta nos dormíamos en el mismo sofá.

Para la llegada del otoño supuse que lo del hotel ya estaría bastante encaminado, con lo cual el Alemán tendría más tiempo libre y estaría descansado para sus correrías nocturnas. Yo siempre estaba por pasar por el lugar, pero por una cosa o por otra

nunca podía. Cuando no trabajaba, Mica me llevaba de acá para allá, me mostraba gente por la calle y era capaz de hablarme de las personalidades, ambiciones, frustraciones, impulsos y cualquier rasgo de las personas que se me pudiera ocurrir con sólo verles la cara. Eso, decía, era clave a la hora de cerrar trato con un cliente. Evaluación previa. Un cliente no era alguien para quien uno tenía que trabajar sino alguien que tenía que trabajar para uno. Vos tenés que hacer que ellos sientan eso. El trabajo dignifica, decía, y ellos tienen que sentir que mientras están con vos, además de gozar como desesperados, están siendo dignos. Eso les hace bien, les da ganas de hacer las cosas como corresponde, no propasarse, respetar los límites. Ser travesti es también ser tu propio gerente de recursos humanos, decía, acá lo que importa es la persona, lo que importa sos vos.

En fin, con Mica estaba todo bien pero, de acuerdo a mi plan, a la llegada del otoño empecé a callejear. Seguía en el bar, pero a la noche iba cada vez menos y además de trabajar en la calle me llamaban de una agencia de viajes que ofrecía servicios sexuales a turistas. Pagaban muy bien y las propinas eran de lujo. Y yo no sé por qué, pero me buscaban bastante. Supongo que era porque no

tenía tetas y se ve que a los tipos les gustaba más así, alguien joven, lampiño, poco profesional, inocente. Quizá en sus ciudades de origen buscaban latinas pulposas, ardientes, y acá en Bariloche no, querían a alguien que se pareciera al lugar: frío, frágil, inexplorado.

Comparado con otras yo era mucho menos, pero se ve que para estos clientes eso no me rebajaba, sino al contrario. Y fue por eso que al poco tiempo algunos colegas empezaron a marcarme como extraño, mala persona, traidor. Lo que había empezado siendo la envidia de mi pelo esponjoso se volvió algo más profundo, sacado de tripas hinchadas y llenas de rencor. Una yegua de labios fucsias y ojos grises una vez me paró en seco en la calle y me dijo: vos, putita, sos un topo, asomás la cabeza en cualquier lado, ¿entendés?, sos un topito lechero pero sin la teta de mamá —así dijo: “topito lechero”. Siguió: y tené cuidado con la nieve, porque la nieve te tapa enseguida y con tal de sacar tu cabecita la vas a sacar en cualquier lado y zácate, chau cabecita, yo sé por qué te lo digo, y me mostró unas cicatrices horribles a la altura del ombligo. Pensé que había estado con el Alemán, que el tipo la había maltratado. Y cuando estaba por preguntarle me

(Todos los
topos II
papí)

dijo: callate, boba, débil mental, cerrá la boca y ese culito que tenés, y se dio media vuelta y salió soplando en el aire frío, como relinchando.

Incluso Mica, una tarde, me cruzó su motoneta y me dijo: tené cuidado, loca, dejá de parar cerca del bar porque ya escuché que hay varias que te quieren hacer pelota. Y cuando le pregunté más, cuando quise saber, me dijo: perdoname, loca, acá la cosa es así, vos te abriste mucho, vos buscarás lo tuyo, pero acá nadie te va a entender, es como si no fueras una de nosotras, me gustaría defenderte, yo te quiero, yo te... pero no puedo ayudarte más, no me obligués, no puedo.

Bueno, después de eso lo único que me quedaba era irme, lejos, a la ruta, porque los de la agencia estaban todos en el centro y en el centro siempre cabía la posibilidad de cruzarme con alguna de mis nuevas enemigas.

El lugar lo elegí con cuidado. No quería caer en una emboscada en plena noche, así que armé mi parada en una curva alta y llena de luz desde donde podían verse ambos lados del camino. Desde ahí tenía salida rápida a una picada cerrada y peligrosa —en una parte había un precipicio con caída de varios metros y piedras al fondo. Si uno la conocía

bien era fácil bajar hasta una zona de bosque tupido, oscuro, un excelente refugio donde además la picada se dividía varias veces, haciendo que la persecución se complicara y que uno tuviera vía de escape para elegir. Uno de los caminitos, por ejemplo, llevaba otra vez hasta la ruta y hasta una parada de colectivos, así que si los tipos se empecinaban en buscarme yo podía esperar escondida a que llegara algún colectivo y entonces correr y subirme.

Pero nunca fue necesario. Me levantaban viejos que no se animaban a merodear con sus autos último modelo por las zonas más transitadas, hombres casados y un par de madres solteras que se habían vuelto lesbianas y se cansaban fácilmente de sus colecciones de objetos de goma. A veces con ellas me sentía hombre otra vez. Pero eran sólo unos pocos momentos: de estar con ellas me quedaba la impresión de que yo era, antes que nada, un objeto de goma. Y creo que ellas empezaron a notarlo, me preguntaban: qué pasa, bebé, no te gustamos, y un día dejaron de pasar. El Alemán, por supuesto, no tardó en aparecer y en preguntarme cosas.

* * *

Al principio el tipo se hacía el misterioso. Bajaba la ventanilla, me decía: a ver, a ver la cola, me gusta que no tengas tetitas, me gusta, a ver esa cola loca. Y yo le mostraba, apoyaba las manos en el capot de su camioneta, arqueaba la espalda, me ponía en puntas de pie y lo miraba a los ojos. Ponerse así es estremecedor, me había dicho Mica. Y era cierto. La mayoría, después de eso, o se atragantaban con su propia saliva y se iban, o te hacían subir y aceptaban todas las condiciones. Pero él era diferente. Sin perder el dominio de la situación se reía y me decía: a ver, acercate, mami, mostrame de cerca. Y cuando me acercaba me miraba un rato, me decía: seis cincuenta, puede ser, o siete, sí, pongámosle siete a la putita, ¿escuchaste, putita?, siete, promoción directa, reservame un turno para mañana que paso y te hago monja. Y al día siguiente volvía a pasar y era lo mismo. A veces venía acompañado y, por lo que podía verse, le gustaban bien tetonas. Pero igual siempre me elogiaba y me decía: me gustás así, flaquita, así, preciosa, ya te voy a agarrar, jamoncito, te voy a partir al medio.

Hasta que un día abrió la puerta y me hizo subir.

Apenas me ubiqué en la butaca el tipo me dijo: abrochate el cinturón, vamos a volar, y aceleró por

la bajada hasta la primera curva, donde apenas frenó un poco para enseguida volver a acelerar. Era como si alguien nos persiguiera. Afuera el viento soplaba fuerte y la ruta estaba vacía. Me acordé de una canción que cantaba Maira: *vos sos mi obsesión / quisiera atraparte / vos sos mi destrucción / no quiero dejar de pensar*. La melodía era lenta pero hacía un buen contraste con la situación. O no tanto, porque desde la camioneta podía verse cómo afuera todo estaba quieto, como muerto: las pocas luces del alumbrado público, las de los faroles en las casas al borde del camino; hasta las ramas de los árboles, en medio del viento, parecían quietas. Y nosotros no, veloces, desbocados como los nervios del Alemán, su adrenalina al volante y en la imaginación de todo lo que estaba por hacerme, los días de planearlo, de verme, de querer destrozarme mientras yo esperaba que él se volviera loco para hacer conmigo lo que hacía con todas, lo que alguien le había hecho a Maira, y fabricar algo lento, pesado, que el viento ni nada pudiera llevarse. Fabricar odio, pero no odio común ni ancestral ni heredado de generación en generación, no odio de muertes en cadena: eso no. Inventar el odio otra vez, hacerlo tan pesado que de apoyarlo en la tierra empezara a hundirse hasta atra-

vesar el planeta, todo el globo atravesado por el odio que empezaba a formarse en algún lugar de mi cuerpo —o que se venía formando desde antes— y entonces en el mundo esa marca, el gran pozo, nuevo eje de rotación.

Pero esa noche el Alemán me trató bien. Fuimos a una cabaña alejada a la que se llegaba después de pasar un monte, cruzar el lecho de un río y andar por una huella casi intransitable. Mientras llegábamos yo pensaba lo peor y reconocía el lugar como mi propio escondite de la picada, sólo que a gran escala y en una zona para mí totalmente desconocida. Y cuando entramos a la cabaña, el Alemán no sólo no me hizo nada malo sino que me dijo: vení, putita —su voz era suave, una curva en la noche fresca— y me desnudó con prolijidad, me besó por todo el cuerpo, me acarició, me dijo: yo a vos te conozco, no sé de dónde pero de algún lado te tengo. Me hizo masajes en el pelo, también, y me volvió a besar, y me volvió a hacer masajes: se lo veía verdaderamente apasionado, una pasión lenta, durable, no de fuego sino de brasa, no de mar encrespado contra las piedras sino de marea alta inundando la costa. Así que cuando me hizo reclinar y empezó con la etapa en la que todos mis

clientes pensaban —y a veces hasta decían— “ahora te voy a coger”, las embestidas fueron leves, apenas un juego, y si se pusieron fuertes fue sólo en el final y casi no las sentí. O sí, pero la sensación no era dolorosa, como casi siempre, sino todo lo contrario, paraíso de perlas blandas, gotas que caen como plumas, lentes de luz que se hacen polvo al tocar el suelo, al tocarme, pero que enseguida se vuelven a formar y a rebotar en todas direcciones mientras se consumen en un sonoro chisporroteo lejano. Eso hasta que en un momento las lucecitas se concentraron en mi nuca, densas como lápidas, y de golpe se derrumbaron por toda la espalda hasta quedarse ahí, desparramadas por todas partes, temblando, dientes de cuarzo, imanes gigantes, y entonces el Alemán, exhausto, terminó.

* * *

Al primer encuentro siguieron otros. Yo siempre esperaba que alguna vez él empezara con sus maltratos, pero no sólo no me maltrataba sino que las cosas iban cada vez mejor. Fueron los días en que

me sentía un idiota por haber tramado semejante plan y ahora encontrarme envuelto en una nueva historia de amor. Me acordé de Mariano, que decía que los cuentos del Alemán eran mentira, y entonces empecé a verlo de otra manera. El odio, de a poco, se fue convirtiendo en piedad, en comprensión, en una cantidad de cosas buenas que no llegaban a ser tan buenas como lo que él me daba, pero que iban en esa dirección. Cuando una noche él no me pasaba a buscar yo me ponía triste, pensaba que le había pasado algo y entonces no trabajaba, o trabajaba mal, a desgano. Cada vez que paraba alguien me daban ganas de esconderme en la picada y, de ser necesario, quedarme ahí hasta el otro día. No me importaba tener que soportar el rocío en el bosque, o la lluvia, y terminar mojado como una planta. Pero él siempre volvía, las cosas iban bien y cuando yo llegaba a mi pieza cerraba los ojos y me encontraba con Maira y le decía: mi amor, estás tan linda, llorar te pone fea, no seas así, no llores, no lloremos, ahora sé por qué teníamos que venir a Bariloche, ahora sé que vine a hacer lo que vos no pudiste, a ser feliz junto al hombre que iba a ser tuyo pero que ahora me tocó a mí, alguien en verdad imbatible, hermano, porque ahora que te veo, y

cada vez que te veo, sé que somos hermanos, y vos lo sabías, estoy seguro, por eso ese día te vi en Moreno, tan cerca de casa y con esas ganas de encontrarme, porque así es con las cosas que uno sabe de verdad, Maira, no se pueden decir, pesan tanto que no salen, se quedan ahí para siempre, hay que cargarlas, hacerlas crecer, que pesen cada vez más, que hagan un pozo y que salgan algún día del otro lado del planeta convertidas en flores.

Así hablaba con Maira. Y ella, que al principio lloraba, se quedaba en silencio, los ojos cerrados, la boca abierta y en sus labios la p, la a, varias veces, papá, papá, papá. Yo era el hermano mayor y el padre, yo era mi propio padre y, a la vez, el Alemán era como un padre, alguien que hasta ahora era puro amor, pura bondad, belleza absoluta, y sólo había que darle tiempo para que mostrara toda la fuerza de su autoridad.

Un día, antes de salir de la pensión, el Alemán pasó a buscarme. ¿Cómo sabés dónde vivo?, le pregunté después de abrir la puerta de la pieza. Te seguí, amorcito. Ah, bueno, ¿y cómo te dejaron entrar hasta acá?, visitas no permiten... Esa vieja me conoce, nena, y si dejamos la puerta abierta está todo bien. Fue algo incómodo, lo reconozco, por-

Maira y tenía
del hermano

que yo en ese momento estaba dándome una inyección de anestesia en un tobillo que se me había inflamado hacía unos días. ¿Te estás infiltrando un tobillo?, preguntó. Sí, cualquier cosa por volver a verte. ¿Sabés que eso te va a calmar, pero el tobillo va a seguir haciéndose pelota, no? Y sí, pero si no tengo que hacer reposo y entonces cuándo nos vemos, cuándo... Tenés razón, dijo después de hablar de las veces que él, cuando era deportista —no dijo de qué deporte, dijo así: “deportista”—, había tenido que infiltrarse algunas articulaciones que al final tuvieron que operarle. Pero algo hay que hacer, algo hay que hacer, dijo, y se quedó un rato mirando cómo yo terminaba de desarmar la jerin-ga. Y al final dijo: ya sé, te voy a llevar a un lugar especial.

El sol se perdía en la cordillera. El Alemán, al volante, recortado por el contraste de luces y sombras de la ruta atardecida, parecía una foto vieja, desteñida, pastosa, foto de boxeador, de ganador golpeado, algo mejor que el perdedor pero igual de silencioso. Cuando llegamos al lugar —un descampado—, se bajó para abrir un portón de hierro y alambre. El candado era una reliquia. El Alemán puso la llave varias veces y también lo golpeó con-

tra los hierros hasta que se abrió. Pasamos. El lugar era grande, y por las montañas de tierra casi blanca que había en todas partes se me ocurrió que era una tosquera. Igual, antes de que llegáramos al lugar de donde sacaban toda esa tierra —un pozo que después pude ver—, la camioneta se había quedado atascada en el barro, frente a una loma. Entonces nos bajamos y escalamos hasta la cima. Sólo entonces el Alemán habló.

Sentate, putita, te voy a decir una cosa. Movía las manos como buscando agarrar algo que estaba en el aire. El movimiento era lento y de a poco fue contagiando a los brazos, que subían y bajaban en una especie de rito hipnótico. Algún arte marcial, pensé. Algún truco de prestidigitador, mi Mandraque. O una de sus sorpresas, qué lindo. Me acordé de cuando Lela o mi abuelo entraban a mi habitación y, antes de despertarme —pero yo ya estaba despierto—, preparaban en la oscuridad mi ropa para ir a la escuela y dejaban una golosina adentro de una media o de un zapato.

Me senté, empecé a moverme como él. Un espectador podría haber dicho que se trataba de un juego, de una danza. Juntos nos alejábamos de donde estábamos y, sin habernos tocado, nos sen-

tíamos parte de una misma cosa. Y en un momento —ya habíamos cerrado los ojos, el viaje y los lugares que recorriamos habían empezado a hacerme sentir que la cabeza se me abría como una flor—, el Alemán me tomó del mentón con una mano, suave, dedos de felpa, y con la otra, inesperado, me dobló la cara de un golpe. La sacudida fue necesaria y la agradecí. De haber seguido yo en aquel estado corría el riesgo de perderme en el flujo de sensaciones. Pero no terminó ahí. Volvió a golpearme muchas veces, cada vez más fuerte y hasta con el puño cerrado, hasta hacerme rodar abajo de la loma. Después bajó, me agarró del pelo y me arrastró varios metros. La cosa ya no me gustó tanto: pateleé, grité. Y recién cuando me tiró en un pozo, después de escupirme, de mearme, de decir: *X* disculpame, a veces también soy así, tuve tiempo para recapacitar.

* * *

Al día siguiente el Alemán vino a sacarme —yo casi no podía moverme, no sé si estaba en estado de

hipotermia o qué pero no sentía varias partes del cuerpo—, me llevó a la cabaña y empezó con las curaciones. Tenés que hacer reposo, mi amor, acordate de tu tobillo lastimado, eso se tiene que curar, decía mientras me revisaba los vendajes y me desinfectaba.

Durante la recuperación —que no sé cuánto duró porque también tenía que tomarme algo para dormir—, pude ver cómo los colores de las paredes iban cambiando. Era como si alguien las pintara mientras yo dormía o como si mi vista, por alguna razón, recuperara —o perdiera— sensibilidad. A juzgar por la intensidad de los nuevos colores habría que decir que mi vista se recuperaba, pero la verdad es que no puedo estar seguro de nada de lo que pasó en esos días.

Él, algunas noches, venía a hacerme compañía, y el resto del tiempo venía alguien más a dejarme de comer. Yo no veía a la persona pero sabía que era una mujer. Con el tiempo, supe que era *Amalia* una gorda buena que tenía más cara de alemana que el propio Alemán. Su edad era imprecisa, como la del Alemán. Si me hubieran dicho que eran madre e hijo lo hubiera creído. Pero también podían ser pareja o hermanos, no sé. Ella vivía cerca, en un

trailer, y por lo que decía había llegado a esa zona alejada escapando de un marido violento. Lamentaba haber dejado a sus hijos con él, pero decía que no había tenido alternativa, a veces la cosa es así, ¿viste? Y por más que ella hablara de lo bien que me trataba el Alemán, de cómo se preocupaba por mí, las bondades no eran tantas como para convencerme de que ahora sí tenía que cumplir con mi plan original. Claro que estaba el problema de mi falta de movilidad. Se ve que con lo del pozo mi tobillo había empeorado y entonces me resultaba casi imposible desplazarme por mis propios medios. Y si bien el Alemán y Amalia a veces me ponían anestesia, eso era sólo para aliviar las cosas, él ya me lo había dicho, no para mejorarlas, mucho menos para hacer que yo pudiera volver a caminar.

Esto vamos a tener que operarlo, decía el Alemán cada vez que me sacaba las vendas. Después, se envolvía en ellas y empezaba con sus jueguitos, te saco la venda, te pongo la venda, te envuelvo, te desenvuelvo, princesita acá, princesita allá, mi amor, cuánto te extraño cuando me voy, no te vayas nunca, mi amor, te quedás acá, te dejo acá, mirame, reina de corazones, tu rey de oro viene a buscarte, mirame fijo, mirá. Y si bien todo indicaba que mi

situación era irreversible y que mi venganza, a esa altura, no iba a poder ser, siempre esperaba el momento justo para actuar.

Un día, después de una semana romántica, sin golpes ni esas cosas a las que él llamaba aventuras —hoy vamos a tener una aventura, aventurera, me decía mientras me ataba a la camioneta para llevarme a alguno de sus lugares favoritos—, volvió a insistir con eso de que me conocía de antes. Tuve miedo: después de tanto tiempo, sin maquillaje, con el pelo todo aplastado, lleno de nudos y con la ropa de albañil que él me daba para que no pasara frío —empezaba el invierno—, era probable que me reconociera de lo del hotel, que se pusiera paranoico y que tomara represalias. Estuvo bastante tiempo con esa preocupación. Yo a vos te conozco, decía, pero nunca aclaraba de dónde. Hasta que una noche —se había peleado con la mujer— vino a cenar conmigo. Yo había preparado polenta con salsa de tomate, salchichas y hierbas del bosque, eso que muchos llaman pinacho —así no más: “pinacho”, porque acá hay pinos por todos lados— pero que en realidad no es sólo hojas de pino, tiene otras cosas que si uno las busca y las separa forman una variedad bastante grande. Era una comida especial,

«mairn» Aleman + Maira
para la ocasión, tres meses juntos, nuestro cumpleaños. Y él, que había aprovechado para pelearse con la mujer justo ese día, en un momento empezó: ya sé, vos sos parecida a una turrita que yo conozco, sí, una putita así, como vos, capaz que la conocés, es una yegüita que atiende en Liniers.

En los ojos del Alemán, trenes a Liniers, trenes eléctricos, a fueloil, a kerosene, a leña, de pasajeros, de carga, vacas, chanchos, vino y sandías, guardias que agujerean mil, dos mil, tres mil boletos por segundo; la velocidad de la luz, en la boca del Alemán, se quedaba renga.

¿Sabés cómo me hubiera gustado hacerla cagar a esa, traerla a un lugar como este, vivir con ella?, dijo. Esa era gaucha, eh, bien gauchita, así como vos, son todas de la misma familia, eh...

Decía las cosas todas de golpe entre bocado y bocado, se callaba unos segundos y después seguía: pero me parece que esa andaba en algo raro, yo no sé, había mucha policía cerca, ¿entendés?, y aparte la loca cada tanto me decía papá, vos sos mi papá, ¿me entendés, amorcito?, me decía eso y que yo lo sabía, y hasta me inventaba una historia de doble agente, decía que yo había mandado a matar a su vieja, que era mi mujer o mi novia, ni ella sabía, y decía que ya

alguien se iba a vengar de las personas como yo y todas cosas así, incoherentes, me decía topo, topo choto, ya vas a ver, y yo le mostraba el choto y le decía dale, yo soy un topo choto y vos sos el Topo Gigio, vení, poné la voz finita y empezá a laburar. Y después, a mí: imaginate, nena, yo doble agente, sí, doble agente, esa Maira era una delirante, pero vos quedate tranquila que ya algún día vamos a hacer vuelta y vuelta, te lo prometo, con vos todo, bebé, doblete, triplete, si yo soy doble agente vos sos un triple de tomate jamón y huevo, yo una caja de cuarta con palanca al piso, vos el quinto elemento, ¿entendés? Esto último lo dijo con la comida en la boca. Masticaba la polenta y hablaba de todas esas cosas y de esa chica, travesti de Liniers, esa Maira que era también mi Maira, y yo no le decía nada.

Amalia, también sentada a la mesa, elogiaba la polenta y en un momento, como si me hubiera leído el pensamiento, dijo: nena, vos no sabés lo que sería este lugar sin vos, sin comidas como esta, exquisita, esta comida me gusta mucho y ustedes dos van a durar mucho, brindemos por eso, si vos vieras todas las chirusas que este hombre trajo hasta acá te darías cuenta, nunca pasan de una semana o dos, para qué te voy a contar.

Pensé en ser amable y decir algo como cuéntame, Amalia, dele, ya somos como de la familia, pero la dejé hablar y ella siguió y dijo cosas como que el Alemán era un incomprendido, que su forma de ser era tan especial, que su bondad era tan grande como la de un elefante cuidando bebés, ¿te imaginas eso?, ¿qué puede haber más bueno y más grande que un elefante cuidando a un bebé? En boca de Amalia, el Alemán no sólo era pura ternura sino que esa palabra —“ternura”— cobraba nuevas dimensiones; entonces todo lo que había a mi alrededor parecía moverse hasta un lugar al que yo no llegaba pero que podía ver desde lejos y al cual, en cierta forma, quería llegar. Así que la idea de escaparme se volvió algo extraña, porque me daban ganas de irme a donde me llevaban las palabras de Amalia, que era el mismo lugar en el que yo estaba pero visto desde otra parte.

El Alemán terminó con lo de Maira: descripción del departamento, de la zona, del tren que se tomaba para llegar —¿me habría cruzado con él alguna vez?—, de los enanos ricos que de tanto verlos en el mismo living-sala de espera le habían hablado de Bariloche y de las posibilidades de desarrollar varios proyectos hoteleros en la zona, cosas que al Alemán

le podían venir muy bien porque era ingeniero, y ya que tenían algo en común... Y él, que estaba en Buenos Aires sólo de paso, que en realidad vivía en Bariloche desde hacía varios años, y antes en Esquel, y antes en un pueblito petrolero —Las Heras—, y antes en Puerto San Julián y antes en Río Grande, les dijo que sí.

Esa noche no pude dormir.

* * *

Pasaron varios días. No sé si la idea de escapar se me fue yendo o si se convirtió en otra cosa. El Alemán había vuelto a tratarme bien y las inyecciones que me daba eran cada vez mejores. No sólo calmaban el dolor del tobillo y de las otras heridas sino que después de cierto tiempo eliminaron mis pesadillas y varios de mis malos pensamientos hacia él. Tanto que sentía que en la cabaña por fin era feliz. Cuando se lo dije, me dio muletas y me dejó ir y venir por donde yo quisiera.

Había un lago cerca. Yo iba y me mojaba un poco, tiraba piedras, miraba el atardecer; y si bien

Amalia me vigilaba y hasta me acompañaba, no era difícil esperar a que me dejara solo y entonces bordearlo y llegar hasta alguna de las casas que se veían cerca de la orilla de enfrente. Las casas, con la luz encendida, eran como fueguitos al otro lado del agua. Soñé dos o tres veces con llegar a una de ellas y quedarme a vivir ahí. Gente buena que me cuidaba y a la que, llegado el caso, yo tenía que cuidar. Pero al despertar me daba cuenta de que el sueño era tan parecido a mi situación en la cabaña que para qué, si así estaba bien.

Sólo una vez me dieron verdaderas ganas de irme. Maira, de alguna forma, me lo pedía, quería que la encuentre, o al menos que encuentre a sus asesinos. Y fue entonces cuando el Alemán llegó con la noticia de que los enanos estaban en Bariloche. Habían viajado para supervisar sus inversiones hoteleras y ahora que el hotel entraba en su fase final querían ver cómo iba a seguir todo. Me hubiera gustado salir para verlos, hablar con ellos sobre Maira, quizá sabían algo más, quizá Maira vivía y el Alemán podía traerla y hacer todos una nueva familia en el bosque.

Y hubiera podido hacerlo: no es difícil encontrar a dos enanos ricos, se pregunta en los mejores hote-

les, en los mejores restaurantes. Amalia había dejado de controlarme tanto y yo podía ausentarme un día entero sin que nadie se diera cuenta. Salir a la mañana, volver a la nochecita. Y si ella notaba mi ausencia no creo que fuera a decir nada. En poco tiempo había pasado a ser más una amiga que una custodia, una suegra buena que hasta era capaz de defenderme a mí más que a él.

Igual no fue necesario. Una noche, pensando que el Alemán no iba a venir, mientras preparaba la bolsa de agua caliente, lo escuché llegar acompañado. No era la primera vez. Solía venir con chicas y hasta con amigos, que no sé si les pagaba o no pero que eran realmente muy lindos, profesores de esquí, verdaderos sementales andinos. Antes de abrir la puerta golpeó, vine con amigos, dijo. Halagado por la delicadeza de avisar, lo besé. Por supuesto, dije, pasen, siéntanse como en su casa. Y como a simple vista no vi a nadie más pensé que había sido una broma. ¿Y tus amigos?, pregunté riéndome. Acá estamos, se escuchó, finita, una voz entre los arbores de la entrada. Entonces me agaché, bastante sorprendido, a saludar a los enanos.

La noche, a pesar de lo que implica el que cuatro personas compartan una misma cama, fue tranquila.

Los enanos eran mansos y el Alemán, como ellos eran en cierta forma sus jefes, no desentonó. Hubo caricias y, en los momentos intensos, la luz parecía no bajar la tensión sino subir, como si por unos instantes la habitación se iluminara más que lo común, como si la luz no saliera de la bombita colgada al techo sino de las paredes, del piso. Fue esa noche, una noche en verdad especial, de esas que uno quiere que no se terminen nunca, cuando empecé a sentir definitivamente que las cosas, a pesar de lo que había pasado y de lo que pasaría después, habían salido bastante bien.

A la mañana siguiente, esperaba que el Alemán se fuera para poder preguntarles por Maira. Pero no se fue. Los enanos comían tostadas con manteca, tenían hambre de gigantes y hablaban de muchas cosas, una atrás de la otra, mientras el Alemán los escuchaba y asentía. Mi idea, si él se iba y ellos se quedaban un rato más, era contarles que Maira había trabajado conmigo en Palermo, que me había hablado de ellos, tan buenos clientes, inconfundibles, y preguntarles si sabían algo de ella. Pero no se pudo. O sí: ellos me leyeron el pensamiento —o algo de eso— y en un momento, al pasar, uno dijo: che, es verdad eso que dice el Alemán, eh, eso de

que te parecés a Maira, la piba de Liniers, esa se quería venir a Bariloche, ya teníamos todo arreglado y mirá, desapareció del mapa de un día para el otro, una pena. Y el otro, mientras untaba un pedazo de manteca en una galletita, dijo: mirá vos, eh, imaginate lo que serían vos y esa loca acá, juntas, ja, ja, un despelote.

* * *

Lo que pasó después se parece a cuando uno va a comprar pan y se olvida el dinero y el panadero, en vez de decir: vuelva después, joven, dice: me lo paga después, joven: ¿hay que preocuparse por el olvido —cómo pudo pasar una cosa así— o por el dinero que uno debe? Por las dos cosas, pero ¿cuál es la más importante? Para el panadero es importante el dinero. Pero no todos los panaderos son iguales. Yo cuando hacía tortas, muchas veces, dejaba que algunos clientes se quedaran con pequeñas sumas impagas. Al principio lo hacía sin darme cuenta, se me pasaban o prefería eso a la molestia de tener que llamar para cobrar. Pero después me di cuenta de que justamen-

te en eso consistía ser repostero: hacer tortas, cobrarlas, vivir de hacer tortas y todo eso, pero también hacerlas porque sí, porque alguien las pide, porque el mundo, en algunos momentos, necesita tortas.

Fue más o menos así: una tarde en que Amalia dijo voy a comprar algo, después vengo, cosa ya de por sí fuera de lo común porque el que traía las provisiones siempre era el Alemán, decidí asomarme a su trailer. Estaba cerca de un bosquecito y para llegar había que subir por una escalera de piedras que se ponían resbaladizas con el moho. Mientras subía admiré la capacidad de Amalia, que podía sortear varias veces por día aquellos escalones sin caerse nunca. Ya adentro, empecé a revisar. Miraba cada cosa y volvía a dejarla en su lugar: cajas, diarios, papeles, ropa. Y de golpe, como esperándome, en una bolsa, las fotos.

Muchas veces había visto cosas así, más que nada cuando recién nos habíamos mudado frente a la ESMA y uno de mis amigos de entonces que se la pasaba hablando de casos policiales horribles encontró, buscando papeles para hacer el fuego de un asado, unas bolsas con diarios viejos y, entre los diarios, una colección de revistas ¡Esto! No saben lo que encontré, vino diciendo mientras sacudía las

revistas. Y así, de lejos, y por la emoción del pibe, todos pensamos que eran revistas porno pero no, ahí estaban los cadáveres, las mutilaciones, la sangre, la suciedad y el morbo impregnados al papel como si la tinta y el papel hubieran sido así desde antes de convertirse en revista. Las vimos un buen rato. Todavía me acuerdo y me causa gracia la de un motociclista al que se le había abierto la cabeza. De la nariz para arriba la imagen era una mezcla de sangre coagulada, pedazos de cráneo, pelos y sesos en expansión. Y hacia abajo, un pequeño pero tupido bigote, algo descuidado y sucio —supongo que por el accidente— sobre el cual este amigo dijo mirá qué desconsideración, se lo hubieran peinado para la foto.

Así que al principio no me sorprendí. Quizá Amalia o el Alemán eran aficionados a ver cosas como esas. Pero después de pasar unas cuantas, los cuerpos no eran tanto de gente accidentada como de gente asesinada. Y la mayoría eran cuerpos de travestis, y entre una y otra, salteadas, fotos del Alemán vestido de boxeador: guantes grandes rojos, pantalones blancos y negros, todo su hermoso cuerpo joven transpirado, sonrisa, victoria en los dientes blanquísimos.

Las dejé a un costado. Recordé lo que alguna vez había dicho Amalia, eso de que el Alemán y yo íbamos a durar, y se me ocurrió que todas esas chicas asesinadas eran las que no le habían durado. Y todo fue tan rápido que no sé cómo, después de ver todo eso y de acomodarlo otra vez en su lugar, ya estaba otra vez en la cabaña y pensando seriamente en mi futuro. ¿Qué era "durar"? ¿cuánto era para el Alemán "mucho tiempo"? Y mientras estaba ahí sin saber qué hacer también pensé que las fotos podían ser falsas, que podían estar trucadas, que al Alemán le podía gustar coleccionar cosas así, como a ese amigo mío, como a los que hacían la revista ¡Esto!, y hasta pensé que todo, en aquellas revistas, pudo haber estado trucado.

Igual no había que ser tan optimista. Estaba claro que a mí el Alemán me guardaba como algo secreto. De su entorno, nadie más que Amalia y los enanos sabían de nuestra relación. Para él era fácil convertirme en una de sus fotos. Por otra parte: ¿de cuándo eran?, ¿desde cuándo este tipo se dedicaba a torturar, matar y hacer desaparecer a travestis?, ¿siempre habían sido travestis? Titular: "Torturador prófugo de la dictadura secuestraba y asesinaba travestis en Bariloche". Eso podía ser. No tardé en volver a

mis ideas del complot antihomosexual a nivel mundial. Esta vez, las travestis no éramos las victimarias sino las primeras víctimas de una red comandada por enanos. La organización era muy grande y se hacía fuerte entre los aficionados a las variantes más brutales y prohibidas del sexo. Si me ponía a investigar estaba seguro de poder llevar adelante un informe sobre enanos, tildarlos de raza macabra, odiosos seres que rencorosos por el desprecio social del que eran víctimas se esforzaban por conformar la minoría más potente sobre la faz de la tierra. Y de ahí a la formación de un Imperio capaz de enseñorearse sobre toda la humanidad quedaba sólo un paso.

Después también pensé que las fotos, falsas o no, estaban ahí para que yo las viera y pensara que eran de las chicas que se habían querido escapar. Así que en esa situación lo mejor era quedarme.

Cuando Amalia volvió la noté rara. Trajo tortas fritas envueltas en una servilleta y me las ofreció. Yo cebaba mate. Quedate, le dije, hablemos. Sí, hablemos, dijo ella. Pero no hablamos. Comíamos, tomábamos mate, mirábamos por la ventana. Estar ahí fue como escuchar una cajita de música con bailarina. No hablábamos pero algo decíamos, o los rui-

ditos del bosque hablaban por nosotros. Era obvio que Amalia se había dado cuenta de mi inspección, las huellas de mis muletas debían estar por todo el camino hasta el trailer, y estaba claro que yo había descubierto las fotos. Anocheció. Ella no quería que me fuera, el Alemán tampoco. Todo caía donde tenía que caer y todo iba a ser como tenía que ser. El Alemán podía ser el padre de Maira, mi padre, el torturado, el entregador, el torturador, el boxeador golpeador de travestis —ese era su deporte, el boxeo. Su vida en los pueblos del sur podía haber sido la del desaparecido con vida, la del exiliado interno, la del perseguido, ¿perseguido por quién? Se podía averiguar, había tiempo, él y yo, como había dicho Amalia, íbamos a durar.

* * *

Esa noche el Alemán trajo un pollo y dos vinos. Dejó las botellas sobre la mesa y se puso a trozar el pollo. Recién pelado, dijo. El ruido a huesos quebrándose se perdía en las cortinas. Cuando terminó me pidió que cocinara esa salsa que había hecho

para la polenta, la de pinacho. Antes había hablado con Amalia y cada tanto se hacían gestos con la cabeza. Después, mientras comíamos, bajo la tierna mirada de Amalia, él me dijo hoy estamos de festejo, amiguita, ya hablé con un cirujano de acá, uno que le debe algunos favores a los enanos del otro día, vos te acordarás... Bueno, fijate cómo son las cosas, ¿no?, ellos ponen las siliconas, el cirujano la mano de obra, y vos te quedás con unas lindas tetas, ¿qué te parece?

Me parece bien, dije. Él me miró a los ojos. Le sostuve la mirada hasta que la bajó. Me miraba el pecho como si ahí ya estuvieran los implantes. Se dio vuelta, chequeó algo en el horno y mientras tanto dijo: epa, qué cortante, esto es algo que hay que pensarlo bien, bebota, podés tomarte un tiempo, igual a mí me gustás así, eh, si te lo ofrezco es por vos y porque es una oportunidad buenísima, estos enanos consiguen lo mejor de lo mejor. Claro, dije, lo mejor. Amalia y el Alemán, creyendo que yo no me daba cuenta, no dejaban de mirarse entre ellos.

Después de la cena lo hice gozar como una bestia. Cuando se quedó dormido, temblaba, y los temblores, en la oscuridad, mostraban su carne como

recorrida por pequeños pulpos que iban y venían. O no, pulpos no, sapos, porque cada tanto, dormido, más que roncar, croaba. Lo tuve así, a mi merced, mientras pensaba en decirle todo. Después de lo de las fotos, de la llegada de los enanos, de las intenciones de meterme en un quirófano para hacer vaya uno a saber qué cosas conmigo, de las extrañas miradas con Amalia durante la cena, no había nada que perder.

Pensé en mamá y en Maira, que también perdieron todo y que sin embargo me tenían a mí. También pensé que afuera, en algún lugar, todavía estaban Mica, Mariano, Romina, mi probable hijo: ellos podían buscarme. No iba a ser fácil, yo iba a estar como abajo de una montaña, de un país de nieve, pero quizá cada tanto pudiera asomarme, mirar, y ellos entonces podrían ver mi cabeza negra —o de otro color, según la tintura— en medio del blanco.

Quando lo desperté —amanecía— para pedirle hablar, el Alemán, cansado, casi dormido, me dijo: sí, decime, amorcito, ¿qué me querés decir?, y entonces le hablé de Maira, de mis sospechas, de cómo había terminado Maira, de los enanos, de él, de las fotos, todo en un momento de lucidez como pocas

veces había tenido y que parece que hizo efecto porque él, en vez de abrir la boca, mostrarme los dientes, empezar con sus maltratos, se incorporó, levantó los hombros, los bajó, y fue al baño. Después volvió —se había lavado la cara pero parecía sonámbulo, motor viejo que a pesar de algunos ruidos, algunos soplidos, descompresión, todavía funciona—, se apoyó contra la ventana y empezó a jugar con las cortinas. ¿Puchos no hay? Me estiré hasta el piso, agarré un paquete de abajo de la cama y se lo tiré. Y como vio que estaba vacío lo hizo un bollo y empezó a tirarlo contra el techo. El paquete rebotaba y el Alemán lo agarraba al bajar. A veces picaba mal y se iba lejos, pero él estiraba el brazo y siempre llegaba. Después deshizo el bollo, sacó un cigarrillo, mirá vos, dijo, quedaba uno. Lo enderezó, lo encendió. Era lindo verlo contra la ventana, la luz del cielo de la mañana que empezaba a filtrarse de a poco, intentando fumar. Por un momento me dio la impresión de que el Alemán era un árbol gigante que la noche, por alguna razón, había secado, y que la corteza no tardaría en caer. Pero eso fue hasta que terminó el cigarrillo, como si el tabaco le hubiera devuelto la iniciativa.

Y vos, ¿qué pensás?, dijo mientras miraba para abajo y con el pie amasaba el paquete de cigarrillos contra el piso. No le contesté. Él pateó el paquete, que pegó en la pata de la cama y terminó justo abajo del marco de la puerta del baño. Bueno, yo te voy a contar una cosa, linda, dijo. Los ojos le brillaban, no sé si porque había levantado la vista de golpe o porque estaba a punto de llorar. Vos me hablaste de Maira, ¿no?, y de que pensás que ella y vos... bueno, que pueden ser medio hermanos, y que yo... siempre dije que los putos son fantasiosos, eh, siempre. Bueno, siguió —ahora el brillo de los ojos era todavía más raro, como si el tipo llorara para adentro—, yo conozco a la gente que pudo haber hecho eso. Se apoyó contra la pared. Lo de Maira, digo, yo conozco gente muy hija de puta. Esto me lo tendrías que haber dicho desde un principio. Es más, se lo tendrías que haber dicho a los enanos cuando los viste en el departamento aquella vez. Hablaba y al brillo de los ojos se agregaba un movimiento —una especie de temblor o tic— en los hombros, que subían y bajaban, uno y uno, dos y uno, dos y dos, el ritmo de los movimientos era desparejo y al principio no se me ocurría qué podía

ser, pero después sí, cada hombro era un boxeador, los movimientos eran los golpes que cada uno le daba al otro. En fin, no habló más de tres minutos, todo eso se lo tendrías que haber dicho a los enanos cuando fueron al departamento, repitió, si los enanos hubieran visto ese departamento dado vuelta a esos ajíes ya los habríamos agarrado, los que se la llevaron son... son los malos, ¿entendés?, sí, los malos, y los enanos y yo, como vos, mi chiquita, mi preciosa, somos los que buscamos amor, ¿eso lo entendés? Buscamos amor, pensé. Él siguió: ellos no buscan nada, reina, escarban, son orugas, no buscan, escarban, ¿entendés?, ¡escarban! Casi se pone a llorar. No sé cómo explicarte, dijo, no se me ocurre, igual vos entendés, ¿no?, si me pudiste contar toda esa historia es porque entendés, ¿no es cierto? Siguió, el ritmo de los movimientos era cada vez más rápido, ahora voy a buscar a los enanos, a lo mejor ya es tarde, pero ellos tienen recursos, ellos saben cómo hacer las cosas, nos los vamos a cargar a esos putos, ya vas a ver, esperame acá que los vamos a hacer paté y quién te dice que no traigamos a Maira de vuelta, viva. Maira, sí, dije. ¿Te imaginás?, dijo, yo no soy celoso, espero que vos tampoco, yo a

esa piba la conozco, podemos armar un lindo grupo, ¿no? Nos abrazamos, el tipo lloraba.

Después dijo: ahora vengo, y cuando volvió insistió con lo de operarme. Y de paso te operan el tobillo, tontita, dijo, hay que aprovechar. Bueno, dije, está bien, como vos digas, no hace falta que me convenzas, voy a hacer todo lo que digas. Bueno, bueno, qué suerte, mi chiquita... Y antes de salir dijo que tenía que arreglar todo eso de la operación y de ir a buscar a los malos —“los vamos a hacer recagar”, dijo— y me pidió que a partir de ahora tratara de pensar cosas lindas, que pensara en él, por ejemplo, en lo bueno que era, en todo lo que me había ayudado, en que eso era lo más importante, que lo otro, lo de las fotos y lo de Maira ya lo íbamos a resolver, que había tiempo, que tuviera en claro que si pasaba algo, que si algo salía mal, lo bueno era tener buenos recuerdos, que a lo mejor Maira, en algún lugar, en las peores condiciones, podía estar bien acordándose cosas lindas. Y mirá, dijo, te dejo esta pastillita, tomala todas las noches, es para que duermas bien, y si te olvidás Amalia ya sabe, ella viene y te la da, no hay problema, no te preocupes, linda, después nos vemos. Bueno, no hay problema, dije. Y antes de tomar esa pastilla vi cómo

en la ventana el bosque se ponía blanco, nubes, olas de espuma, sol en la cresta de las olas, olas brillantes, como de sal.

* * *

Los días pasaban y yo, para sentirme bien, pensaba en el Alemán. Me hubiera gustado tener un lugar dónde anotar todo, cómo lo había conocido, quién era, escribir todo muchas veces para poder entenderlo mejor y sacar de él todo lo bueno. Pero no sé si hubiera podido. El pensamiento va muy rápido y escribir todo eso habría sido difícil. Amalia cocinaba, hacía las cosas de la casa y yo, frente al lago, desde la mañana hasta la noche le daba forma a todo lo que había pasado. Me sentaba frente al lago. Hacía frío y para calentarme, a veces, usaba pensamientos guía como “Alemán bueno eres en la niebla”, que resumían todo lo que él era en la cama, todo lo que hacíamos juntos desnudos, sin vernos, en una especie de frío ciego que era calor y luz. Igual, siempre tenía un fuego encendido al lado, y cuando bajaba el sol me daba cuenta de que tam-

bién en la orilla de enfrente había algunos fueguitos. O eran las luces de las casas, que vistas a través de la bruma parecían fuego. Amalia cada tanto se acercaba y yo me sentía un aprendiz, como si el tenerla cerca así, sin hablar, me enseñara algo. Ella era mamá y el Alemán era papá. Ese era el pensamiento guía de cuando sentía miedo: "Alemán papá". Y él también venía, cada tanto, y hablaba de cómo estaba armando todo para ir a buscar a Maira, de cómo los enanos le habían dado piedra libre para hacer lo que quisiera, que ellos estaban muy contentos con recuperar a Maira o con saber algo de ella. Me miraba a los ojos, su mirada era una fruta madura y sus ojos las semillas, tiernas, llenas de brotes, y no decía nada. Lo único de mí que parecía interesarle era cómo me sentía. ¿Te sentís bien, lechuguita? Sí, bien. ¿Y la pastilla?, ¿la estás tomando? Sí, todas las noches. Después hablaba de sus hijos, de su mujer, y se quedaba en silencio. Era como si algo en él fuera a cambiar, como si estuviera cansado de su doble vida y quisiera romper con todo. Llegué a pensar que su mujer y sus hijos eran inventados. Cuando lo vimos aquella vez con Mariano, antes de que nos mandara a lo de Rubén, sólo vimos su camioneta en la ruta, arriba, y la ver-

dad es que de su mujer lo único que llegamos a ver fue una silueta atrás de los vidrios empañados. Y de sus hijos, bueno, en realidad no los vimos. Su mujer bien podía haber sido una de sus chicas travestis del momento. Y cuando Rubén nos llevó a picar paredes en esa casa que supuestamente el Alemán estaba construyendo para su familia, bueno, podía ser que hubiera dicho eso para que Rubén hiciera bien el trabajo.

Para formarme una imagen más amplia de él empecé a preguntarle cosas. El nombre de sus hijos, lo que hacían juntos, cómo los criaba, si los ayudaba con las tareas escolares, si ellos lo querían. ¿Sos detective? No, quiero saber. Y él me contaba. Tirado en la cama me decía que el más grande era un poco tímido y el más chico un petardo. Ese salió a mí, decía. Pescaban los tres juntos en un bote, alguna vez podemos ir, decía. Me encantaría. Y la mujer era una madre completa, un hada madrina para los chicos y para él. Cuidaba a su familia como a un puente colgante. ¿Puente colgante? Sí, todo se podría caer en cualquier momento, pero ella lo sostiene. Los puentes colgantes necesitan mantenimientos especiales, como vos. Yo necesito mantenimientos especiales por todo lo que vos me

* Busca a sus padres
en todos lados.

hiciste. ¿Eso lo pensás muy seguido? A veces, es algo importante. Sí, claro.

A él también le gustaba ser mi hada madrina, y por cómo hablaba de sus hijos no parecía haber inventado nada. Igual, lo que más lo preocupaba era mi recuperación, y operarme. Porque desde que me hablaste de Maira, vos... ¿sabés qué?, te parecés a ella, te juro, los enanos dicen lo mismo, desde que les cuento esto de ir a buscar a Maira dicen que vos sos como ella y... Se quedaba callado. A veces se frotaba las mejillas. Qué frío que está esto, eh, este invierno se viene duro.

Cuando se iba yo pensaba en cómo sería encontrar a Maira. Por cómo era ella, iba a ser difícil que estuviera de acuerdo en venir a vivir a la cabaña y estar acá encerrada conmigo. A lo mejor era por eso que el Alemán hablaba así de su mujer y de sus hijos, como despidiéndose, porque sabía que cuando Maira viniera todo iba a ser distinto. Yo no me imaginaba cómo podía ser nuestra nueva vida, pero de tanto pensar en eso no tardaba en vernos en la ruta. El pensamiento guía era "hamaca niebla", y era la imagen de una hamaca en la niebla que iba, se perdía, y volvía de golpe. Recorriamos el país en el trailer de Amalia arrastrado por la camioneta del

Alemán. De día viajar, paisaje, todos los colores de la tierra nacional en nuestro ojos, y de noche los pueblos distantes, cada noche un pueblo y el Alemán que nos cuida, porque nosotras somos las vírgenes que venimos de lejos con mensajes de paz y amor para todos los hombres que buscan la verdad en nosotras, las hermanas de la verdad o las hermanas verdaderas. Lo que Maira quería, lo que quería mamá, y papá a su manera, mundo nuevo, nuevo mundo, hombre nuevo, hombres felices por la llegada, y la promesa de retorno, de las hermanas blancas, las más puras, las hijas de la nieve, del frío más intenso que se vuelve noche de amor.

Pero después me dormía y el sueño era distinto. Es invierno y la camioneta avanza lenta en el camino congelado. Las cadenas atadas a las ruedas hacen ruido a tanque de guerra —o a carrier. Amalia ceba mate y toma primero, después se lo pasa al Alemán, a los enanos y al final a mí. Afuera la nieve cae débil pero insistente, y como no vamos muy rápido y tampoco hay viento, pueden verse los dibujos que hacen los copos al balancearse en el aire frío. La idea es seguir hasta una estancia, lejos. El Alemán no sabe bien cómo llegar, pero antes fue y algo se acuerda, así que lo único que lo preocupa es el tiempo y el

estado del camino, que no nos dejan ir muy rápido y que en cualquier momento pueden cambiar y dejarnos en medio de la nada. Y cambia, el tiempo. Y el motor se apaga. El Alemán se baja, abre el capot, no sé qué pasa, dice, hay que esperar, y mientras esperamos la nieve nos tapa y nadie quiere salir. La nieve sube, se pega a los vidrios, hace presión. Cae toda la noche, todo el día siguiente, muchos días, hasta que en un momento, mientras todos duermen, Maira aparece en una ventana. Me saluda con un pañuelo blanco con bordes bordados en blanco donde se pueden leer, también en letras blancas, según cómo se mueve la tela con el viento, distintas formas de la palabra amor: roma, ramo, mora, Omar. ¿Quién es Omar? Hola, Omar, me dice Maira mientras abre la puerta y entra a la camioneta, ahora convertida en colchón. Todos se despiertan y dicen ¡volviste, Maira!, y cuando pienso que le hablan a ella me doy cuenta de que no, porque repiten ¡volviste, Maira!, y me miran sonrientes, me desvisten, me tocan las tetas recién operadas y empiezan a acariciarme como si fuera un gato.

Eso a veces. Otras: llegamos a la estancia y, como desde atrás de un vidrio, vemos a Maira sola, desnuda y montada a un caballo blanco que va por la

nieve mientras le gritan: galope, galope, no se caiga que si se cae se resfría, ¡galope! O Maira pintada con brea, vestida con paja y todos corriéndola por el campo con unas antorchas, te quemo, te quemo, corré, corré. O Maira sola con su sopa de tierra y al lado una oveja comiendo ensalada. O Maira frente a la pastilla que a la noche le dan para que se suicide, si quiere, y ella que a veces la toma pero al día siguiente se despierta y todos le dicen: era una aspirina, ja, ja. O Maira que sale a cazar con todos —la visten de cazadora con la mejor ropa de monte— y en un momento uno dice: che, no hay ciervos, cacemos a la sierva. O Maira limpiando la estancia, los platos, la ropa, las sábanas manchadas con sangre de cuando ellos la hacen sangrar. Me despierto, me miro al espejo y digo: no sé, creo que no estoy preparada.

* * *

La operación, por suerte, sale muy bien. El tobillo no duele y las tetas tampoco. Para eso era la pastilla, dice el Alemán, recuperación veloz, un método

homeopático que mientras te prepararás mentalmente para la operación actúa sobre las zonas a cortar y evita el dolor posterior, el sangrado, todo, yo médico no soy pero los que saben dicen así. Sigue: ¿y ahora qué vas a decir, churrasquita?, ¿te miraste en el espejo?, estás igualita. Me levanto, voy al baño. El Alemán me acompaña y mientras caminamos me acaricia los hombros. ¿Ves?, igualita. Por un momento pienso que la que está ahí no soy yo, que es Maira; y hasta tengo ganas de dar vuelta el espejo y ver si ella está ahí atrás, quizá es una sorpresa del Alemán. Pero no, él me adivina el pensamiento y dice: dale, mirá atrás, sin miedo. Arranca el espejo y, como es de esperarse, está la pared: un azulejo roto, algunas telas de araña, un bicho que corre y se esconde en una grieta, bastante polvo y hongos negros pegados a la pastina. Bueno, acá Amalia va a tener que venir a limpiar, esto es un asco, ¡Amalia!

Con el tiempo la idea de ir a buscar a Maira pierde fuerza. El Alemán goza con mis tetas nuevas, le gusta acabar sobre ellas, dejame, pide, te quiero hacer un collarcito de perlas, y cada tanto también me pide que se la meta, así, nena, como me hacía Mairita, vuelta y vuelta, doble Nelson. Los enanos, en lo que va del invierno, ya vinieron tres veces y se

les hace agua a la boca con sólo verme. Me cuidan tanto que nadie se acuerda de Maira. Yo, además, antes de ir a buscarla quiero imaginarme cómo sería su rescate, como si eso pudiera hacer que la misión sea un éxito. Pero no puedo, no me sale, no hay pensamientos guía para el rescate de Maira, y entonces me dejo llevar.

Un día el Alemán se da cuenta de que algo me pasa y me pregunta: qué te pasa, pompita. Estamos frente al lago. Junté leña, prendí un fuego y él ahora me acaricia a la luz de las llamas. Estoy bien, digo, lindo el lago, Alemán papá. Qué linda sos, dice él, no puedo pedir más. Se frota las manos sobre el fuego y nos miramos fijo un buen rato. Después cruza de brazos. Cuando vos quieras salimos a buscar a Maira, vos me decís y listo, dice mientras agarra algunas piedras y empieza a tirarlas para que reboten en el agua. Algunas, antes de hundirse, dan dos o tres saltos cortos. Otras se pierden de vista en la bruma y las imagino llegando hasta la otra orilla, donde se ven los fueguitos o luces de las casas. A lo mejor allá están igual que nosotros, pienso, se acarician frente al lago, tiran piedras, miran televisión adentro. La verdad que ahora, con este frío, no hay mucho más para hacer.